This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 1749.04.5

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

THE GIFT OF
THOMAS BARBOUR
CLASS OF 1906
Director of the University Museum

NICOLAS RIVERO

RECUERDOS

DE VIAJE

PROLOGO DE ANTONIO ESCOBAR.

HABANA
Librería é Imp. "La Moderna Poesía"
OBISPO 133 Y 135
1904

Span 1749.04.5

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
PROF. THOMAS BARBOUR

MAY 5 1932

PROLOGO

En estas páginas, escritas sin pretensiones, pero llenas de sinceridad y de vida, habla Rivero con entusiasmo de la España grande, y con cariño de la España chica. Ya sabéis cuál es la grande: Toledo, Córdoba, Granada, Zaragoza, etc., etc.; la chica es el pueblo en que el español nace; y, en el caso de Rivero, Villaviciosa.

Esa excursión, se la aconsejo á todo español residente en Cuba—y aún á todo cubano—que tenga dinero para viajar. Los más de ellos pasan todo un verano en Saratoga, en Nueva York ó en París; en tres meses, bien empleados, podrían ver las maravillas de la España grande, más visitadas y más apreciadas por los extraños que por los propios; y pongo entre éstos á todos los hispano-americanos, pues los que no descendan de negro ó de indio, son ramas del árbol ibérico, y tienen el derecho de llamarse compatriotas de Calderón y de Velázquez, y también el deber de amar y respetar la tierra que tales hijos ha dado.

España no es la más vasta, ni la más rica, ni la más adelantada de las naciones europeas; pero, sí, la que comparte con Italia la primacía del atractivo; porque á las bellezas naturales y á las galas del arte, une los encantos de un largo pasado. ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántos contrastes! ¡Qué diferencia entre la vida de Barcelona y la muerte de Toledo! Galicia, con sus paisajes de tintas delicadas, no se parece á Valencia, con su luz cruda y con el blanco resplandeciente de sus alquerías. Hay en Málaga la poesía de lo alegre; y en la región central de Castilla, la poesía de lo triste y de lo grave; tierra adusta que no se ha dignado producir flores y que ha criado una raza de hombres recios é inteligentes.....

Rivero, en estas notas rápidas, me ha recordado la impresión de gentes y de cosas que he visto y que, probablemente, no volveré á ver. No os diré si las ha descripto bien ó mal, porque no soy voto en literatura; y él es demasiado buen periodista para tener la ambición de pasar por maestro de prosa. Lo que los periodistas producimos es como el pescado, que sólo sirve cuando está fresco; bastante mérito es conseguir que despachemos el pescado; esto es, que se nos lea.

Y, aplicando este criterio que se tachará de mercantil, pero que es práctico, os diré que Rivero posee una de las características del periodista: la de hacerse leer. Lo logró, cuando daba notas altas en publicaciones de combate; y lo ha al-

canzado en el medio tranquilo del DIARIO DE LA MARINA. Sacad la consecuencia; si se le leía cuando era violento y se le sigue leyendo cuando es morigerado, algo tiene en la cabeza y no fué solo por el ruido por lo que se impuso al público. Lo que tiene en la cabeza es una inteligencia muy despejada; y lo que tiene en su pluma es un estilo claro, vivo, condensado, lleno de intención y de oportunidad, que no hace perder el tiempo al lector.

En la política de Cuba, comenzó siendo integrista intransigente y acabó siendo, si no de la extrema izquierda, de la izquierda moderada. Esto, á los de la derecha, les pareció muy mal; sin duda porque no preveían que, años después, algunos de ellos, habían de fraternizar, no ya con los autonomistas, si no con los revolucionarios, y hasta regalarles *fluses* y sillas de montar. La evolución no fué repentina ni aislada. Rivero caminó por grados hacia la izquierda, como caminaron otros muchos peninsulares, por un movimiento sano, honrado y salvador de opinión, atajado por el movimiento de fuerza de 1895.

En Cuba se vió en los tres ó cuatro últimos años de la soberanía de España lo que nunca se había visto: muchos españoles que eran buenos cubanos. No sólo rechazaban el antiguo régimen, si que, también, el sistema traído por la paz del Zanjón; y proclamaban que la colonia tenía derechos tan respetables como los de la Metrópoli. Se había llegado á este estado de ánimo,

principalmente por la acción de la propaganda autonomista, en la que no creían ni aún algunos autonomistas, porque de los fenómenos políticos se puede decir lo que Bastiat dice de los fenómenos económicos: que "hay en ellos lo que se ve y lo que no se ve." Millares de peninsulares seguían siendo refractarios á aquella acción, aunque no tanto como ellos se figuraban; pero otros millares, poseían toda la plasticidad necesaria para adaptarse al medio cubano.

Su calidad mental y su sentido jurídico eran tan altos como los de esos ingleses establecidos en el Canadá ó la Australia, que, fieles siempre á la Madre Patria, no sacrifican á ella ningún interés legítimo de su país de adopción. Eso, que tanto se celebra en los ingleses, ha existido en Cuba; el Gobierno de Madrid le hizo justicia con retraso; los separatistas, en su pasión, y los Estados Unidos, en su cálculo implacable y frío, nunca quisieron reconocerlo; nunca quisieron "distinguir".

En aquel movimiento reformista, una de las principales figuras fué Rivero, por lo mucho que hizo en público y en privado; por lo bueno que escribió; por lo que aconsejó é influyó. Grandes, nobles, meritorios esfuerzos en servicio de España y de Cuba; esfuerzos anulados por el desastre del 98, pero no inútiles en definitiva. Siempre es un bien que haya quienes representen la moderación y el buen sentido; y no siempre se pierden los buenos ejemplos. Si es cierto que

no se puede hacer política sin tener algo de que arrepentirse, menos que veniales serán los pecados que lleven sobre u conciencia los hombres, como Rivero, que deseaban la unión de Cuba y de España, según las grandes palabras de Maura, "por los lazos del honor y de la sangre"; y que no creyeron en la fuerza y sí en el amor y la confianza.

Antonio Escobar.

DE COMO Y PORQUE SE PUBLICA ESTE LIBRO

AL SR. D. NICOLAS RIVERO

DIRECTOR DEL "DIARIO DE LA MARINA" Y AUTOR DE

RECUERDOS DE VIAJE*

Sr. don Nicolás Rivero.

Querido amigo y paisano:

Hemos visto en las columnas del "Diario de la Marina" que usted tan dignamente dirije, los artículos que bajo el título de "Recuerdos de Viaje", consagró usted á su última excursión por una gran parte de España; trabajo en el cual; respecto á las comarcas de nuestra península, traduce usted con tal relieve de verdad y erudición, y en estilo tan galano y apropiado al género sus impresiones, que su lectura, siempre instructiva, deleita nuestro espíritu, y en muchos pasajes de la narración conmueve las fibras más sensibles del alma, especialmente cuando describe sus viajes por nuestra querida Asturias, la tierra siempre venerada de nuestros mayores.

* Carta leida en un banquete con que los prominentes asturianos que la firman, obsequiaron al autor.

Todavía emocionados por su lectura, coincidiendo todos los que estas líneas escribimos en un mismo pensamiento, damos satisfacción cumplida á nuestros deseos, felicitándole cordial y calurosamente como autor de los mencionados artículos y rogándole no sólo que se sirva coleccionarlos en un libro, sino que, además, nos permita ofrecerle nuestra cooperación para el mejor éxito de este propósito en lo que á la parte material se refiera, pudiendo usted contar con nosotros en la forma que usted juzgue más práctica y conveniente.

Seguros estamos de que el efecto que produjo en nuestro ánimo la lectura de sus "Recuerdos de Viaje", por lo que á Asturias particularmente se refiere, es el mismo que habrá producido también en el de la numerosa colonia asturiana, así de la Habana como del resto de la Isla; pero ya que otros más autorizados para ello, no hayan tomado esta iniciativa, que consideramos muy honrosa, permita usted que sean los primeros en hacerlo los que firmamos la presente, siquiera sea con el carácter íntimo de amigos y admiradores de usted, pues nada más lejos de nosotros que arrogarnos ninguna representación en este caso.

No corresponde (bien lo sabemos) la insignificancia del ofrecimiento, al mérito literario de la obra que se trata de editar, ni á la caracterizada personalidad de su autor, el hábil é inspirado publicista que tiene á su cargo la

dirección del Decano de la prensa habanera, el "Diario de la Marina"; quien, revelándose un narrador de primera fuerza al describir el país asturiano y el carácter y costumbres de sus moradores, hace latir al unísono los corazones de los hijos de aquellas montañas con su interesante relato, entre cuyos renglones se siente palpitar con profunda intensidad el más puro y santo de los amores, el amor á la pátria; y contribuye á la vez con su hábil é inteligente dirección de aquel periódico, á la defensa del progreso y á la de los intereses generales de este país, que son también los nuestros, en una campaña prudente é imparcial, que es justamente apreciada por todos los que de veras queremos á esta hermosa tierra, cuyo destino no debe sernos indiferente, porque además de contribuir á su prosperidad con nuestra perseverancia en el trabajo en todas sus manifaciones y en la medida de nuestras fuerzas, á ella estamos ligados por los víncules del amor y de la familia.

Así, llevando hasta la idolatría el culto por la lejana patria, queremos para ésta, que es la de nuestros hijos, la mayor suma de dichas y bienandanzas.

Reiteramos, pues, amigo Rivero, nuestro ruego de que en este acto de cordial confraternidad, se sirva admitir nuestra modesta ofrenda como débil tributo de admiración y cariño al infatigable publicista é inspirado autor de

"Recuerdos de Viaje," páginas tan llenas de color, de verdad y de sana poesía como de "arranques del corazón y desahogos del alma."

Habana, 16 de Abril de 1904.

J. A. Bances.—Rosendo Fernández.—Francisco Palacio.—Vicente Loriente.—Antonio G. Castro.—Eduardo Blanco.—Cándido Suárez.—Antinógenes Menéndez.—Julián Pérez.—Antonio Díaz Blanco.—Manuel López.—Manuel Menéndez Parra.—José Fernández López.—José Lizama.—Diego Fernández.—Antero Prieto.—Melitón López Cuervo.—José Inclán.—Aquilino Ordoñez.—Emilio de Alvaré.—Santos García.—José Mª Galán.—Fernando Fueyo y José Valdés.

ANTES DE EMPEZAR

Al volver á Cuba, después de una rápida excursión por España y antes de empezar á trasladar al papel mis recuerdos de viaje, quiero consignar aquí lo que he dicho muchas veces en las columnas del DIARIO DE LA MARINA; esto es, que si amo á España por haber nacido en ella, amo á Cuba por haber pasado en esta isla los mejores años de mi vida; y que si mi patria debe sentir satisfacción y tener á honra grandísima el haber creado un pueblo tan culto, tan noble y tan generoso como el pueblo cubano, Cuba debe honrarse también, como de seguro se honra, de ser hija de aquella gran nación que ha llenado la historia con sus glorias y que aún hoy, en esta época de sus desdichas, es digna, muy digna de ser alabada, como la alaban los extranjeros que á millares la visitan, por su laboriosidad, por su inteligencia, por lo que ha progresado su agricultura, por el vuelo gigantesco que ha tomado su industria, por la grande, por la incomparable riqueza artística que los siglos han amontonado en sus museos y en sus catedrales, en sus castillos y en sus palacios y por las bellezas incomparables que Dios ha derramado á ma-

nos llenas sobre su suelo, variado y hermoso, en tan alto grado como pueda serlo el más bello y variado de la tierra.

Cuando estamos allá los que aquí hemos vivido algunos años, ¡con qué melancolía recordamos las cosas de Cuba! He hablado con muchos, con muchísimos de los que se han retirado de esta Isla cuando dejó de pertenecer á España, y no he encontrado ni uno sólo que con más ó menos vehemencia no suspire por volver, siquiera no sea más que para pasar un invierno en este clima delicioso. Y en cambio, de los que aquí viven y allá nacieron ¿quién es el que no desea retornar á la madre patria, aunque sea solamente para pasar un verano fresco y reparador al lado de los familiares y de los amigos que aún le queden?

Allá, como acá, lo que deja mucho que desear es.... la vida política; pero también es cierto que en España, como en Cuba, la mayoría del país, en vez de meter el hombro para enderezar el carro y volverle al buen camino, se concreta á murmurar de los que con sus torpezas ó sus iniquidades le llevan al abismo. Y después de todo, si bien se considera ¿dónde no cuecen habas? Lo que hay es que otros pueblos ú otras razas tienen bastante orgullo ó bastante prudencia para no pregonar sus propias faltas y nosotros, los españoles de Europa y de América, parece que nos complacemos en exagerar nuestros defectos, sin considerar el daño que con tan

ligero proceder causamos á nuestro crédito, lo mismo en el orden moral que en el de los intereses materiales.

"España está atrasada; España necesita europeizarse."

Eso oímos allá con insistencia tenaz; pero lo que veíamos nos decía á voces que eso era una infame calumnia ó una estupidez supina. ¿Dónde está el atraso, nos preguntábamos, si por todas partes se ven adelantos agrícolas, prodigios industriales, bienestar general, instrucción y educación crecientes? ¿Dónde la necesidad de que nos *europeicemos,* si Europa y hasta América van constantemente á admirar nuestras riquezas naturales y artísticas, y con alemanes é ingleses y con franceses y americanos á montones tropieza el que visita las bellezas incomparables de Andalucía y de Galicia, de Asturias y de Valencia, de las Vascongadas y Aragón, de la Montaña y de Cataluña?

No, España no necesita *europeizarse* ni Cuba *americanizarse.* Cuba y España, lo que necesitan es seguir trabajando para su engrandecimiento, tener un poco más de orgullo nacional—como los franceses, que nunca se consideraron vencidos—y procurar conservar como un tesoro inapreciable sus caracteres de raza.

De la Coruña á Santiago.

I

Después de comer en la Coruña sardinas frescas que me parecieron demasiado grasientas, sin duda porque en 22 años de América tropical me había dejado la anemia muy pocas fuerzas digestivas, salimos en automóvil para Santiago de Galicia.

Y en verdad que parecía una profanación aquella máquina ruidosa y mal oliente atravesando las hermosas vegas y las tranquilas montañas de Galicia, en siglos pasados sólo perturbadas por los murmurios piadosos de los peregrinos que llenos de unción iban desde todas partes del mundo, y arrostrando todo género de peligros, á postrarse ante el sepulcro del Apostol.

¡Y qué contraste el del automóvil, última palabra del progreso en el siglo XIX, y la mujer gallega corriendo descalza las calles de la Coruña con una banasta de pescado sobre la cabeza ó encorvada sobre la dura tierra, manejando el azadón, lo mismo ó peor que en los oscuros tiempos de la edad media!

Pues todavía se prestaba á más amargas reflexiones el ver que apenas hay un rincón pintoresco y fértil en el camino de la Coruña á San-

tiago que no pertenezca á algún cacique político. El feudalismo moderno apenas ha dejado á los pobres, en la tierra gallega, donde reclinar su cabeza. Por eso emigran á América y á todas partes. Y por eso en la Coruña, hasta los periódicos conservadores hablaban con simpatía de los propagandistas libertarios.

Niñas y niños, descalzos y andrajosos, seguían el automóvil murmurando canciones tristísimas para que los pasajeros les arrojasen al polvo del camino algunos céntimos de peseta. Y así seguirán siempre hasta que á ellas les llegue la hora de ir á vender sardinas en los pueblos de la costa ó á estirpar terrones en las heredades del cacique y á ellos la de ser empaquetados en el sollado del trasatlántico que ha de separarlos, quizá para siempre, de la tierra querida.

II

Allá, sobre una montaña pelada, vimos de pronto una cruz.—Detrás de aquella loma está Santiago, nos dijo el conductor del automóvil; y al pie de aquella cruz se postraban los peregrinos para dar gracias á Dios porque les había permitido llegar al fin de la jornada. Era natural: muchos venían de luengas tierras y por caminos imposibles, infestados de "ricos homes, señores de horca y cuchillo y otros bandoleros," como decía una solicitud que los vecinos de Villaviciosa de Asturias dirigieron á no sé qué Rey para que les permitiera amurallar la Villa.

¡Hasta de las estepas de Polonia y aun de más allá, según nos cuenta Sienkiewicz en una de sus históricas novelas, iban peregrinos á Santiago! ¡Cómo no habían de ver con regocijo que el éxito había coronado sus esfuerzos!

Antes de pasar adelante, para confirmar algo de lo que llevo indicado, bueno será que conste que si de la Coruña á Santiago no hay vía férrea, débese, según me cuenta Curros Enríquez, á que dos caciques se disputaron la ventaja de que el ferrocarril pasase por sus tierras, y como no era posible complacer á los dos, y como al Gobierno no le convenía reñir con ninguno de ellos, se acordó dejar dormir el expediente y durmiendo estará hasta la consumación de los siglos, si Dios no lo remedia.

III

Sonaron campanas, muchas campanas á la vez, y por la carretera tropezamos con estudiantes y clérigos que iban de paseo, señales ambas de que estaba cerca la ciudad levítica y universitaria: Santiago de Compostela.

Y penetramos por calles viejas, estrechas y torcidas; y, por torcidas, estrechas y viejas, poéticas, íntimas, familiares, románticas. No me gustan las calles tiradas á cordel: la geometría rectilínea no se presta á los sueños; y en la vida, cuando no soñamos, es casi seguro que padecemos.

En esas grandes vías, en esos anchos bulevares de las ciudades modernas todo puede vivir menos el amor ideal. Este, para nacer y desarrollarse, necesita de la sombra producida por los aleros de los tejados que casi se tocan y del calor de los hogares que casi se confunden y del aroma de los claveles que van del uno al otro balcón mientras que por encima de la calle y sin más que extender un poco el brazo se estrechan las manos de los enamorados, como sucede en la antigua capital de Galicia.

Además, esas calles estrechas, llenas de estudiantes pálidos, quizá más de suspirar por las frescas y sonrosadas gallegas que por quemarse las pestañas al querer profundizar en la ciencia de Esculapio, contribuyen á que la sorpresa sea más grande al llegar á la plaza del Hospital y encontrarse con las maravillas del arte allí acumuladas por la fe de nuestros mayores. La catedral, el Ayuntamiento, la Escuela normal y el Hospital Real ú Hospicio de los Reyes, forman un conjunto tan magnífico, tan grandioso, tan imponente, que hasta el menos preparado para experimentar las emociones estéticas tiene que sentir los escalofríos y el espasmo de lo sublime ante aquel poema de piedra.

IV

Las enormes campanas de aquella catedral, cuyo Pórtico de la Gloria es en verdad una gloria del arte, fueron llevadas á fines del siglo X

Catedral de Santiago.
(EL OBRADOIRO.)

y á hombros de cristianos á la mezquita de Córdoba, por las huestes de Almanzor, como trofeo de la victoria; y dos siglos después devueltas á la catedral de Santiago, y á hombros de musulmanes, por las tropas que acaudillaba Fernando III el Santo.

Después, cuando Mendizábal fundió las campanas de todas las iglesias de España para hacer moneda, respetó las de Santiago de Compostela, sin duda por no ser menos que Almanzor, que en tan gran aprecio las tenía.

Y no digo más de Santiago porque yo no fuí allí á descubrir nada. Todo estaba ya descubierto y bien descrito antes, mucho antes, de que á mí se me hubiera ocurrido empezar mi peregrinación por España, después de 22 años de ausencia, por una visita al sepulcro de su Patrono glorioso.

De Santiago á Madrid.

I

¡Qué hermosas, qué pintorescas, qué poéticas las rías de Galicia!

¿Cómo no han de sentir la *morriña,* cómo no han de morir de nostalgia los que, habiendo pasado la niñez y la juventud en aquellos pintorescos valles, son llevados después por la suerte impía á tierras menos alegres y á climas menos benignos?

¡Y los viñedos de Orense! ¡Y las riberas del Miño!

Los primeros semejan escaleras de verdura labradas por los inteligentes y tenaces campesinos gallegos en la roca viva, para poder subir á la cima de los riscos donde se yerguen alegres y risueñas sus casitas blancas.

Las segundas parecen alfombras de flores, de verbenas y de tomillo puestas por la naturaleza en los confines de dos naciones, que debieran ser una sola, para que gallegas y portuguesas puedan bajar descalzas sin lastimarse en los pedernales de las montañas, á contemplar su hermosura en las claras aguas del siempre fresco y murmurante río.

Las casetas de los carabineros portugueses y españoles son las únicas notas prosáicas de

Marin (Pontevedra.)

aquel cuadro admirable formado por rocas volcánicas, salpicadas de fértiles viñedos, que se alzan sobre empalizadas para huir de la humedad y no desperdiciar ni un rayo de sol, y por el Miño que, allá en la hondonada, se muestra en cascadas bullidoras ó en remansos apacibles.

II

Al amanecer corría el tren por las tristes y frías llanuras castellanas.

Campos de trigo, rebaños de ovejas, casas de barro, hombres y mujeres vestidos de paño pardo.... he ahí lo que son las llanuras de Castilla para el que las contempla al través de los cristales de un tren correo, siquiera éste vaya tan despacio como la mayor parte de los ferrocarriles españoles. Pero, vistas mejor, pudiendo saborear con calma el pan que se fabrica con el trigo de aquellos campos y la carne que sale de aquellos rebaños; disponiendo de tiempo para observar la limpieza, las comodidades y el calor familiar que encierran aquellas casas de paja y barro; y, sobre todo, teniendo ocasión de tratar íntimamente á aquellos hombres y mujeres de corteza tosca y ruda pero de corazón noble y generoso, no sólo no parecen aquellas llanuras, donde se dieron tantas y tan tremendas batallas, desde los tiempos históricos, tristes y frías, sino que alegran los corazones y templan las almas hasta el punto de que, después de verlas, se encuentran naturales y sencillas las epo-

peyas realizadas por las heróicas comunidades de Castilla y por los famosos tercios castellanos.

Esto sin contar con que no todo en aquellas llanuras inacabables son campos de trigo y casas de adobe; pues también hay vegas frondosísimas por donde discurren ríos caudalosos y edificios soberbios de mampostería y de piedra labrada, que son verdaderas obras de arte, como luego veremos.

En Valladolid sólo nos detuvimos, á la llegada, el tiempo necesario para tomar el tren económico que había de conducirnos á Rioseco, donde, detrás de las rejas de un convento de Carmelitas descalzas, me esperaba una hermana querida, á cuya profesión había yo asistido veintiséis años antes.

Las riquezas artísticas que atesora nuestra patria son incalculables. ¡Quién había de decirme que en aquel poblachón de Castilla llamado Rioseco había de tropezar con maravillas del arte gótico como la iglesia de Santa María, cuyo altar mayor es un prodigio del género plateresco, y en cuya sacristía se conserva una magnífica custodia de Antonio Arce, padre del célebre Juan que fundó en León la dinastía de artistas que más tarde había de inundar las catedrales y los palacios españoles de joyas de orfebrería por propios y extraños admiradas! Hay en Santa María de Rioseco una capilla, estilo renacimiento, tan llena de preciosidades artísticas, que ella sola valdría la pena de que, en un viaje

La Universidad de Valladolid.

por España, se visitase aquel rincón de Castilla.

Al volver á Valladolid, por el ferrocarril económico que nos llevara á Ríoseco, íbamos en el mismo coche que una señora y unas señoritas que hablaban un castellano tan perfecto y tan sonoro que al escucharlas parecíanos que así debían de expresarse Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León, el Manco de Lepanto, y demás clásicos inmortales.

En Valladolid, entre otras cosas muy notables, vimos la iglesia de San Pablo con su portada hermosísima de estilo gótico; y, al lado, la casa donde vió la luz primera Felipe II y la ventana por donde le sacaron después, al día siguiente de nacer, á fin de poner término á las disputas que se habían suscitado entre varias órdenes religiosas con motivo del bautizo del que más tarde había de ser uno de los reyes más poderosos, más temidos y más calumniados del mundo.

Y un domingo por la mañana esperábamos en la Estación de la capital de Castilla la Vieja al Sud-expres que había de llevarnos á Madrid con tiempo suficiente para ir á los toros, cuando nos dijeron que el tren rápido internacional traía tres horas de retraso.

Primera contrariedad seria de nuestro viaje, porque, confieso mi pecado, sentía tal ansia de ver toros, que me parecía una verdadera desgracia tener que esperar hasta el próximo domingo.

San Pablo (Valladolid.)

Castillo de la Mota (Medina del Campo.)

Madrid y Toledo.

I

Y llegamos á Madrid.

Y en Madrid claro está que vimos la Puerta del Sol y el Palacio Real y el Prado y el Retiro y la Plaza de Toros y la Casa de Fieras; y que comimos en Fornos y en el Inglés y en los Italianos y en Lhardy y en los Viveros y en casa de Botin; y que por las noches fuimos á todos los teatros que en aquella época—era en Junio—estaban abiertos; pero de nada de esto quiero hablar, porque ninguna de esas cosas me produjo impresión que de ser contada sea digna, sin duda porque ya las había visto ó saboreado en otras ocasiones.

En cambio, el Museo del Prado y en el Museo del Prado el cuadro de las lanzas y el de las Meninas, de Velázquez, me causaron impresión hondísima á pesar de no ser la primera vez que contemplaba aquellas maravillas del arte pictórico. Hay tal verdad, tal frescura, tal ambiente en aquellos celebérrimos cuadros, que no se necesita ser maestro ni crítico, que basta una pequeña dósis de inteligencia y de buen gusto para sentir ante ellos arrobamiento y emoción estética indecibles.

Patio del Colegio de "San Gregorio" (Valladolid.)

De las Cortes, ¿qué he de decir? Tuve tan mala suerte, que la única vez que fuí al Congreso tocóme presenciar una riña de verduleras entre los señores Blasco Ibáñez y Soriano; y otro día que fuí al Senado, dormitaban casi todos los Senadores, mientras un señor Ministro pronunciaba un discurso inacabable.

Treinta y un años antes—como quien dice ayer—había oído en el Congreso á Castelar y á Aparisi y Guijarro, y en el Senado á Monescillo.

¡Cuantum mutatus ab illo!

II

El día del Corpus fuimos á ver la gran procesión de Toledo y una corrida en que toreaba Fuentes.

En la primera pudimos contemplar la custodia gótica, hecha por Arce, el mago de León, con el primer oro que fué de América.

Y en la segunda parecióme que *la fiesta nacional* estaba en decadencia. Sería por aquello de que "cualquiera tiempo pasado fué mejor," pero lo cierto es que recordando á Lagartijo y á Frascuelo y los toros de Miura y de Veragua, que yo había visto en mi juventud, los toreros y los toros de ahora me parecieron muy insignificantes. Y eso que éstos los ví en un día espléndido del mes de Junio y preparado el espíritu por la animación que produce la bajada de la cuesta desde donde la imperial Toledo contempla la hermosa cuenca del Tajo, y yendo en

Calle de Alcalá (Madrid.)

una calesa tirada por seis rozagantes mulas, adornadas con cintas y flores y llenas de sonoros y alegres cascabeles de la cabeza á la cola, que corrían en competencia con otras semejantes por entre un río de gente que, á pie y á paso ligero, se dirigía también á la plaza situada en las afueras de la ciudad, allá en la llanura, al otro lado del río famoso.

Olvidóseme decir que los balcones de las estrechas calles de Toledo por donde había de pasar la procesión del Corpus, hallábanse adornados en competencia, por haber ofrecido el Ayuntamiento varios premios á los que con más gusto aparecieran. ¡Y qué derroche de tapices, de rosas y claveles y de mujeres hermosas! El que se llevó el primer premio estaba vestido con dos riquísimos y pintorescos mantones de Manila, y á él se hallaban asomadas, bajo un pabellón de flores naturales y cubriendo, mejor dicho, adornando su cabeza con la mantilla española, dos toledanas, cuya espléndida hermosura traía á la mente la que debía de poseer aquella Cava famosa con quien, á orillas del Tajo, "folgaba el rey Rodrigo", y cuyos hechizos fueron causa de la pérdida de España en el siglo VIII.

En el patio del mesón del Sevillano donde Cervantes escribió "La Ilustre Fregona," según reza una lápida puesta allí por el Ayuntamiento toledano, hallábase un automóvil cuando nosotros lo visitamos, como dije ya antes de ahora. Y ahora se me ocurre que si Don Quijote, en vez

La Rendición de Breda (Museo del Prado.)

flaco Rocinante, hubiera tenido á su disposi-
n uno de esos prosáicos vehículos, de recien-
invención, ni hubiera sido apedreado por los
tores, ni apaleado por los yangüeses, ni ven-
o por el caballero de la Blanca Luna, por la
cilla razón de que entonces, apenas salido de
casa solariega, se hubiera hecho añicos al cho-
con los molinos de viento; á no ser que, en
de obedecer á su loca fantasía hubiera pres-
o atención á los consejos de Sancho; porque
este caso, yendo en automóvil, hubiera llega-
primero al reino con que soñaba ó por lo me-
á la ínsula con cuyo gobierno quería premiar
servicios de su fiel y positivista escudero, co-
llegan hoy todos ó casi todos los que se dedi-
á hacer la felicidad de los pueblos, empezan-
por asegurar la suya propia.

III

Volvimos á Madrid y desde la Corte fuimos
mañana, en compañía del mejor "cicerone"
hay en España para hacer peregrinaciones
ísticas, don Andrés Mellado, á visitar la octa-
maravilla del mundo: el Escorial.

Y allí, en aquel monumento ciclópeo levan-
o en honor del ejército español que triunfara
San Quintín, por el gran Felipe II, tres co-
me impresionaron más que nada: el Cristo
o de Bemvenuto Cellini, la celda humilde del
rible monarca y la salud y la alegría del ac-
l pintor y restaurador de aquel grandioso

El Banco de España (Madrid.)

monumento, don Francisco Vicente, que tiene 30 años y no representa 60 y que, después de haber contraído segundas nupcias cuando ya había llegado á los 74, aún sube á los altos andamios y anda por las estrechas cornisas y trabaja en las elevadísimas bóvedas, como si fuera un muchacho.

IV

A mi paso por Santiago de Compostela prometí al director de *El Eco de Santiago,* Don Celestino Sánchez Rivera, contestar, cuando estuviese en Madrid, á unas cuantas preguntas que me había hecho respecto á Cuba. Y para cumplir aquella promesa le dirigí la siguiente carta que publicó el referido periódico gallego y reprodujeron muchos colegas madrileños, catalanes, asturianos y cubanos:

"Madrid, Junio 30 de 1903.

Señor don Celestino Sánchez Rivera.

Mi querido amigo y compañero: A poco de llegar á esta Corte, el mal tiempo me produjo un enfriamiento que me hizo guardar cama por espacio de varios días. Después salí huyendo para Andalucía y allá estuve disfrutando de su sol, y de sus vinos, y de sus flores, y de su arte arábigo y cristiano, hasta que ayer retorné á Madrid. Por eso no contesté antes á su atenta y cariñosa de 10 del actual. Gracias, muchas gracias, por su suelto, y que Dios le perdone la

Exterior de la Catedral (Toledo.)

vanidad que puede apoderarse de mí en vista de sus inmerecidos elogios. Y vamos á ver si puedo contestar á sus preguntas.

"Primera respuesta": Creo que la independencia de Cuba durará más de lo que se figuran los yankees y de lo que nos figurábamos todos, primero porque los cubanos, aparte del afán inmoderado de vivir del presupuesto, mal de que adolecen todos los pueblos de nuestra raza, están dando muestras de laboriosidad y de cordura que mucho contribuyen á hacer duradera la situación creada por los americanos al retirarse de Cuba con ánimo de volver pronto; y después porque en el interés de las grandes naciones de Europa está el que la independencia más ó menos absoluta de Cuba se formalice y perdure en vez de desaparecer para ir á aumentar el poderío, ya excesivo y para los intereses europeos perjudicial, de los Estados Unidos.

"Segunda respuesta": El estado económico de la Isla de Cuba no es hoy muy halagüeño merced al bajo precio del azúcar; pero hay esperanzas fundadas de que mejore en término breve, ya por efecto del tratado de reciprocidad, que está pendiente de la aprobación del Congreso americano, ya por la supresión de las primas al azúcar de remolacha, acordada en la conferencia de Bruselas.

"Tercera respuesta": Los emigrantes españoles son hoy, como antes, bien recibidos en Cuba y encuentran allí medios de ejercitar sus ac-

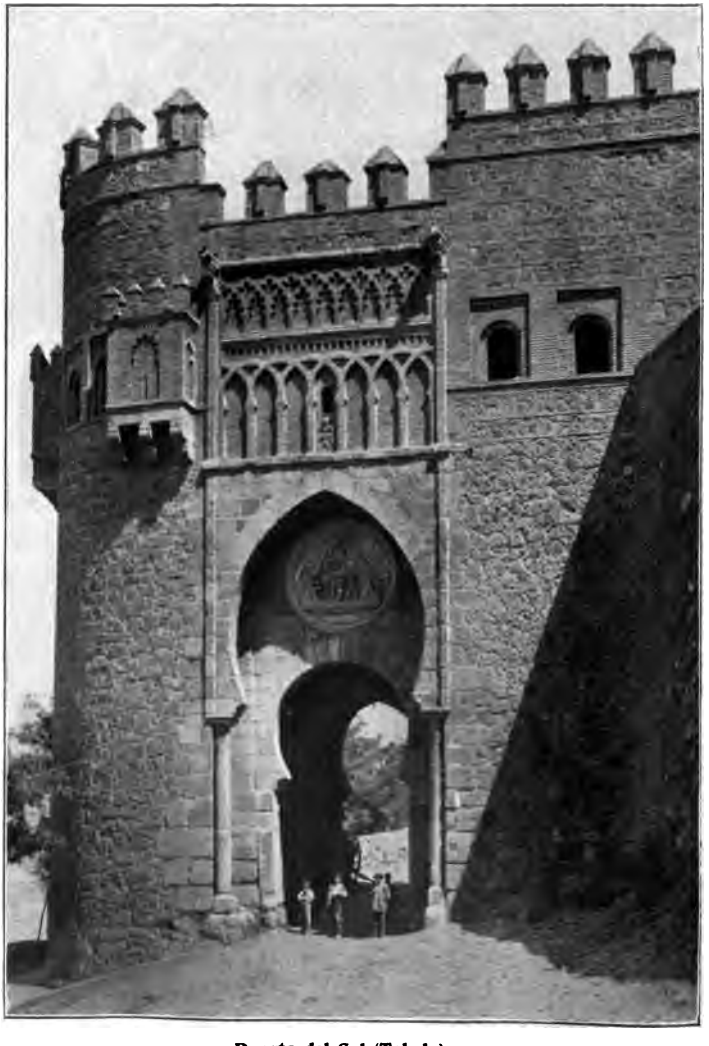
Patio de San Juan de los Reyes (Toledo).

tividades, aunque es de temer que, con el tiempo, el alto comercio pase á manos de los yankees. Por lo que respecta á los productos españoles no tardará en llegar el día en que sólo encontrarán mercado en Cuba aquellos que no tengan similares en los Estados Unidos.

"Cuarta respuesta": Las relaciones entre cubanos y españoles no pueden ser más cordiales. En realidad unos y otros constituyen una familia y los odios y rencores que en el Centro y Sud América tardaron un siglo en desaparecer, en Cuba terminaron, si es que alguna vez habían existido, tan pronto como terminó la guerra de la independencia. Y es que en aquella isla no peleaban sus naturales por odio á los españoles, sino por amor al país y por librarse de las iniquidades de la administración colonial, que el pueblo español y la mayoría de los peninsulares residentes en Cuba eran los primeros en lamentar.

"Quinta respuesta": Sí, ya está hecho el Ferrocarril Central que pone en comunicación directa á la Habana con Santiago de Cuba y que de haber sido hecho en tiempo de España, como pedía la opinión pública y los hombres previsores que habían estudiado el asunto, habrían resultado punto menos que imposibles las insurrecciones é imposible en absoluto la vergüenza final en que tomó parte tan activa como triste el general Linares.

Si España pudiera saber, como sabe todo



Puerta del Sol (Toledo).

el que ha estado algún tiempo en Cuba, lo que significa ese abandono de nuestros gobiernos y de sus representantes en la Habana respecto á cosa tan importante y necesaria como el Ferrocarril Central, á buen seguro que no se habría dado el caso de que los españoles hubiesen oído con asentimiento ó por lo menos con indiferencia aquello de que todos habíamos tenido participación en la muerte de Meco. Meco quizás se hubiera muerto de todas suertes, pero los que lo mataron no fuimos todos; fueron los que, aunque parezca mentira, aún siguen explotando su cadáver.

"Sexta y última respuesta": Es cierto, muy cierto, para baldón eterno de nuestra administración colonial, que ya no existe la fiebre amarilla, el terrible vómito negro, en la isla de Cuba, y que su desaparición se debe á las medidas higiénicas tomadas por la intervención americana.

Algo más de cien años estuvo siendo Cuba sepulcro de españoles, como le llamaban las madres asturianas, gallegas, montañesas y vascongadas, por creer nuestra administración que la fiebre amarilla era una enfermedad endémica, propia de las condiciones climatológicas del país, y ahora resulta que bastó un poco de higiene, un poco de precaución, aislar á los invadidos, impedir que los mosquitos picasen á los pacientes para que no pudiesen propagar el mal, y mostrar algún rigor en las cuarentenas, para que desapa-

El Escorial (Madrid).

reciese en absoluto aquel terrible azote que diezmaba, ¡qué decimos diezmaba! que mataba el 30 por 100 de los emigrantes y más del 50 por 100 de los pobres soldados que en tiempos de paz sacaban la bola negra ó en tiempos de guerra acudían sin sorteo á defender la honra de la patria. ¡Bola negra se llamaba en las quintas á la bola que obligaba al soldado á ir á Cuba y ahora Cuba es uno de los países más sanos del mundo! ¡Qué honra, qué satisfacción para los ministros de Ultramar que, por regla general, no conocían de las colonias que administraban más que la capacidad de la nómina del personal y para aquellos capitanes generales que hoy disfrutan de los millones honradamente ganados en aquella tiera que, por su abandono ó por su imbecilidad, podía ser justamente llamada campo de la muerte!

¡Y decir que unos y otros siguen siendo árbitros de los tristes destinos de esta nación desventurada!

Después de la vergüenza del Guadalete á nadie se le ocurrió encomendar la reconquista á D. Julián y á D. Opas.

Bien es verdad que los godos, degenerados y todo, tenían fe y soñaban con la gloria y amaban á la patria.

NICOLAS RIVERO.

Vista de San Isidro (Madrid).

Córdoba.

I

A mitad de Junio huí de Madrid por miedo río. Este año en la mayor parte de Europa nas se conoció el verano. Cogióme una tarde apacible, al salir de los toros y mientras to- a un vaso de agua de la "Fuente del Berro," to airecillo traidor que me tuvo en cama días con fuerte calentura y que acaso iera acabado con mis alientos si al sentir el ner escalofrío no se me hubiera ocurrido to- media botella de champagne para entrar en ción y después llamar al Dr. Augustín, jo- y ya eminente facultativo de la coronada vi- que en un dos por tres me puso en disposi- de poder marchar á tierras menos frías.

Y, en efecto, tomamos el Sud-expres que ha- de llevarnos á Córdoba; pasamos por la Man- , como debe pasarse por allí: durmiendo; y pertamos en Despeñaperros, mejor dicho, pertáronnos allí los efluvios de madreselva, yerba buena y de tomillo que, bajando de la ra, inundaban de exquisitos aromas los pul- nes, después de producir en el olfato celes- armonía.

La Mezquita (Córdoba).

II

—¿Y qué trae usted á Córdoba?—diz que dijo á cierto individuo un amigo flamenco con quien topó en la estación.

—Pues vengo á ver lo que en la ciudad de los Califas valga la pena, le contestó el interpelado.

—¿Y cuántos días piensa usted estar aquí?

—No podré detenerme más que dos ó tres, y de veras lo siento, porque.....

—¿Qué está usté isiendo? ¡Si aquí no hay ná que ver más que el Club de Guerrita, y pa eso basta con un par de horas!

Si non é vero é ben trovato.

¡Y lo más triste es que aunque en otras partes no digan lo mismo, muchos deben de pensar de modo parecido, á no dudarlo, porque, por regla general, yo no he visto ni en la Catedral de Toledo, ni en la Mezquita de Córdoba, ni en la Alhambra, ni en la Giralda, ni en el Escorial, ni en el Monasterio de Piedra más que extranjeros! ¿Será que mis compatriotas se saben todas esas cosas de memoria? Puede ser; pero también los franceses deben conocer algo sus riquezas artísticas y naturales y, sin embargo, el que va al Louvre ó al Panteón ó á Versalles, no se encuentra sólo con extranjeros. Quizá el secreto de esta diferencia esté en lo que decía el cordobés; porque los toros hacen vibrar demasiado los nervios y después de gozar del sangriento y palpitante espectáculo no debe de ha-

La Capilla del Mirab (Córdoba.)

llarse el ánimo con la calma necesaria para sentir la emoción dulcísima que producen las bellezas naturales ó las obras maestras de los hombres.

III

La gran mezquita árabe.
La sierra de las Ermitas.
Las huertas.
El "Ventorrillo del Brillante."
Los olivos, los naranjos, las flores.
Córdoba vista desde la Sierra.
El Guadalquivir.
El Convento de San Jerónimo fabricado con los restos de Medina-Azzahra, palacio maravilloso levantado en las cercanías de Córdoba por el Emir Abd-er-Rahman III, para su favorita Zahara.....

He ahí los apuntes de mi cartera relativos á Córdoba.

Parecen poca cosa ¿verdad?

Pues si yo supiera escribir y tuviera tiempo para escribir, habría tema en esas breves notas para dejar tamañito al Tostado.

¡La catedral!

¿Cómo diré yo sin escándalo de nadie que no me ha gustado mucho la gran mezquita levantada por Abd-er-Rahman I para hacer competencia á la Meca?

Pues ya está dicho. Y, válgame mi ignorancia: aquellas arcadas en forma de media luna me parecieron muy aplastadas; aquel rojo de los

Capilla de la Masura (Córdoba).

ladrillos, semejando turbantes, poco delicado; y aquella igualdad de las esbeltas columnas sólo interrumpida por diferencias apenas perceptibles de los capiteles, muy monótona.

"*Il vous semble plutot,* ha dicho Teofilo Gautier, *marcher dans une foret plafonnée que dans un edifice.*"

Aquella arquitectura de los Ommiadas correspondía á la romano-bizantina; así como la esbeltez y las filigranas de la Alhambra y del Alcázar de Sevilla equivalen á las maravillas del estilo ojival más puro.

De todas suertes tenía razón Carlos V cuando al ver el destrozo que en la Mezquita habían hecho los canónigos de Córdoba, les dijo: "Si yo hubiera sabido lo que queríais hacer aquí, no lo hubiérais hecho; porque esto que estáis haciendo se encuentra en todas partes y como lo que habéis destruído no hay nada en el mundo."

Y ahora que no se adelante algún adivino á decir, al ver lo que dejo escrito, que no me gustó la Mezquita de Córdoba por árabe y musulmana; porque ¡más musulmana y más árabe que la Alhambra! Y sin embargo, no me cansaría nunca de admirarla y de....

Mas no adelantemos los acontecimientos, como dicen los novelistas por entregas, y digamos algo más de Córdoba, que bien lo merece la antiquísima ciudad fundada por los fenicios, arrasada por César, reconstruída por Augusto y elevada por los árabes á tan alto grado de es-

Coro de la Catedral (Córdoba).

plendor que, desde el siglo octavo hasta el decimotercio que fué reconquistada por San Fernando, no hubo en el mundo entonces conocido centro mayor de riqueza, de poder y de sabiduría.

En el "Ventorrillo del Brillante," al bajar de la Sierra medio mareados con los perfumes que los jardines de los cármenes despiden, tomamos unas *cañas* de amontillado, tan olorosas, que yo creo que si le brindasen una á la Sultana Zahara, saldría corriendo de la tumba á pesar de que ya hace doce siglos que está descansando en ella. Y no sé si sería aquel vino riquísimo ó el ambiente embriagador de una tarde de verano en la sierra andaluza; pero lo cierto es que desde el valle frondoso donde se asienta la ciudad morisca y por donde se desliza el Guadalquivir como sierpe de plata estrechando entre sus anillos bosques hermosísimos de olivares y naranjos, parecióme que se levantaba quedo, muy quedo, al principio, fuerte, muy fuerte, después, y estruendoso y atronador, por último, un himno de gloria al bondadoso y omnipotente Autor de tan esplendorosa belleza.

IV

De Medina Azzahra, palacio maravilloso que un día se levantara soberbio en las faldas de la sierra cordobesa ¿qué he de decir si ya sólo existe su recuerdo en las antiguas crónicas y lo que éstas cuentan de él más parece cosa de magia que hecho real y positivo?

Las Grupas (Córdoba).

Era de piedra, mármoles y jaspes.

Se alojaban en él, además de su dueño, 3,600 mujeres, para las cuales se habían fabricado 300 baños.

Los pajes y esclavos de tan maravillosa morada sumaban 3,750; y los eunucos y guardias 12,000.

Los operarios que diariamente y por espacio de 25 años trabajaron en la construcción ascendían á 10,000.

Tenía 15 mil puertas revestidas de hierro bruñido ó cobre dorado y plateado.

Las aguas de la Sierra bajaban por acueductos misteriosos á regar huertas y vergeles y á formar sorprendentes juegos de aguas y estanques y lagunas de todas formas.

Entre sus maravillas se distinguía el pabellón central que se hallaba sostenido en columnas de mármol de aguas, taraceadas de rubíes y perlas con capiteles de oro.....

Todo eso y mucho más que del mágico palacio nos cuentan los historiadores, recordaba yo al contemplar, en tarde melancólica, las ruinas del convento que un día se fabricara con los restos de tantas grandezas, para que por sus claustros discurrieran humildes ermitaños y con sus penitencias borraran las culpas de Emires y Sultanas.

Hoy sobre aquellas ruinas se extiende amorosa la yedra. Y en los jarales de la Sierra cantan sin cesar alondras y ruiseñores.

Granada.

I

Yendo de Córdoba á Granada se pasa por Montilla, pueblo donde nació el Gran Capitán.

Hállase Montilla en lo alto de un cerro, rodeada de viñas y de bosques inmensos de olivares.

Sus caballos, su aceite y, sobre todo, su vino tienen fama universal.

Después viene Aguilar, antiguo feudo de los Duques de Medinaceli, parecida á Montilla en situación y en productos.

Cerca de Aguilar hay un lago precioso, en cuyas aguas cristalinas se reflejan los olivos y naranjos que lo circundan.

Corre el tren atravesando dehesas pobladas de toros bravos y de potros de pura raza, y de pronto aparece Antequera, ciudad cuya fundación se pierde en la noche de los tiempos, situada sobre tres colinas verdes y frondosas, que dominan un valle riquísimo de vegetación casi tropical.

Cerca de la patria del funesto Romero Robledo hállase la célebre "Peña de los Enamorados." Cuenta la tradición que la hija de un ri-

Vista general de la Alhambra y Sierra Nevada.

co y poderoso moro y un caballero cristiano, perseguidos por los servidores del primero, se refugiaron en aquella alta y descarnada peña, y al verse descubiertos y acorralados, se dieron un último abrazo y se arrojaron al abismo.

Desde Antequera empieza la vía férrea á subir las montañas de Archidona, atravesando peñascos y bordeando precipicios hasta llegar á una planicie poblada de verdes encinas que se encuentra á 762 metros de altura sobre el nivel del mar. Y á la bajada, al salir de un túnel, aparece Loja, la antiquísima *Lacivis* de los romanos, considerada por los árabes como posición inexpugnable y llave segura de aquellos paraísos que rodean á Granada. Hállase tendida en la falda de un risco por cuya base bajan á saltos las aguas del Genil. La domina un antiguo castillo y está rodeada de fuertes murallas flanqueadas de torres. Sus alrededores son en extremo pintorescos. Y el Genil, que durante largo espacio se desliza difícilmente por entre dos cadenas de montañas, ábrese paso de pronto por dos gargantas profundas, llamadas los *Infiernos de Loja,* y va á recibir al Manzanil, que nace allí cerca y que al arrojarse en su seno forma una cascada preciosísima.

En Loja nació el terrible Narváez. Su carácter ha debido de formarse en la Fortaleza morisca más que en las floridas y apacibles riberas del Genil.

Sala del Reposo del Baño (Alhambra).

Mas dejemos esto, que es pequeño comparado con las emociones que me aguardaban en aquella tarde inolvidable de mi vida.

Tres veces, durante mi viaje, sentí las lágrimas agolparse á mis ojos y en la espalda el hormigueo que produce lo sublime: al ver, en tarde borrascosa, desde el puente del *Alfonso XIII,* donde me hallaba conversando con el Capitán Deschamps, dibujarse entre la niebla, después de 22 años de ausencia, las montañas de mi patria; al contemplar, por vez primera de mi vida, el espectáculo incomparable de la vega granadina y de la ciudad morisca que tiene por corona la Alhambra y por dosel la Sierra Nevada; y al llegar, en el último tercio de mi vida y después de luchas tremendas, al alto de la Mariña, desde donde se ve la ría de Villaviciosa de Asturias y, junto á sus marismas, la humilde aldea donde pasaran felices los primeros años de mi infancia.

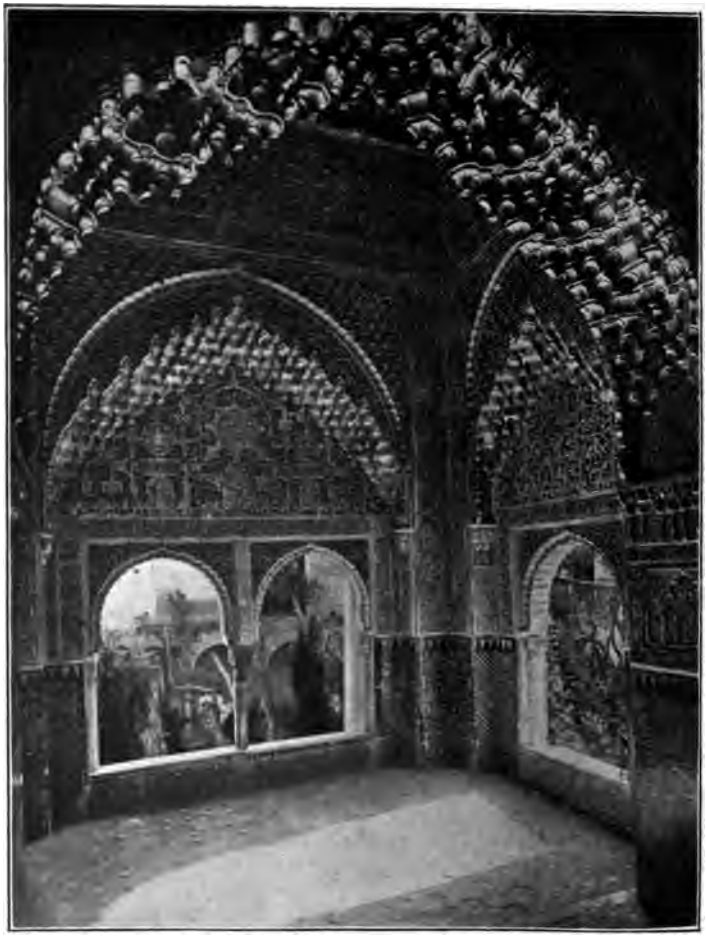
Llegamos á Granada, sin saberlo, durante las fiestas del Corpus. Y digo sin saberlo, porque yo ignoraba que dichas fiestas durasen allí varios días y fuesen las más importantes del año.

Hallábase todo engalanado. Los balcones, además de los tiestos de flores, lucían colgaduras vistosas; los paseos ostentaban arcos artísticos llenos de bombillos eléctricos de diferentes

Patio de los Leones (Alhambra.)

colores; el pueblo, en traje de fiesta, recorría las calles dando al cuadro animación indescriptible. Cuanto á las granadinas ¿quién será capaz de pintar aquellos tipos morenos, con claveles rojos en la cabeza y con claveles rojos en el pecho, que desde ventanas y balcones se comían la gente con sus ojazos morunos?

Llegamos al hotel—y no digo su nombre porque no parezca reclamo, pero bueno será que conste que los hoteles en Granada son excelentes y no muy caros—; llegamos al hotel, digo, y sin perder más tiempo que el empleado en quitarnos el polvo del camino y en ajustar, sin regateo, un *cicerone* para los días que estuviéramos allí, tomamos un buen coche de plaza con dos magníficos caballos—también son buenos en Granada los coches de alquiler—y pasando por un bosque espesísimo de árboles seculares donde noche y día murmuran los arroyos y cantan los ruiseñores, llegamos al Generalife, casa de Campo de los reyes moros de Granada, construída en el siglo XIV, y hoy propiedad de un título de Castilla que la conserva en bastante buen estado. Y después de admirar sus jardines y en uno de ellos el ciprés de los Abencerrajes, donde es fama que fué sorprendida una sultana en coloquio amoroso con uno de los nobles y valientes guerreros que llevaban aquel nombre, bajamos á la Alhambra, y ya en el portentoso palacio moro que el mundo entero envidia á nuestra España, á reserva de verlo todo con



Mirador de Lindaraja (Alhambra).

más espacio, corrimos por sus salas y por sus patios maravillosos, entramos en los baños del Sultán, nos asomamos al mirador de Lindaraja, y con la cabeza llena de columnas esbeltas, de arcos delicadísimos, de techumbres que semejan cielos de estalactitas ideados por las Musas mismas y de calados y de filigranas que han debido ser bordados en los mármoles de Sierra Nevada por las manos de las huríes que pueblan el paraíso de Mahoma, volvimos al hotel, tomamos un refrigerio en compañía de unos cuantos extranjeros, ingleses, franceses y americanos, que, como nosotros, andaban en peregrinaciones artísticas, y en el mismo coche que nos llevara á la Alhambra corrimos á los toros.

La plaza estaba llena, y como había muchas mujeres, aquello parecía un inmenso tiesto de claveles; y como toreaba Lagartijillo, torero granadino, muy joven, casi un niño y en gran manera simpático, el entusiasmo rayaba en delirio. Aquel calor, aquella luz, aquellos claveles, aquella sangre.... era España, que á puñados se metía en el corazón y en el cráneo; porque no hay nada que pueda sustraernos á la influencia del ambiente que nos rodea, y menos á la de un ambiente como aquel; y por eso, cuando Lagartijillo se cuadró, elegante y esbelto, ante un toro que á su lado parecía un monstruo tremendo, y después de unos cuantos pases de muleta le tendió á sus pies de una estocada soberbia, apete-

Ajimez de la Mezquita (Alhambra).

ciónos unirnos al público que en tropel saltó á la plaza para abrazar al diestro con la misma ó mayor locura que la que sentirían á mediados del siglo XV los vecinos de Granada al ver entrar por las puertas de la ciudad, cubiertos de laureles y cargados de botín, á los terribles Abencerrajes.

A la salida de los toros agrupábase la gente que no había podido ir á la corrida en las bocacalles y en ventanas y balcones, y la animación que allí había y lo hermoso que todo aquello resultaba, bien quisiera yo describirlo; pero ¿quién puede pintar la vida y la alegría de un pueblo que nace entre flores, vive cantando y muere riendo?

Por la noche gran paseo, gran serenata, grandes fuegos artificiales. Los árboles de las alamedas iluminados con millares de luces eléctricas parecían cosas de magia. A la una de la noche, creyendo que ya todo había acabado, fuimos á descansar; pero aún no habíamos concluído de desnudarnos, rendidos de tanta emoción, cuando el sonido de trompetas, de tambores y de bandas de música nos hizo asomarnos á los balcones: era una retreta militar, que con hachones encendidos y llevando tras sí á todo el pueblo, recorría las calles de Granada.

Aquello no se acababa nunca. Los españoles serán pobres, aunque sobre esto también habría mucho que hablar; pero en el mundo ente-

Ajimez en el Salón de Embajadores (Alhambra).

ro no hay nadie que como ellos sepa gozar de la vida. En España y sobre todo en Andalucía puede hablarse sin que parezca una ironía sangrienta de la "alegría del vivir."

II

"Yo ví á mi madre morir
Y no me quiero acordar;
Fué tan grande mi sentir
Que en vez de echarme á llorar
Rompió mi pena á reir."

Así cantaba un gitano legítimo del Albaicin en la zambra que en una cueva del monte famoso se dió en mi obsequio, no por mi cara bonita, sino merced á veinte pesetas que dí con gusto para no ser menos que los ingleses que van á Granada y quieren saturarse de arte flamenco.

—Mire usted, señorito, no vaya usted á creer que la zambra es algo escandaloso, me decía el día antes el *cicerone,* teniendo en cuenta que me acompañaba un muchacho; antes al contrario, es tan ideal, que casi casi resulta mística. Y hasta los canónigos del Sacro Monte bajan á veces á verla.

Con estas seguridades, no extrañará nadie que á pesar de la circunstancia dicha y de mis años, que ya no son pocos, me decidiera á meterme con mi hijo en la cueva del Capitán de los gitanos—la mejor del Albaicin, pues tiene sala, cocina y una alcoba—donde nos esperaban, ade-

más del dueño de la casa, media docena de cantadoras y bailadoras y dos tocadores de guitarra que era cuanto había que ver y oir en materia de *flamenquismo.*

La cueva resultaba fresca, sin ser húmeda, á pesar de no tener más ventilación que la de su única puerta y la de un agujero que daba á lo alto de la montaña y hacía las veces de chimenea. El mobiliario era humilde, casi primitivo: trípodes de madera, bancos sin respaldo y en las paredes cacerolas de bronce y algunos cromos chillones.

Las gitanas vestidas con trajes cortos y escotados, llenas de cintas de colores y ostentando en el pecho y en la cabeza puñados de claveles rojos, con sus ojos grandes, rasgados y negros y su color de aceituna, parecían figuras arrancadas de los cuadros de Fortuny y puestas allí, en aquella cueva del Albaicin, para que á todas horas pudiesen contemplar su típica hermosura y refrescar su sangre ardiente en las cristalinas aguas del Darro, que bajan cantando amores por entre aquellas colinas donde se levantan los palacios árabes, á cuyos miradores se asomara un día la sultana Lindaraja y cuyas torres habrían de servir más tarde para que los Reyes Católicos contemplasen, pasmados de asombro, el espectáculo maravilloso de la vega y de la ciudad conquistadas.

Y olé, mi niña!... Y palmadas, y gemidos, y cantos que parecían sollozos, y pataitas, y quie-

La Torre de la Vela (Granada).

bros de cintura, y ojos que despedían chispas, y brazos que se enarcaban como para acariciar en el aire á figuras invisibles....

El espectáculo habría sido atenuado sin duda, por consejos del *cicerone;* pero.... la verdad es que, sin llegar á lo escandaloso, aquello parecióme harto vivo y demasiado ardiente para que, como aquél me había dicho, bajasen á menudo á verlo los canónigos del Sacro Monte.

Arriba, mucho más arriba del Albaicin hállase un colegio dedicado á la enseñanza de los niños pobres y dirigido por el pedagogo más notable de España, por el Padre Manjon.

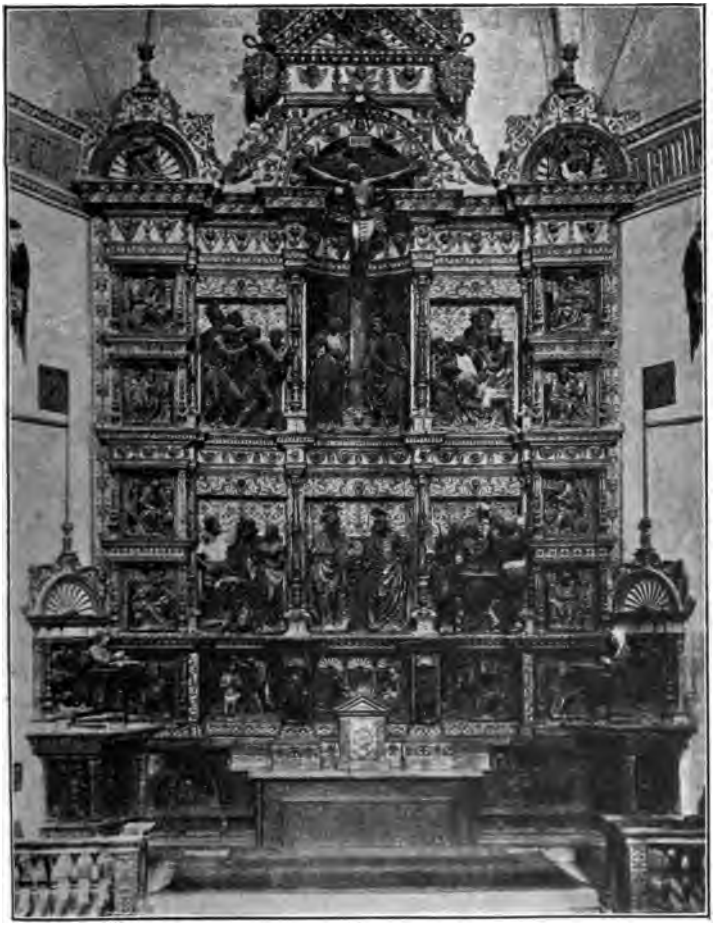
Allí estaba también la capilla de los mártires de Granada y la cripta y el horno donde éstos fueron quemados por los moros fanáticos á poco de la rota del Guadalete. Y hay en uno de los altares de aquella cueva profunda una imagen de la Virgen, de tiempo de los godos que, según la tradición, estuvo en el Pilar de Zaragoza mucho antes de la irrupción sarracena. Yo la tuve con veneración en mis manos—es chiquitina—y al contemplarla agolpáronse á mi mente algunas de las grandes vicisitudes por que atravesó nuestra patria al compás con que se escondía en los subterráneos ó aparecía en los altares aquella imagen tosca labrada en los principios de la Edad Media por algún artífice que quizá en aquellos tiempos gozara, con justicia, fama de eminente.

Fachada Este del Palacio de Carlos V. (Alhambra).

La catedral de Granada fué en sus comienzos de estilo gótico; pero, transformada después por varios artistas notables, entre los cuales figuran en primer término Alonso Cano y José Granados, es hoy una obra preciosa del Renacimiento con hermosas columnas del orden corintio.

En la Capilla Real, de estilo gótico florido, hállase el panteón de los Reyes Católicos y á su lado el de Doña Juana la Loca y Felipe el Hermoso. Ambos son de mármol de Carrara y los dos se hallan adornados con estatuas y bajos relieves que honran á su autor, el florentino Fancelli. Las estatuas yacentes de los Reyes Católicos ostentan las reales vestiduras, y la almohada donde descansa la cabeza de la gran Reina hállase un poco hundida, con lo cual parece que quiso significar el artista que no había mármol bastante duro para soportar el peso de aquel cerebro.

Bajamos á la cripta donde reposan los restos de los Reyes, y después, arriba en la capilla, vimos y tocamos, con la emoción que cualquiera podrá figurarse, la corona que llevara en sus sienes Doña Isabel de Castilla, la espada que manejara en los combates Don Fernando de Aragón y los estandartes y pendones de ambos reinos que flotaron victoriosos en la torre de la Vela cuando la rendición de Granada. Yo no sé, pero me parece que no se necesita ser español, que basta haber leído á Prescott para sentir que



Retablo de la Capilla Real de F. de Borgoña (Granada).

el corazón late de manera desusada ante aquella vitrina, mejor dicho, ante aquel relicario de proezas y de glorias.

Después pasamos á la capilla de Alonso Pérez del Pulgar, el del "Triunfo del Ave María," y luego, á la de la Trinidad, donde hay hermosas esculturas de Mora y pinturas divinas de Cano.

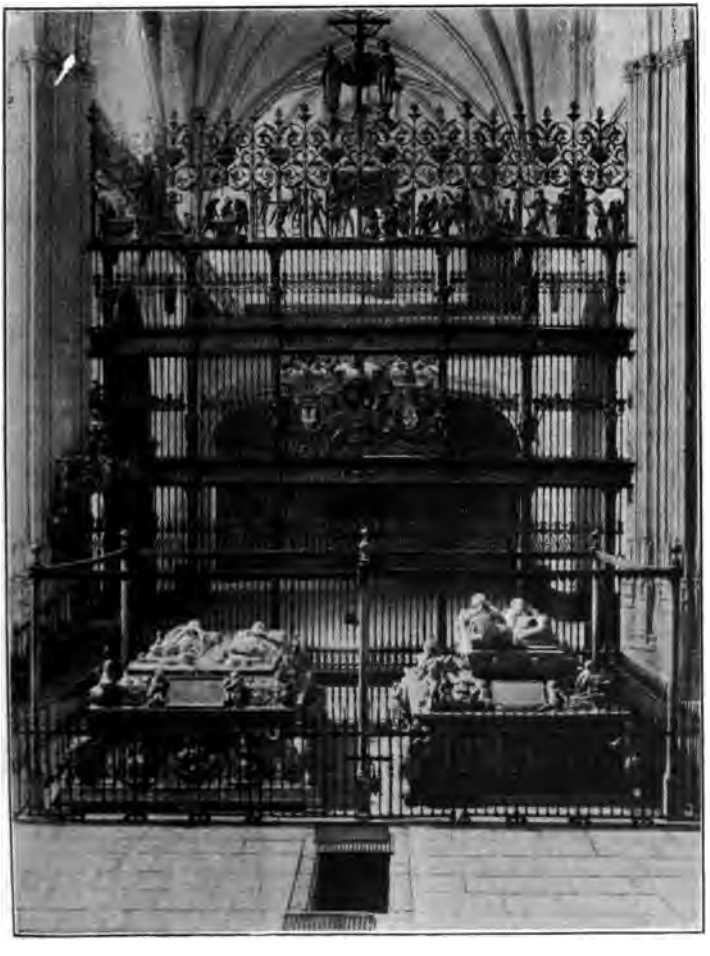
Luego á San Juan de Dios, en cuyo grandioso hospital no nos causábamos de admirar las bellezas del orden plateresco que atesora la capilla donde se conservan los restos del Santo.

Y en San Jerónimo se agolpó otra vez á mi mente toda la historia gloriosa de nuestra patria ante el sepulcro del Gran Capitán, Don Gonzalo Fernández de Córdoba.

El retablo del altar mayor de San Jerónimo es obra maravillosa también de Alonso Cano, maestro de la escuela granadina y pintor, escultor y arquitecto notabilísimo. En todos los templos de Granada se hallan obras de él y de Bocanegra y de Mora y de Murillo, muy dignas de ser admiradas.

La Cartuja, que se halla en las afueras, tiene una capilla, toda ella, suelo, bóveda, paredes y altar, fabricada con mármoles y jaspes preciosos de Sierra Nevada. Es otro prodigio del orden plateresco.

Y no sigo hablando de Granada, porque para poder contar lo que allí ví en breves días y como en un cinematógrafo, necesitaría bastante



Sepulcro de los Reyes Católicos (Granada).

más espacio y mucho más tiempo que el que me dejan libre mis diarias tareas.

Lo que sí quiero hacer constar antes de concluir, es que el español que, pudiendo, no va á Granada, no tiene.... perdón de Dios.

Y que el extranjero que visite aquel paraíso de Mahoma y aquel centro del arte cristiano, ó mucho me equivoco ó donde quiera que después se halle, se apresurará á descubrirse con respeto al oir el nombre de España.

Sevilla.

Retablo de la Capilla Real de F. de Borgoña (Granada).

I

De Granada á Sevilla el viaje nos resultó
co agradable por el mal estado de la línea y
los trenes y por el polvo y calor que sofoca-
n. Estábamos á fines de Junio y el termóme-
marcaba 40 grados centígrados á la sombra
veces más. En Cuba no sabemos lo que es
. Y en cuanto á los ferrocarriles, si en An-
ucía no son peores que en Marruecos, será
que en Marruecos no los hay. Los diputa-
y senadores andaluces, en su mayor parte,
hallan de una ó de otra manera ligados con
empresas ferrocarrileras; los que no son Con-
eros son Abogados Consultores. Y la pren-
salvo raras excepciones, está subvencionada
las mismas. Así anda ello.

Yo no he inventado nada de eso. Me lo con-
on los andaluces.

II

El hotel "Madrid," que en Sevilla ha edifi-
lo un cubano de la familia de los Abreus, es-
considerado como uno de los más lindos de
ropa.

Sus amplias, sus frescas y limpias habitaciones no dejan nada que desear. Su patio andaluz es digno de una sultana; y el comedor, cuyas paredes cubren tapices figurados con azulejos de la Cartuja, no haría mal efecto en el palacio de un monarca.

Conste que he pagado la cuenta y que si no la encontré muy cara, fué porque á los que vamos de Cuba las pesetas nos parecen monedas poco dignas de respeto. Por lo menos al principio.

III

La Biblioteca Colombina fué fundada, como es sabido, por don Fernando Colón, hijo del descubridor de América.

Recorrimos sus dos salas adornadas con valiosas colecciones de retratos de los hombres ilustres de Sevilla.

Tiene todo lo relativo al Descubrimiento y otros documentos muy valiosos. Hoy cuenta con 32,000 volúmenes.

En una vitrina que se halla en el centro de la sala segunda, pueden verse autógrafos de Cristóbal Colón. Y en otra, breviarios de los siglos XIII y XV, un libro de coro del XIV y los misales del cardenal Mendoza.

Todavía hay una tercera vitrina con la espada del Conde Fernán González, que, en la toma de Sevilla, era llevada por Garci Pérez de Vargas.

La Torre del Oro (Sevilla).

¡Cuánto darían los americanos por aquellos pergaminos!

IV

De la Biblioteca Colombina fuimos á la "Eritaña," venta célebre en Sevilla por sus hermosos emparrados y por las *juergas* que allí suelen correrse.

Almorzamos bajo aquellos doseles de verdura, salpicados de flores, un gazpacho y un corderito asado que olían y sabían á gloria.

Y antes habíamos preparado convenientemente el estómago catando unos *chatos con tapaera,* capaces de resucitar á un muerto. Dan allí ese nombre á unas cañitas achatadas de manzanilla cubiertas con unas rajas casi trasparentes de salchichón de Vich ó de jamón de la Sierra, que en materia de comer y beber son la esencia de lo sabroso y la suprema elegancia.

Para hacer la digestión—aunque yo creo que con aquella olorosa manzanilla, la digestión, no abusando, se hace de cualquier manera pronto y bien—fuimos á dar una vuelta por el paseo de las Delicias, por el de San Telmo y por el Parque de María Luisa.

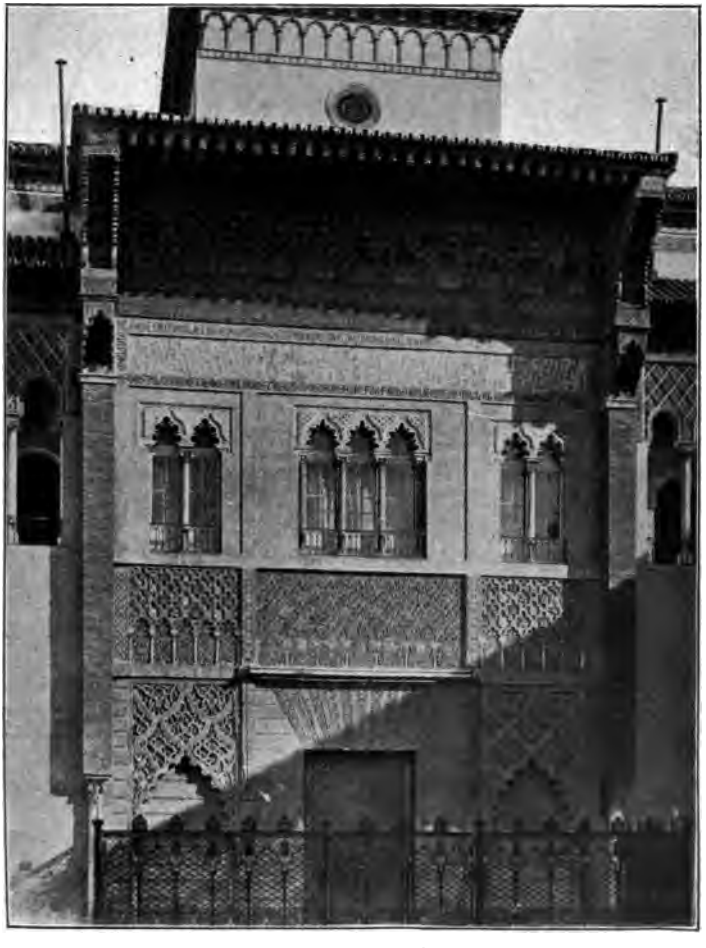
Y el lujo, la elegancia, la riqueza y la hermosura que discurría bajo aquellos álamos, naranjos y palmeras, en carruajes á cual más soberbio, tirados por caballos andaluces de pura raza, no son para descritos por mi torpe pluma.

La Catedral y la Giralda (Sevilla).

Baste decir que al ver tanta gloria ya no me pareció una exageración andaluza aquello de que Sevilla es la antesala del cielo.

En la Catedral subimos á la Giralda, la torre más hermosa que los árabes, esos magos de la arquitectura, hicieron en España; y desde ella vimos el maravilloso espectáculo que presenta la Sultana de Andalucía tendida muellemente en las márgenes del Guadalquivir, medio escondida entre el polvo de luz que levanta aquel sol de fuego, y á su alrededor aquella inmensa llanura, en su mayor parte cubierta de viñedos, olivos y naranjos, por donde desfilaron triunfantes ó derrotados, fenicios y cartagineses, romanos y godos, musulmanes y cristianos, la humanidad entera, en fin, porque aquello siempre ha debido de ser un paraíso muy disputado y por consiguiente un campo de batalla donde pueblos y razas, con piedras ó con flechas, á estocadas ó á cañonazos, se jugaron sus destinos.

Y dentro ya, bajo las altísimas bóvedas de aquel grandioso monumento de estilo ojival ¿quién será capaz de describir las riquezas arquitectónicas, escultóricas y pictóricas que allí se encierran? Yo no lo intentaré siquiera, primero porque carezco de condiciones para ello y después, porque ya he dicho que yo no fuí á descubrir á España, sino á disfrutar como mi temperamento y mi educación me lo permitieran de sus bellezas naturales y artísticas. Por otro lado, estos no son más que recuerdos mal hilvana-



Fachada del Alcazar (Sevilla).

dos en los pocos momentos que de vagar me deja la dirección de las dos ediciones diarias del DIARIO DE LA MARINA. Por Dios no lo olviden los críticos severos.

La Virgen de Murillo que se halla en la Sala Capitular de la catedral de Sevilla es á mi juicio una de las mejores, si no la mejor, de cuantas han salido de las manos divinas del pintor sevillano. Quizá esto consista en que ni en el Louvre ni en el Museo del Prado, donde se encuentran las otras dos Concepciones de Murillo más celebradas, hay el ambiente apropiado para apreciarlas. Aquella luz que en las Vírgenes del gran maestro de la escuela sevillana rodea la mística figura y aquel azul de su flotante manto es la luz del sol y el azul del cielo de Andalucía. Por eso ni en Madrid ni mucho menos en París se puede apreciar toda la verdad, todo el naturalismo que encierran aquellos colores que fuera de Sevilla parecen ideales.

En la capilla del Bautisterio hállase otro de los más celebrados cuadros de Murillo: el "San Antonio de Padua en éxtasis ante el Niño." La figura del Santo que es un portento de colorido, de luz y de perfección anatómica, fué separada del resto del cuadro, con una navaja, en el año de 1874, llevada por el ladrón á Nueva York, donde le valió unos cuantos miles de pesos y encontrada tres meses más tarde y devuelta á Sevilla—después de haber estado expuesta unos días aquí en la Habana—donde fué tan bien res-

Patio de las Muñecas (Alcazar de Sevilla).

taurada que yo por mucho que miré no pude ver la línea de unión de las dos partes del cuadro.

En la *Sacristía de los Cálices* hállase la célebre escultura de Montañés, "Cristo en la Cruz"; y aquello no es una sacristía, es un riquísimo museo. Hay allí obras maestras como el "Cristo atado á la columna" de Cano, el "Ecce Homo" de Morales, el "Descendimiento de la Cruz" de Núñez, "Santa Justa y Santa Rufina" de Goya, "La Trinidad" del Greco, el "San Juan Evangelista" de Zurbarán, "La Asunción" de Herrera el Viejo, "La cabeza de Cristo", de Murillo y muchas otras que no cito por no hacer pesada esta relación.

Y las capillas que son muchísimas, todas, cual más cual menos, están adornadas con esculturas y pinturas de los grandes maestros.

En la *Sacristía Mayor* hay una custodia de Arce, notabilísima por su riqueza y por su ornamentación; tiene de alto tres metros y veinticinco centímetros, y forma un templo redondo de cuatro pisos. El primero encierra una estatua de la Concepción, obra meritísima de Juan de Segura; el segundo el viril donde se pone la hostia consagrada; el tercero el cordero sin mancilla y el libro de los siete sellos; y sobre el cuarto se levanta airosa una estatua de la Fe.

Allí están también las llaves de Sevilla que fueron entregadas á San Fernando cuando su entrada triunfal. En ellas se hallan unas inscripciones árabes que traducidas dicen lo si-

Entrada á la Alcoba de la Sultana (Alcazar de Sevilla).

guiente: *Dios abrirá y el Rey entrará; Dios permita que dure eternamente sobre esta ciudad el imperio del Islam.*

La *Sacristía Mayor* encierra en sus armarios doscientas capas pluviales y casullas magníficas, bordadas en los siglos XIV, XV y XVI, y algunas en el siglo XIII.

En la Capilla Real, además de los restos de Don Pedro el Cruel y de Doña María de Padilla y de las tumbas de Don Alfonso el Sabio y de la Reina Doña Beatriz, hállase, delante del altar mayor, la rica caja de plata—está valuada en 72,000 duros atendiendo solamente á su valor material—que encierra el cuerpo de Fernando III el Santo.

Sólo cuatro veces al año y en días determinados se abre la urna de plata para que los fieles puedan ver el cuerpo aún incorrupto—murió en 1252,—del santo Rey que hiciera flotar los pendones de Castilla, primero sobre la Mezquita de Córdoba, después sobre la Giralda de Sevilla. Pero nosotros, por permiso especial, conseguido por un amigo cuyas atenciones jamás olvidaremos, pudimos admirar aquella santa reliquia á pesar de no ser ninguno de los días señalados para abrir la urna. Cerróse la catedral á las doce del día, so pretexto de limpieza, y solos con un canónigo que llevaba las triples llaves y con el amigo referido, penetramos en la Real Capilla llenos del mayor respeto.

Salón de Embajadores (Alcazar de Sevilla).

Dentro de la urna de plata hállase otra de cristal que encierra el cuerpo del Santo. Este se encuentra vestido con su armadura de combate y cubierto con el manto real. Parece que está durmiendo: sólo le falta un poco de la nariz y el dedo mayor del pie derecho.

Sobre el altar de la Capilla y bajo un dosel de plata hállase la Virgen de los Reyes, patrona de Sevilla, regalada por San Luis, Rey de Francia, á San Fernando, Rey de Castilla y de León.

Yo no sé qué relación tendrá lo uno con lo otro, pero lo cierto es que allí, al lado de aquel gran Rey que no quiere corromperse á pesar de que hace ya 700 años que bajó á la tumba, sin duda para que sus descendientes se avergüencen del uso que han hecho de su herencia y de su gloria, al acordarme de que ví bajar del Morro la bandera española para izar la americana, volví á sentir que un nudo se me ponía en la garganta y que mis ojos se inundaban de lágrimas.

¿Por qué no irán á inspirarse en aquella tumba los llamados á regenerar á España?

V

El Alcázar, la Casa de Pilatos, la Torre del Oro, la calle de la Sierpe, la Macarena, el barrio de Triana, la Cartuja, Itálica.

"Estos, Fabio, ¡ay dolor!...."

El San Antonio de Murillo (Sevilla).

¡Quién sabe! ¡Quién sabe! Puede que no sea dolor, puede que sea fortuna para mis lectores que yo no pueda decirles más sino que después de haber estado unos días, que me parecieron instantes, viendo todas esas y otras muchísimas cosas dignas de verse que hay en Sevilla, me fuí á Cádiz, la *Tacita de plata,* más que á verla, porque ya la había visto, á comer "la sopa del cuarto de hora" que me celebraron en Sevilla y que no era cosa de dejar de probar estando tan cerca. Y, efectivamente, valía la pena, puedo asegurarlo. Vayan ustedes, si les viene á mano, á una "Casa de Montañeses" y verán que no miento.

El Monasterio de Piedra.

I

Sin habernos detenido en Madrid más tiempo que el necesario, tomamos el tren de Aragón para ir al nunca bastante celebrado Monasterio de Piedra.

Llegamos á Alhama á las 11 de la noche y como el Monasterio de Piedra, objeto de nuestro viaje, se halla á unos 17 kilómetros de allí, en Alhama nos quedamos hasta el día siguiente.

Es aquél un pueblo de mil y pico de vecinos, donde hay unas aguas medicinales muy renombradas ya en tiempo de los romanos. Ocupa una posición muy pintoresca entre montañas abruptas, Diéronle los árabes el nombre que hoy lleva; y sus aguas son termales. El día que nosotros llegamos estaban llenos, casi por completo, los cuatro grandes hoteles que allí existen.

II

Al día siguiente alquilamos una jardinera tirada por dos caballos de montaña, pequeños y fuertes, y por la fresca salimos en dirección al Monasterio de Piedra, más alegres que unas Pascuas. ¡Como que los caballos iban sonando

Alhama de Aragón.

una multitud de cascabeles y el aragonés que los guiaba hacía restallar el látigo constantemente y sostenía con ellos una conversación tan expresiva como pintoresca, que sólo interrumpía, de vez en cuando, para entonar alguna copla baturra!

III

El camino desde Alhama á Piedra es tan accidentado como ameno. La carretera, que se halla en muy buen estado, sube haciendo zigs-zags, cuestas elevadísimas y baja de idéntica manera á valles deliciosos donde se cosechan las frutas más exquisitas de Aragón.

Godojos, pueblecito que se halla como á una hora de Alhama, en su posición estratégica y con su torre bizantina, ha debido de ser en otros tiempos el guardián insorprendible de la vega frondosísima que se halla á sus plantas. Y Nuévalos, que se presenta de improviso, una hora después, en mitad de un risco formado por peñas rojizas, parece un nido de águilas.

IV

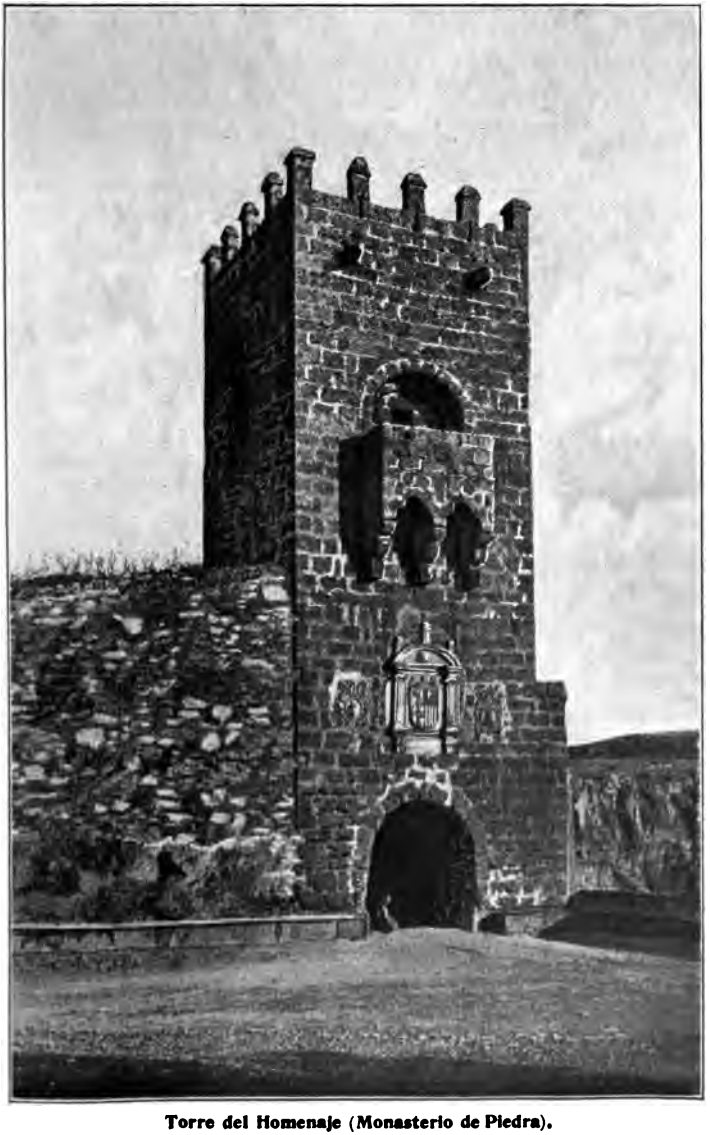
De pronto, después de subir una cuesta empinada y al revolver de un descarnado peñasco, nos hallamos á las puertas del Monasterio que en el siglo XIII fundaron los monjes del Cister á la vera del barranco profundísimo por donde se despeña espumoso y rugiente el río Piedra.

Al llegar no se ve el barranco, ni el bosque, ni el río, ni las cataratas, ni los lagos. Oyese solamente el sordo rumor que producen las aguas saltando de peña en peña.

Entramos en el Monasterio, convertido en hotel por un catalán de apellido Muntadas, que cuando la desamortización compró todo aquello y cuatro leguas en contorno, por ocho mil pesos, y nos dieron por habitación la celda de un monje compuesta de una alcoba, una amplia sala y un soleado y vistoso corredor, desde donde se puede contemplar á entera satisfacción el maravilloso barranco.

En la Edad Media han debido servir aquel y los demás corredores del Monasterio para que los frailes bernardos, monjes y soldados á la vez, esgrimiesen ya las armas de la oración, ya la espada de los cruentos combates; mientras que ahora sirven, de ordinario, para que parejas de enamorados se arrullen plácidamente oyendo el murmurar de las aguas y el canto de los ruiseñores, pues el Monasterio de Piedra viene á ser en Aragón lo que es en la Habana el hotel Trocha: el lugar que suelen escoger los recién casados para pasar la luna de miel.

Lo más notable del Convento es el torreón de entrada ó Torre del Homenaje, edificio esbelto al par que severo, con almenas y salientes matacanes, donde lucen dos escudos, uno á cada lado de la puerta, ostentando uno tres piedras y otro un castillo sobre una roca con este lema:



Torre del Homenaje (Monasterio de Piedra).

Castrum de Petra; los claustros góticos con airosas y elegantes ojivas; el Refectorio, hoy comedor del hotel, hermoso salón, también de estilo ojival; y una escalera preciosísima, de todos los viajeros admirada, que se despliega soberbia y majestuosa en dos anchos ramales y que se halla cubierta por una bóveda de cruceria tan perfecta y acabada que al decir de los inteligentes recuerda la de la abadía de Westminster.

V

Pero no es el Monasterio, con tener tanto que admirar, lo que lleva á Piedra á literatos y artistas, sino la naturaleza espléndida, soberbia, incomparable que se desarrolla en toda su indescriptible belleza en los barrancos profundos que bajo el Monasterio existen, donde dan sombra espesa, encinas y robles seculares, donde suenan sin cesar voces espantables de caudalosos torrentes, á donde se asoman rojos peñascos que parecen monstruos furibundos y donde duermen tranquilamente lagos grandes, frescos y hasta lo indecible cristalinos.

El efecto que hace en el fondo del lago del Espejo el verde obscuro del bosque frondoso y la tore del Homenaje iluminada por el sol poniente, sería locura que yo intentase describirlo cuando allí estuvieron y no lograron siquiera dar una idea aproximada de tan portentosa belleza casi todos los grandes hombres que en España

Cascada del Iris (Monasterio de Piedra.)

brillaron durante el pasado siglo, entre ellos Castelar. Sólo Pí y Margall y Núñez de Arce dejaron en el libro del Monasterio de Piedra algo que no es del todo indigno de aquellos lugares donde no parece sino que el Artífice Supremo quiso excederse á sí mismo.

He aquí parte de la composición poética del segundo:

"Venga el ateo y fije sus miradas
en las raudas cascadas
que caen con el estrépito del trueno;
en este bosque que obscurece el día,
de rústica harmonía
y de perfumes y de sombras lleno.

En la gruta titánica que arredra
con sus monstruos de piedra,
su oculto lago y despeñado río;
que ante tantas grandezas el ateo
dirá asombrado:—¡Creo,
creo en tu excelsa majestad, Dios mío!"

El río, que viene saltando entre peñascos, detiénese de pronto en una alta planicie para dividirse en tres ramales y lanzarse al barranco profundo que se halla al pie del Monasterio, y cada uno de los tres brazos forma multitud de cataratas que, en cuanto á caprichosas y bellas, nada tienen que envidiar, algunas, á la renombrada del Niágara.

Cascada de la Cola de Caballo (Monasterio de Piedra).

También los enamorados de la naturaleza van al Monasterio de Piedra.—Aquí se sienta Sorolla, nos decía el guía, señalando un asiento rústico, formado por un árbol caído al lado del *Lago del Espejo* y del *Peñón del Diablo.* Y como Sorolla van otros pintores notables á inspirarse en aquel lugar de delicias.

VI

El Gobierno ha aprovechado el agua de algunos de los lagos para instalar un establecimiento de piscicultura, hoy bastante bien atendido, de donde se surten los ríos y los lagos de toda España cuando necesitan ser repoblados ó conviene reforzarlos.

Se da allí una mezcla de trucha del país y salmón, otra de trucha del país y macho *arco-íris* oriundo de California, y otra de trucha de California y salmón del país. Es tal la riqueza de clases de salmonídeos que allí existe, que el establecimiento está considerado como una de las más importantes y completas piscifactorías de Europa. ¡Lástima que ignoren estas y otras cosas semejantes los sabios que no cesan de gritar que España necesita *europeizarse!*

VII

Una noche tormentosa llegó á la Torre del Homenaje un caballero embozado; apeóse del rendido caballo que hasta allí le condujera, y pidió asilo al Monasterio.

Sonaron campanas en los claustros del convento; transcurrieron instantes que al que llamara parecieron siglos; abrióse una poterna; conferenció el embozado con un monje armado de punta en blanco; entraron ambos en el Monasterio; cerróse otra vez la pequeña puerta.... y todo volvió á quedar en el más profundo silencio.

¿Quién era el que á hora tan inusitada y en noche tan tormentosa se atrevía á llamar y lograba que le diesen asilo en el Monasterio-Fortaleza de Aragón?

Antonio Pérez, el gran Secretario de Felipe II, que culpable, según unos, é inocente, según otros, había escapado á uña de caballo de la coronada villa.

Y tres siglos después, al lado de aquel mismo torreón del Homenaje, pero no en noche de tormenta, sino en noche hermosísima de luna, cantaba Gayarre el *Spirto gentil* sin más acompañamiento que el rumor de los torrentes.

¡Qué triste la noche del siglo XVI!

¡Qué poética la noche del siglo XIX!

Zaragoza.

I

De Alhama fuimos á Calatayud, antigua lad romana, patria de[1] poeta Marcial y de *ores,* la de la célebre copla.

Hállase en las márgenes del Jalón y cerca .a confluencia de éste con el Jiloca, al pie de colina, en la que, como en el Albaicin, hay vas que son habitaciones humanas y forman barrio llamado la *Morería.* La cúspide del *ezo,* como dicen allí, se halla coronada por restos de un castillo morisco.

Es la tierra de las frutas y de las legumbres s sabrosas y más ricas de España.

Los renombrados melocotones de Aragón las huertas de Calatayud, de Morata de Ta- a y de Paracuellos de la Rivera, se cosechan.

Atravesamos la frondosa llanura, salpicada *Torres* (casas de campo), donde se asienta la lad heróica; desde la estación de Casetas pa- ios al puente de los Repatriados

¡Allí la Seo....
¡Y allí el Pilar....

l Pilar fuimos antes que á ninguna otra par- para postrarnos reverentes ante la imagen

venerada por miles de generaciones; ante aquella virgencita que dice

"Que quiere ser Capitana
De la tropa aragonesa",

según cantaba el pueblo zaragozano durante los sitios famosos.

II

Zaragoza fué llamada por los iberos *Salduba;* por los romanos *Caesarea Augusta;* por los godos *Cesaragosta;* y por los árabes, *Saracosta.*

En tiempo de estos últimos fué rival de Córdoba, de Toledo y de Mérida.

Reconquistada por los cristianos, fué la capital del Reino de Aragón hasta la fusión de este reino y el de Castilla en tiempo de los Reyes Católicos.

Felipe II acabó con sus fueros decapitando á Lanuza, último Justicia Mayor.

Y á principios del siglo pasado conquistó el título de *Siempre heróica*, rechazando á los hasta entonces invencibles ejércitos de Napoleón y mereciendo que un escritor francés, M. Thiers, al hablar de su capitulación, en el segundo sitio, se expresara de esta suerte: "El 21 de Febrero 10,000 infantes y 2,000 caballos, pálidos, delgados, abatidos, desfilaron ante nuestros soldados conmovidos de piedad. Estos entraron en seguida en la ciudad infortunada, que no era más que un montón de ruinas llenas de cadáveres en putrefacción. De 100,000 individuos, habitan-

Puente de Piedra (Zaragoza).

tes ó refugiados en Zaragoza, 54,000 habían perecido. Nada en la historia moderna se había igualado á este sitio, y era necesario en la antigüedad remontar á dos ó tres ejemplos como Numancia, Sagunto y Jerusalén, para encontrar escenas semejantes."

III

¡Torreros! ¡El histórico cabezo! ¡Qué emociones sentí al encontrarme en aquella altura desde donde se domina la ciudad heróica y el río famoso y la campiña fertilísima!

Allí empezó el drama sangriento. Allí fueron los aragoneses á esperar á aquellos veteranos que después de batallar á la sombra de las Pirámides habían derrotado á todos los ejércitos de Europa.

Y lo grande, lo inverosímil no es que en un momento de exaltación patriótica hubiesen creído los baturros que desde el cabezo de Torreros podrían rechazar á los ejércitos de Napoleón, sino que después de haber sido ametrallados, destruídos, aniquilados en aquella altura, todavía les quedasen alientos para defender la ciudad tendida en el llano y en absoluto dominada por la posición perdida.

IV

Moscou, al ver avanzar al monstruo de la guerra, se dió por vencida y se suicidó.

Zaragoza, no desesperó nunca: se defendió á tiros, á navajazos, á mordiscos, hasta caer exangüe.

Y era que los rusos no podían amar la vida como los aragoneses: no tenían las fértiles riberas del Ebro, ni la alegre rondalla, ni la milagrosa Pilarica.

La Seo ó *seu,* expresión del idioma lemosín, que equivale á *sede* ó *silla* en castellano y á *sedes* en latín, es efectivamente la sede arzobispal de Zaragoza.

Como obra arquitectónica, su mayor defecto es que carece de puerta principal. En su ángulo Norte presenta una fachada greco-romana, que luciría más si no estuviera medio aplastada por una torre octogonal, dibujada en Roma en 1685 por Contini.

En el interior tiene cuatro filas de columnas góticas, que serían más hermosas si estuvieran menos recargadas de adornos. Los pedestales son de mármol amarillo.

En el trascoro hay dos bellas estatuas de San Vicente y de San Lorenzo y un templecito formado por seis columnas salomónicas de mármol negro y del mejor gusto.

En la Sala Capitular vimos la cruz sobre la cual el Rey juraba guardar los fueros de Aragón, y varios cuadros de Rivera y Zurbarán.

El Pilar, la segunda catedral de Zaragoza, tuvo por origen una capillita levantada por Santiago Apóstol para colocar en ella la imagen que

España entera adora y que los aragoneses idolatran. En 1681 se puso la primera piedra de la vasta basílica actual.

Sobre el costado Oeste de la Capilla de la Virgen y protegidos por una balaustrada de plata se elevan tres altares, delante de los cuales arden sin cesar multitud de lámparas y de cirios. El altar de la derecha tiene en su centro la imagen venerada que, sobre su pilar de mármol rosáceo, ocupa el mismo lugar en que Santiago la colocó hace veinte siglos. Esta santa imagen, lo mismo que la de Covadonga y todas aquellas cuya antigüedad es grande, se ha vuelto negra merced á la pátina del tiempo. Es de madera y lleva un rico manto bordado de oro que no deja ver más que la cara de la Virgen y la del Niño Dios. La corona de plata y la cortina de abalorios sembrada de estrellas que ocupa el fondo del altar absorben la luz de tal suerte, que apenas se puede distinguir la imagen. Sobre el altar del medio hay una hermosa escultura de la Virgen que aparece sobre un trono de nubes y con la mano derecha apunta para la imagen suya que brilla sobre el Pilar. Y en el altar de la izquierda vése un bajo-relieve, también de mérito, representando á Santiago rodeado de sus discípulos. En la nave Norte, entre la capilla de la Virgen y el Coro pueden admirarse hermosos frescos de Goya y enfrente de la puerta que da sobre la plaza del Pilar está el tesoro de la Virgen, que encierra todo lo que queda hoy, y

Trascoro de la Seo (Zaragoza).

no es poco, de las joyas ofrecidas en todo tiempo por reyes y pueblos á la *Pilarica*.

V

Dos días llevaba en Zaragoza y ya me disponía á volver á Madrid para continuar mi viaje rápido por España, cuando, dando unas vueltas por el paseo de Santa Engracia en compañía de mi hijo, me encontré, de manos á boca, con un compañero de armas de ejército carlista de Aragón. Veintiocho años hacía que no nos habíamos visto y sin embargo me reconoció en seguida. Yo no le hubiera conocido á él á pesar de que ambos mandábamos compañía en el mismo batallón y de que anduvimos tres años juntos por el Maestrazgo, por el alto y el bajo Aragón, y por las montañas de Cataluña.

Aquel *faccioso* me puso en seguida en comunicación con otros compañeros de armas—aún quedan muchos á pesar de los años transcurridos—y entre todos fácilmente consiguieron que suspendiera el viaje y les dedicara un par de días. ¡Deseaba yo tanto verlos y hablar con ellos y recordar los tiempos de la juventud y de las ilusiones, que si no los había buscado era por temor de no encontrarlos, ya porque el destino les hubiera llevado, como á mí, á lejanas tierras, ya porque la muerte hubiese puesto fin á su azarosa existencia!

Al día siguiente nos obsequiaron á mi hijo

y á mí con una comida aragonesa que nos supo á gloria.

¡Qué carnes más aromáticas, qué legumbres más ricas y qué frutas más exquisitas las de Aragón! Y el vino y el agua de los caños—llaman caños á los sótanos de las casas—frescos como si estuvieran en una nevera. Con tales agasajos y enzarzados en pláticas sabrosas de soldados viejos, no es extraño que el tiempo pasara breve y que al despedirme, quizá para siempre, de aquellos amigos del alma, sintiera impresión hondísima.

VI

Hasta luego, me despedí del general March, Capitán General de Aragón y único general de cuantos estuvieron en Cuba durante la última guerra y tropecé en mi excursión por España, á quien por pundonoroso y por caballero tuve el gusto de ir á visitar; hasta luego, porque entusiasta de Cuba y siendo aquí muy querido, pensaba volver á esta tierra "siquiera no fuese más que á pasar un invierno," y tres meses después recibía la inesperada noticia de su muerte.

Así se desvanecen los sueños de felicidad que el hombre forja en este mundo.

Por eso me fuí de Aragón sin dar una vuelta por el Maestrazgo: temí encontrar viejos á los que dejé jóvenes; y muertos á los que conocí en la plenitud de su vida.

Leon.

I

De Zaragoza volvimos á Madrid y á los pocos días salimos de la Corte por el ferrocarril del Noroeste con billete para León.

Entre Madrid y Segovia estuvimos detenidos cerca de tres horas, porque el tren zapateaba sin poder adelantar un paso. Al principio creímos—era de noche—que la causa de aquella detención sería la poca fuerza de la máquina para subir la pendiente del Guadarrama con el pesado convoy que había salido de Madrid para Asturias y Galicia. Pero pronto nos enteramos de que todo se debía á una manga de langostas que cubría la vía y cuya grasa hacía resbalar las ruedas. Por fin vino otra máquina de Segovia y pudimos continuar la marcha, interrumpida por aquel débil y dañino insecto.

II

Y sin más novedad llegamos á la que fué capital del reino de León, nombre que lleva la antiquísima ciudad desde que en tiempo de Augusto estableció allí su cuartel general una legión romana, *Legio septima gemina.*

Y después de los romanos, los godos; y después de los godos, los árabes; y después de los

árabes otra vez los cristianos; y después de los cristianos otra vez los musulmanes, mandados por aquel terrible Almanzor que lo llevaba todo á sangre y fuego; y después de Almanzor la serie de reyes que empezó con Ordoño II, hijo de Alfonso el Grande, rey de Asturias, y terminó cuando Fernando I, rey de Castilla, unió á la suya la corona de León. ¡Cuántos reveses y cuántas glorias! ¡Cuánta majestad y cuánta pompa! Y ahora... ¡qué soledad! Las calles, por no usadas, en muchas partes producen yerba. Y en la ciudad famosa, cuyas armas aún brillaban en los pendones que Cristóbal Colón trajo á la América, apenas si se oyen otros ruidos que el producido por el chillar de los grajos que sin cesar revolotean alrededor de las torres esbeltas de su grandiosa catedral.

Dice un refrán propular que León

"Tuvo veinticuatro reyes
Antes que Castilla leyes".

Hoy no tiene más que la Catedral, San Isidoro y San Marcos; pero cualquiera de estos tres monumentos brilla en la historia del arte con igual fulgor que en la de las armas el más afortunado y batallador de sus monarcas.

III

Guzmán el Bueno nació en León y cerca de la catedral hay una casa llamada *de los Guzma-*

Vista panorámica de la ciudad de León.

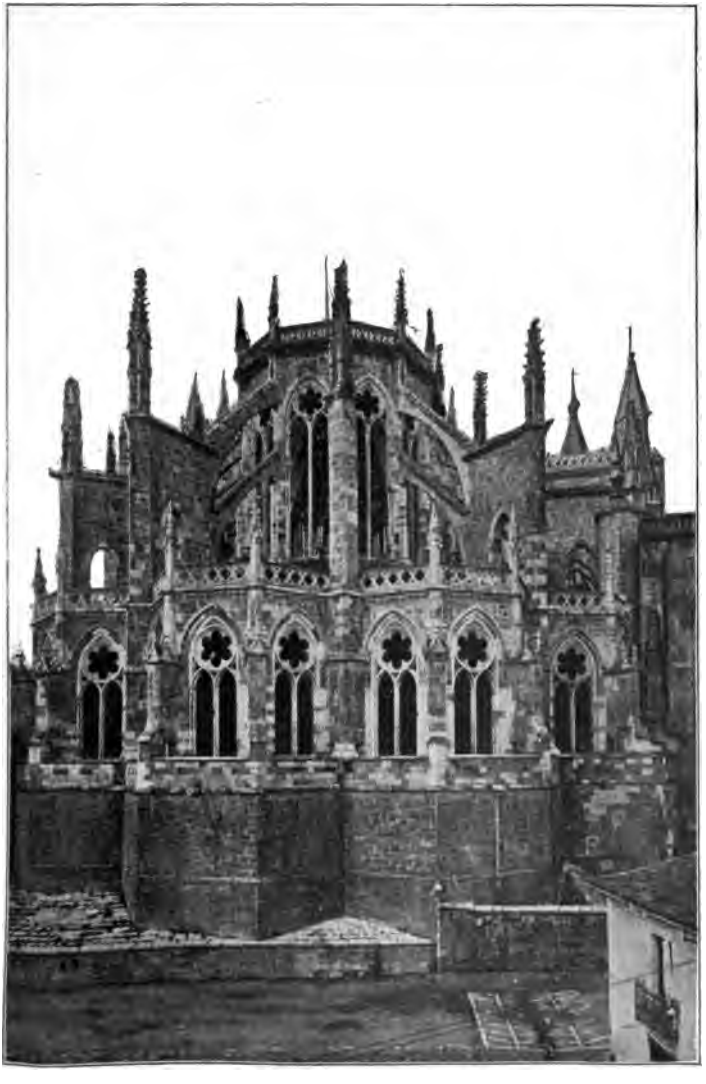
nes, edificada en el siglo XVI por un obispo de la familia, y hoy ocupada por el Gobierno Civil. Lo más notable de dicha casa son las rejas y los balcones de hierro, unas y otros en gran cantidad y muy artísticos. Diz que al verlos Felipe II exclamó: "Demasiado hierro para un obispo."

La Catedral, edificada en el siglo XIII, es uno de los más interesantes y más antiguos modelos del estilo ojival. Y á juicio de muchos, la más elegante y esbelta de las catedrales españolas.

"Campanas las de Toledo,
Catedral la de León,
Torre la de Oviedo
Y rollo el de Villalón."

El cantar es malo de verdad, pero yo así lo oí de niño y no es cosa de enmendar la plana á nuestros abuelos. Sólo me cumple decir, por si alguien lo ignora, que rollo es en Castilla una columna de piedra rematada por una cruz, que suele hallarse cerca de muchas iglesias. Y que el de Villalón es de estilo gótico florido y muy hermoso, según pude apreciar hace ya muchos años cuando pasé por allí para ir á Rioseco.

Los trabajos de restauración de la catedral leonesa empezaron en 1859 y terminaron en 1898. Treinta y nueve años empleados por notables arquitectos, y principalmente por Madrazo, en reparar los daños que el andar del tiempo causara en aquella delicada joya del ar-



Abside de la Catedral (León).

te gótico más puro. Hoy está tan fresca y tan completa como si acabara de salir de las manos de aquellos magos de la Germania que en la Edad Media inundaron la Europa de "poemas de piedra."

La fachada se compone de cinco arcos ojivales de belleza insuperable, adornados con esculturas también de mucho mérito. Sobre los arcos destácase un amplio balcón y por encima de todo surgen airosas dos torres hermosísimas.

En el interior, los pilares, formados por haces de columnas, causan admiración y encanto por su ligereza y por su finura. Los vidrios de colores que, con una profusión no vista en ninguna otra catedral, adornan las ventanas de los cruceros y los rosetones de las naves, forman un conjunto único en Europa; y los cuadros religiosos en ellos representados abarcan cuantos estilos pictóricos ha habido desde el siglo XII hasta la fecha.

El trascoro, de estilo plateresco; el coro con esculturas góticas del siglo XV; las tumbas de varios obispos, del rey Ordoño II y de la condesa doña Sancha, todas ó casi todas con sus estatuas yacentes; y el claustro que forma un cuadrado regular con seis arcos góticos de cada lado, son obras muy celebradas.

El archivo contiene infolios y pergaminos de mucho mérito.

San Isidoro que, como el Escorial y la Capilla del Rey Casto en Oviedo, es el Panteón de

Casa de los Guzmanes (León).

los Reyes, fué fabricado en el siglo XI y restaurado en el XV.

Tiene una portada de estilo romano puro, sobre la cual se eleva la estatua ecuestre de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, con la mitra en la cabeza y la espada en el puño, señal de la fusión ó de la confusión que existía en aquellos tiempos bélico-religiosos entre el sacerdocio y la milicia.

Aunque San Isidoro es de estilo romano, nótase en su interior trazas del gótico primitivo.

El panteón de los Reyes sufrió mucho cuando la invasión francesa. Aquellos soldados del primer Imperio que antes lo fueran de la primera República, no respetaban antigüedades ni bellezas artísticas, tratándose de destruir *tiranos.*

Hay allí, sin embargo, más ó menos deterioradas, las sepulturas de once reyes, doce reinas y veintiún príncipes ó grandes señores. Entre ellos la de doña Urraca, infanta amada del Cid y más tarde Reina de Zamora (fines del siglo XI) y la de Zaida, hija del Rey moro de Sevilla y esposa de Alfonso VI, el conquistador de Toledo.

También hay en el Panteón unas pinturas murales del siglo XIII; pero, por desgracia, los años y los hombres, que todavía son más destructores que el tiempo, las han puesto en muy mal estado.

San Marcos es un vasto monasterio edifica-

do á principios del siglo XII y reconstruído á mediados del XVI.

La entrada principal es de estilo renacimiento y de un aspecto grandioso. Destácase sobre ella, elegante y airosa, la estatua de Santiago Apostol.

Hoy este edificio está ocupado por las Escuelas públicas y por el Museo Provincial.

El claustro antiguo encierra esculturas y obras de cerámica dignas de ser vistas.

En León, como en Zaragoza y en otras muchas partes de España, la agricultura ha progresado mucho; pero de la riqueza agrícola é industrial y de lo que ha mejorado la clase trabajadora, ya diré algo cuando hable de Asturias, donde por haber nacido y haber pasado gran parte de mi vida puedo hacer comparaciones entre lo que antes había y lo que ahora he observado.

Panteón de los Reyes en San Isidoro (León).

Asturias.

I

A poco de salir de León terminan las llanuras de Castilla y el viaje empieza á ser pintoresco y alegre. La vía, que va subiendo siempre, atraviesa el fértil valle del Vernesga; llega á la Robla, término del ferrocarril minero que por Valmaseda lleva á Bilbao el carbón de las muchas minas que en aquella región existen; pasa por la Pola de Gordon y hasta Busdongo atraviesa 14 puentes y 7 túneles; recorre trincheras que parecen balcones sobre los abismos y gargantas salvajes formadas por los contrafuertes de la cadena pirenaica que va creciendo y presentándose cada vez más abrupta hasta perderse en las nubes; y por último, poco más allá de Busdongo alcanza la base del Puerto de Pajares, atraviesa el célebre túnel de la Perruca, que tiene más de tres kilómetros de largo y se halla á 1,283 metros sobre el nivel del mar y, de pronto, se presentan ante los ojos asombrados del viajero valles profundísimos, bosques inmensos, aldeas innumerables, rebaños infinitos, frutas, aromas, colores: la vida, el cielo, la dicha..... Asturias, en fin, nunca bastante alabada.

"Entre las travesías de cadenas de montañas por vías férreas, dice M. de Saint-Saud, puede ser que haya otras tan pintorescas como la del Puerto de Pajares, en Asturias, pero puede asegurarse que no las hay más bellas; á condición, sin embargo, de abordar la cordillera por las llanuras monótonas de Castilla y de elevarse gradualmente, insensiblemente algunos centenares de metros para encontrarse de repente á la salida del túnel de la Perruca en el nacimiento de un valle profundo, que se abre espléndido bajo los ojos que profundizan miles de metros en un océano de verdura."

Y si la naturaleza es digna de admiración, no lo es menos aquella línea férrea que desde el Puerto baja á Puente los Fierros, por sus trabajos atrevidísimos, por sus puentes arrojados con valentía sobre los ventisqueros, por sus numerosas y rápidas curvas y por los túneles que en número de setenta se suceden unos á otros, sin que á veces les separe más espacio que el necesario para que los viajeros puedan horrorizarse ante la profundidad de los abismos.

Tres veces pasé por aquella cordillera que separa á mi querida Asturias de los campos de Castilla: cuando en 1872, en unión de otros prisioneros de guerra me deportaron á Canarias; cuando en 1877, terminada la guerra y un año de emigración en Francia, volví al seno de mi familia, y en el viaje cuyos recuerdos trato de coordinar. La primera vez subí al Puerto de

Pajares á pie; la segunda bajé en diligencia y entre nubes de polvo; y ahora, en ferrocarril.

Conozco bien, por consiguiente, aquellas montañas, donde por más ó menos tiempo encontraron resistencia tenaz los dominadores de España. Y porque las conozco y porque me parece que es característico y puede ayudar á los que no son asturianos á conocerlas, voy, antes de bajar á Asturias, á contar una de las maneras de cazar el oso, fiera que por aquellos montes abunda, tal como en noche larga de invierno nos la describiera á unos cuantos seminaristas, hace la friolera de cuarenta años, un condiscípulo natural de Telledo, pueblo que se encuentra á cuatro leguas de Pajares.

Eramos casi unos niños, y el que aquella noche nos había reunido en un rincón de un frío claustro del Convento de Santo Domingo de Oviedo para explicarnos cómo se cazaban los osos, á pesar de llamarse Viejo, tampoco pasaría de los doce años de edad.

—"Un día, nos dijo, al notar que mi padre se preparaba, limpiando su vieja escopeta de chispa, arreglando municiones y afilando el cuchillo de monte, para ir á acechar el oso, le pedí que me dejase acompañarle. Al principio rióse de mi pretensión; pero tantas y tan insistentes fueron mis súplicas, que al fin accedió á mis deseos, entre satisfecho, al ver mi valentía, y temeroso, al pensar en el riesgo que pudiera correr. Pre-

paróme una escopeta de pistón que me había regalado y con la cual pasaba yo las vacaciones tirando á los tordos y otros pájaros semejantes, y al caer de la tarde salimos en dirección á la parte de la montaña, donde por la mañana observara mi padre los destrozos que en los arbustos y en el suelo había, señales evidentes de que la fiera había estado allí por la noche comiendo avellanas, y á donde era casi seguro que volvería, porque el oso vuelve siempre cuando no se le interrumpe el banquete y queda comida abundante.

"Entre luz y luz llegamos al lugar por mi padre designado, y sin perder tiempo llevóme éste á un sitio entre la maleza escondido como á veinte pasos, monte arriba, de los avellanos que á derecha é izquierda de un riachuelo se extendían en filas interminables; recomendóme silencio é inmovilidad absoluta y ordenándome que no hiciera fuego, pasase lo que pasase, hasta que él disparara, fué luego á esconderse él mismo entre unas zarzas, como diez pasos más cercanas de los avellanos que el lugar que yo ocupaba.

"Quedéme allí, ya casi arrepentido de mi valentía, pensando en lo que me había dicho mi padre respecto á que los osos casi nunca caían muertos de repente y que al sentirse heridos marchaban siempre hacia abajo, sin duda por lo difícil que les sería arrastrar monte arriba su mucho peso, y rezando á todos los santos de la Corte celestial, para que ni á mi padre ni á mí

nos sucediera ningún grave percance en aquella que ya consideraba temeraria aventura.

"Pasó una hora que me pareció un siglo y ya empezaba yo á creer, no sé si con pena ó con alegría, que el oso había ido á merodear por otra parte, cuando resonó en todo el monte un ruido terrible y espantoso que me puso el corazón como una mayuca (castaña seca al humo).

"No había que preguntar: era el rey de la selva asturiana que lanzaba su grito de amor ó de guerra al inaugurar su marcha triunfal en aquella, para mí, temerosa noche. Y á aquel rugir de la terrible fiera siguiéronse los crugidos de los avellanos que con sus brazos destrozaba y las cáscaras de la sabrosa fruta que se hacían pedazos entre sus dientes.

"Aumentaba mi angustia según se oían más cercanos los bufidos terribles que de vez en cuando lanzaba el oso, y yo no sé si hubiera podido resistir mucho más tiempo aquel fuerte y precipitado latir del corazón, cuando sonó un tiro y casi inmediatamente unos rugidos espantosos acompañados del restallar de la madera y de los arbustos que sonaban como si los arrancase un huracán.

"Aquellos ruidos tremendos se fueron alejando y cuando ya apenas se oían salió mi padre de su escondrijo y con voz que revelaba la más grande alegría, me gritó: Va herido de muerte.

"Púseme yo de pie y saltando de gozo díje-

le: Pues vamos en su busca, no sea cosa que se nos pierda.

"No haremos tal, me contestó él; porque ahora, por la noche, sería muy peligroso. Vendremos antes de amanecer que ya estará muerto ó por lo menos muy debilitado por la sangre perdida.

—"Y si no le encontramos? repliqué yo.

—"¡Oh! Sí; el rastro que deja es muy grande para que podamos perderle.

"No quedé muy convencido; pero mi padre mandaba y... cartuchera en el cañón. Volvimos al pueblo y nos acostamos. Mi padre durmió como un bendito; yo no pude pegar los ojos en toda la noche. Una hora antes de amanecer despertó, me llamó, nos levantamos y después de uncir y poner al carro los bueyes con el mayor silencio posible y de untar con jabón los ejes para que no *cantaran* y con su sonido despertasen á los vecinos, pues si por casualidad no encontrásemos el oso volveríamos sin meter ruido y no diríamos nada á nadie, á fin de que los otros cazadores del pueblo no se burlasen de mi padre, marchamos monte arriba llenos de esperanzas, pero temiendo á la vez que por cualquier contingencia no prevista tuviéramos que volver mohinos y avergonzados.

"En el lugar de la emboscada veíase mucho destrozo de arbustos y de maleza y grandes charcos de sangre. De allí partía un gran rastro que seguimos palpitantes de emoción y con las ar-

mas preparadas por lo que pudiera ocurrir, como media legua río abajo, hasta que vimos con sorpresa y con el disgusto consiguiente que á orillas del agua y en un remanso arenoso desaparecía toda señal.

—"El río no lo ha pasado, dijo mi padre, porque un oso herido nunca se echa al agua. Mucho cuidado, por consiguiente, y á registrar estos alrededores á ver si volvemos á encontrar la pista.

"Vuelta para arriba, vuelta para abajo, y todo inútilmente. Ya íbamos á marchar desconsolados, cuando al ver un árbol casi por completo echado sobre el río, se me ocurrió que pudiera el oso estar debajo de su tronco. Caminé sobre éste, levanté una rama y me encontré con la fiera que me miró con ojos terribles, lanzó un bufido é hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Yo no me explico cómo del susto no me caí al río. Lo que sé es que al darse cuenta de lo que pasaba llegó mi padre y de un tiro á boca jarro lo dejó sin vida.

"Cantamos, bailamos locos de alegría y luego fuí yo á buscar el carro al lugar donde lo habíamos dejado. Amarramos el oso con una cuerda que á prevención llevábamos; la enganchamos á la podrella ó cadena de hierro que usan los labriegos asturianos para poner más de una yunta á un carro ó para arrastrar grandes pesos, y tirando los bueyes logramos sacarle de lo que fuera su última vivienda. Con no pocos tra-

bajos pudimos subirle á la carreta y después de haberle quitado el jabón á los ejes para que cantase de firme, volvimos al pueblo más orgullosos que Napoleón después de la batalla de las Pirámides.

"El unto y la piel del oso lo compraron los arrieros para venderlo en Madrid. Y la carne sirvió, como de ordinario, para hacer un gran festín en el cual tomó parte todo el pueblo."

En esos ó parecidos términos se expresó mi condiscípulo de Telledo. Por mi parte puedo añadir que más de una vez los atrevidos cazadores de osos se ven precisados á luchar á brazo partido con la fiera herida. Y que desde el rey Don Favila á la fecha no fueron pocos los que perecieron en la demanda.

Así no es extraño que los astures, sin más escudos que sus pellicas de pastores ni más fortalezas que sus breñas, se hayan atrevido á desafiar las iras de Cartago, de Roma y de cuantos, en el transcurso de los siglos, osaron atentar á su fiera independencia.

II

Después del Puerto de Pajares lo más notable, en el camino de Oviedo, es Mieres, villa industrial, situada al pie de montañas, muy ricas en minas de carbón y de hierro; la Ablaña, que se halla al otro lado del río, con las iluminacio-

nes que producen los altos hornos de su antigua fundición; el túnel de Olloniego que atraviesa una montaña coronada por un castillo moro; y el Barco Soto, que, como Soto del Barco, del que hablaré en su oportunidad, es uno de los sitios más pintorescos, no ya de Asturias, sino del mundo entero.

Aquel valle frondoso que atraviesa el Nalón y que tiene, en primer término, colinas cubiertas de árboles frutales, por entre cuya verdura asoman casitas blancas que parecen nidos de palomas; que ostenta, después, montañas cubiertas de castaños, de robles y de encinas seculares, y que, por último, presenta allá entre las nubes, como fondo grandioso del cuadro, las crestas de los Pirineos asturianos cubiertas de eternas nieves, es un rincón de la naturaleza tan soberanamente hermoso que, según opinión general, puede compararse sin desdoro con los sitios más celebrados de los valles alpinos.

—No va usted á conocer á Oviedo, me decía un amigo que había estado recientemente en la ciudad de Fruela, antigua Corte del Reino de Asturias.

—¿Cómo no he de conocerla—le contestaba yo—si para mí Oviedo no son las vías grandes, llanas y anchas, ni las casas modernas que constituyen la parte nueva, sino la vieja ciudad con sus calles estrechas, empinadas y retorcidas; con su murallón secular de Traslacerca;

La Catedral (Oviedo).

"Con su calle del Fontán,
Consuelo de mi barriga,
Donde por dos cuartos dán
Fabes, tocín y morcilla;"

con su catedral gótica y su torre calada; con su campo de San Francisco y su Bombé; con su Puerta Nueva Baja y su Puerta Nueva Alta; con su Puente de los Pilares y su cuesta de Naranco; y con todos aquellos rincones queridos, por donde yo jugaba al *pio campo* y á otros juegos inocentes en los años venturosos de la infancia?

No, aquello no me lo habían desfigurado; aquello allí estaba tal cual yo lo dejara y lo mismo que lo había visto y lo veo aún y lo veré mientras viva, claramente grabado en mi memoria. Aquel Oviedo por donde yo podría caminar con los ojos cerrados sin miedo de equivocarme, seguía agrupado amorosa y poéticamente al pie de la gran basílica donde descansan los primeros héroes de la Reconquista. Lo que había cambiado mucho, lo que había desaparecido casi en su totalidad, era la población de mi tiempo. Allí donde todo me era familiar, en una vuelta que dí por las calles tan pronto como salté del tren, por más que miré, no ví ni una cara amiga; no conocí á nadie, nadie me conoció: era una nueva generación y yo un extranjero en mi tierra.

Y al observar esto, que ya yo me temía, se apoderó de mí tal tristeza, que resolví no parar

en Oviedo más que el tiempo necesario para que mi hijo viera lo más importante de la vieja y romántica ciudad donde yo pasara casi toda mi infancia y gran parte de mi juventud.

Mi primera visita fué al Convento de monjas benedictinas de San Pelayo, donde se halla la última de mis hermanas, perdiendo el tiempo según *los espíritus fuertes*, ganando el cielo, según las almas cristianas.

Después fuí al Asilo de los Ancianos Desamparados á visitar la tumba de un tío carnal á quien debo mi educación y grandes ejemplos de virtud. Fué Rector del Seminario y después Chantre de la Catedral. Hállanse sus restos en la Capilla de las Hermanitas de los Pobres, institución benéfica que él estableció en Oviedo, y venéranlo aquellas santas mujeres con la seguridad completa de que habrá de ser canonizado. La emoción que sentí al encontrame ante la lápida de mármol que en inscripción latina consigna los méritos y las virtudes de aquel cuyo nombre llevo y que fué en la vida mi segundo padre, no es para contada en estas páginas que quizá muchos han de leer sin la piedad necesaria para poder perdonar arranques del corazón y desahogos del alma.

La catedral de Oviedo, magnífica construcción de estilo gótico, que sucedió á la basílica primitiva, construída en el año de 780 por el rey Don Fruela, data de fines del siglo XIV. Su

Campo de San Francisco (Oviedo).

portada hermosa, aunque algo recargada; su torre de 80 metros de altura con adornos de muy buen gusto, con torrecillas esbeltas y con calados que son una maravilla; sus naves elegantes; y, sobre todo, su claustro del más puro gusto ojival, bien merecen una visita de los aficionados á las bellas artes.

La Cámara Santa donde s hallan las reliquias, es digna de ser visitada por su construcción antiquísima y por los tesoros religiosos que encierra. Entre éstos figuran: dos trozos de la verdadera Cruz; el Santo Sudario del Redentor; la Cruz de los Angeles, cubierta de piedras preciosas y regalada á la Catedral por Alfonso I el Católico; y la Cruz de la Victoria, que Pelayo llevaba en los combates y que Alfonso III hizo cubrir de oro y pedrería. La mayor parte de las reliquias, según la tradición, han sido guardadas durante la invasión sarracena en un arca que se halla en mitad de la Cámara Santa y que, construída por los apóstoles, fué llevada de Jerusalén á Africa, de Africa á Sevilla, de allí á Toledo, y por último á *Monsacro,* montaña que está como á unas tres leguas de Oviedo, donde fué descubierta merced á muchos y muy grandes prodigios.

La célebre Capilla del Rey Casto que se halla á la izquierda del crucero de la Catedral y que es donde reposan los restos mortales de la mayor parte de los reyes asturianos, fué construída por Alfonso II en el siglo IX y restaura-

La Silla del Rey (Oviedo).

da á principios del XVIII por el obispo don Tomás Reluz. Se penetra en ella por un arco gótico florido, que es lo más hermoso que en aquel templo dejaron los artífices del siglo XV, y bajo el cual hay una verja de hierro de mucho mérito. Depués hay un segundo arco perteneciente á la basílica primitiva. El interior está ricamente adornado con esculturas elegantes y el Panteón se halla separado del resto de la Capilla por una verja de hierro. Encierra éste un cenotafio cubierto de molduras y arabescos y en el interior hay nueve urnas ostentando todas y cada una el Escudo Real y la Cruz de los Angeles, además de la inscripción correspondiente.

En el Archivo de la Catedral se guardan documentos de gran valor y en la Biblioteca raros incunables y, entre otras antigüedades, un precioso díptico consular, de muchísimo mérito.

La Univrsidad, que en todo tiempo produjo hombres eminentes, es hoy respetada en España y en el extranjero, por el talento y la ilustración de sus profesores.

Y del Seminario de Oviedo ha salido una parte no pequeña del actual episcopado español.

Es Oviedo una ciudad levítica y universitaria á la vez, donde se cree todo y se discute todo; donde se estudia y se medita mucho y donde se pasea y se divierte más ("Gente de Oviedo, tambor y gaita"); y de donde, como en Cuba, el forastero no quisiera marchar nunca, merced al

Puente de Colloto (Oviedo).

ambiente agradable, distinguido y culto que allí se respira. Los ovetenses, por regla general, á pesar del cielo sombrío de "aquella triste montaña," como reza el cantar, son sociables, generosos y pródigos hasta la exageración; y las mujeres, de cualquier clase que sean, se distinguen por su agudeza y por su buen gusto, teniendo fama de guapas las del pueblo, en los dos sentidos en que se suele usar esta palabra, y las de la clase media y la aristocracia de elegantes é ilustradas. Hay que ver el campo de San Francisco, paseo amplio y hermoso, muy superior á los que disfrutan otras capitales de mucha mayor importancia material, en un día de fiesta, cuando las hijas de Oviedo, con su hermosura y con su distinción le convierten en un paraíso, para explicarse la pena con que se marchan los empleados, militares, estudiantes y cuantos algún tiempo viven en aquella melancólica, romántica y cultísima ciudad.

III

Antes de continuar bueno será que sepan mis paisanos, todos amantes y fervorosos de la tierra en que han nacido, que yo no me he propuesto en estos artículos describir á Asturias, tarea que sería superior á mis fuerzas y para la cual, aun en el caso de que me sobraran aptitudes, me faltaría tiempo, como he indicado ya antes de ahora; sino única y exclusivamente contar aquello que más me ha impresionado en el rápi-

Plazuela del Marqués de San Esteban (Gijón).

do viaje que recientemente hice por España. Yo bien sé que en Asturias, como en las demás provincias que he recorrido, hay más pueblos, monumentos y paisajes dignos de ser visitados y descritos con *amore* que aquellos á que me refiero en estas páginas; pero yo no los ví, no pude verlos. Desgraciadamente ni siquiera tuve tiempo para visitar, como pensaba, sin contar á Italia, la patria del Arte, á Barcelona, Valencia y Alicante, emporios de riqueza industrial y agrícola y regiones que por su clima y por sus bellezas naturales figuran con justicia entre las más celebradas de la tierra.

Yo no puedo, ni debo, ni quiero hablar más que de aquello que he visto y de la manera que lo he visto; porque si procediera de otra suerte, ésto de todo tendría menos de *recuerdos de viaje* ó de impresiones ligeras, pero verídicas, adquiridas al correr de los trenes ó entre emociones tan diversas como profundas, causadas por la naturaleza, por el arte, por la familia, por los amigos, por los recuerdos, por las flores, por las frutas, por los pájaros, por todo aquello, en fin, que constituye el ambiente de la patria querida, y que sólo se sabe cuán profundas raíces tiene en el corazón y en el alma cuando se vuelven á ver sus bellezas, á oir sus harmonías y á sentir sus aromas después de largos años de ausencia.

De Oviedo á Gijón se atraviesa una campiña muy pintoresca. Lugones, Lugo, Villabona,

Muelle de Gijón (Oriente.)

Serin, Veriña... Esta última estación se halla rodeada de quintas de recreo y de fábricas. Allí ya se siente la atmósfera cargada por el humo que brota de la multitud de chimeneas que, como heraldos del progreso moderno, surjen de la llanura, antes sólo ocupada por algún que otro humilde labriego que se dedicaba á sus rudas labores, fortalecidos los pulmones por las acres emanaciones de las algas marinas y halagados los oídos con la eterna cantilena de las olas, que venían á morir á la playa cercana.

Gijón sí que está desconocido. De la antigua villa apenas si queda nada intacto que no sea la cuesta ó peñón de Santa Catalina; y aún éste se ve asaltado por las casas de Cimadevilla y por los *chalets* alegres y cómodos que lo escalan, para desde aquella altura poder contemplar el mar bravío que azota los descarnados peñascos que constituyen su base, el hormiguero humano que, apiñado hacia el puerto, se va extendiendo por la llanura sin tantas apreturas, y el grandioso espectáculo de aquellas frondosas y hermosísimas vegas de Somió, Deva, Tremañes, Granda, Jove y demás pintorescas aldeas, donde, al lado de las humildes casitas de los labradores, se levantan soberbios palacios ó elegantes y artísticas posesiones de recreo.

La villa de Gijón que en 1848 tenía 19,085 habitantes, cuenta hoy más de 50,000. Ha duplicado por consiguiente y lleva camino de tripli-

Campo de Valdés (Gijón).

car en breve su población merced á la riqueza que allí se desarrolla, á la fiebre industrial y mercantil que allí se siente y al nuevo y poderoso impulso que ha de recibir su engrandecimiento con el puerto de refugio del Musel, cuyas obras están tan adelantadas, que ya presta grandes servicios á la navegación, como ha ocurrido recientemente con motivo del terrible temporal que azotó las costas del Cantábrico.

De sus innumerables fábricas no he de ocuparme yo en estos breves apuntes, habiéndolo hecho con la competencia que á mí habría de faltarme, aún no hace dos años, el Administrador del DIARIO DE LA MARINA, don José María Villaverde. Yo sólo diré que el engrandecimiento de Gijón débese en gran parte á los capitales de los asturianos que se retiraron de esta isla al terminar la guerra hispano-americana. Esos que aquí crean Sociedades tan admirables como la Beneficencia y el Centro Asturiano y una Quinta de Salud, por propios y extraños admirada, como la *Covadonga,* fundan luego, cuando á su querida Asturias se retiran, empresas colosales como "Gijón industrial," por no citar otras, donde se han invertido capitales respetables, donde se fomentan grandes riquezas y á cuya sombra viven millares de obreros que ayer, si no se decidían á emigrar, padecían todos los tormentos que consigo trae aparejados la miseria y hoy gozan de un bienestar relativo merced á la remuneración que obtiene su trabajo honrado.

Al llegar á "Gijón Industrial" y al recorrer aquellos inmensos edificios en compañía del Presidente de la Empresa, el inteligente, decidido y tenaz don Antonio Díaz Blanco, momentos hubo en que me creía no haber salido de la Habana, porque allí el Director, el Secretario y otros empleados son personas que han pasado muchos años en esta capital y que aún recuerdan con cierta melancolía las costumbres, los alimentos y todas las cosas características de Cuba.

Hónrase Gijón, y con razón sobrada, en ser la patria de D. Gaspar Melchor de Jovellanos. Y á tan ilustre escritor y eminente estadista debe la floreciente villa asturiana su afamado instituto de Segunda Enseñanza.

Hay además allí una Escuela de Náutica que ya ha producido multitud de inteligentes y arriesgados marinos mercantes, y otra de Artes y Oficios que provee de obreros ilustrados á las innúmeras fábricas que existen en Gijón y en la llanura que le circunda.

Los paseos de la calle Corrida de Begoña y de Liquerique, en las últimas horas del día y primeras de la noche, vénse muy concurridos y dan á la villa un aspecto muy animado, por el carácter alegre de los gijoneses, y por la viveza, elegancia y hermosura de las gijonesas.

Dicen algunos que la gente de Gijón parece inglesa. Yo más creo que se semeja á la catalana, por industriosa y seria.

Entre gijoneses y ovetenses de muy antiguo existen rivalidades y celos.

Yo, como he nacido en Villaviciosa, amo á Gijón y á Oviedo por igual, pues de ambas poblaciones tengo recuerdos inolvidables. De Oviedo ya he dicho algo en mi artículo anterior; en Gijón he pasado cuando niño muchas horas recostado en la parte más elevada del malecón de Liquerique, viendo venir aquel mar, casi siempre embravecido, á estrellarse contra la obra atrevida del hombre, sin explicarme nunca cómo las *llobinas* en que á mi lado pescaban marinos expertos podían resistir aquellos choques tremendos del murallón y la ola, y sin cansarme jamás de mirar aquella extensión azul que yo creía que no tenía límites, ni de respirar aquel aire fresco y saturado de yodo que venía del Nordeste inflando las velas de las lanchas pescadoras, que unas tras otras iban volviendo al puerto cargadas de plateadas y frescas sardinas—tan frescas que, como decían las sardineras, aún rebullían—en tanto que las gaviotas rozaban con sus alas los peñascos de Santa Catalina, y barcos y vapores entraban y salían del puerto casi tocando la punta del malecón, donde al caer de la tarde se sentaban los viejos marinos á recordar las hazañas y los peligros corridos, cuando jóvenes, en mares lejanos ó quizá en aquella misma costa más veces azotada por tempestades tremendas que acariciada por los rizos de la mar en calma.

La Punta de Liquerique y la hermosa playa, llena en el verano de bañistas procedentes en gran parte del interior de España, y la Pescadería que se halla cerca del Campo de Valdés y donde á su debido tiempo se encuentran los mariscos y los peces más exquisitos, son, con el palacio del marqués de San Esteban y con la fábrica de cigarros, con la cuesta de Santa Catalina y con el ferrocarril de Langreo, que sin cesar vierte torrentes de carbón en vapores y barcos de vela, lo más característico de aquella colmena humana que se halla á orillas del mar Cantábrico, protegida de los peores vientos por los cabos de Torres y de San Lorenzo.

IV

"Villaviciosa hermosa,
¿Qué tienes dentro,
Que me robas el alma
Y el pensamiento?..."

Es ese uno de los muchos cantares populares que tienen por tema á Villaviciosa.

Pero yo no abrigo esa duda: yo sé perfectamente lo que tiene dentro el valle de Villaviciosa, uno de los más poéticos y hermosos de la pintoresca Asturias.

Tiene una ría bellísima, por donde el mar Cantábrico se desliza suavemente, dos veces al día, durante el flujo y el reflujo, para descansar

de sus luchas eternas con las rocas de la costa.

Tiene unas montañas siempre verdes, salpicadas de casitas que, agrupadas y formando aldeas, se abrigan de los Nortes duros y fríos en las ondulaciones de la tierra cubierta de castaños y de robles ó que solas y atrevidas se asoman por doquier entre "pumaradas" y toda clase de árboles frutales, desafiando los vientos, lo mismo en el llano ó en las marismas, donde pastan inmensos rebaños de ganado vacuno, que en las elevadas crestas de los montes, donde se apacienta la cabra y se yerguen los pinos airosos y esbeltos.

Tiene los campos cubiertos de multitud de florecillas en la primavera y en el verano; y los barbechos llenos, en el otoño, de bandadas de jilgueros, pardillos y verderones; y los charcos y riachuelos plagados en el invierno de patos y garzas; y, en todo tiempo, al caer de la tarde, mirlos ó *ñarbatos* que desde las últimas ramas de los laureles inundan la comarca de variadas harmonías, y *malvises* que en las *carbayeras* pían y silban como los cubanos sinsontes, y alondras ó *calandrias* que en los escampados surgen de la tierra, se elevan en los aires y allí se quedan *peñerando* y haciendo trinos y gorjeos inimitables.

Y, además, tiene á San Juan de Amandi, aldea frondosísima, que viene á ser prolongación hermosa de uno de los mejores paseos de la Villa; y el Puntal, que situado á un kilómetro de la barra, donde el mar se detiene, es una especie

Villaviciosa.

(VISTA GENERAL DESDE LA CARRETERA DE MIRAVALLES).

de balcón hecho por la naturaleza y perfeccionado por el hombre para poder contemplar con toda comodidad aquellos paisajes variados de tonalidades infinitas, que se desarrollan en suave pendiente desde la ría tranquila, de ambiente templado y apacible, hasta la cima de las montañas donde la nieve jamás se derrite.

Eso para todos, que para mí tiene "Villaviciosa hermosa" tantos recuerdos de la infancia, de la juventud y aún de la edad madura, que no es extraño que, como dice la copla: "me robe el alma y el pensamiento."

Pasé allí, ahora, unos cuantos días del mes de Julio, al principio muy tristes, pensando en las personas y en las cosas que ya no existen y después, si no del todo alegres, porque como en las vacaciones de estudiantes, la dicha estaba siempre amargada por la idea de que el tiempo pasa breve, bastante agradables para que los recuerde con gusto, merced al cariño de mis hermanas y sus familias y al afecto de los amigos del tiempo viejo, que gracias á Dios, aún me quedan algunos en aquel valle de mis primeros pasos en la vida, de mis primeras ilusiones y de mis primeros amores.

En el concejo de Villaviciosa hay antigüedades muy notables en la iglesia vieja de la villa, en la de Amandi, en la de Valdebárcena, en la de Priesca, en la de Oles y en Valdedios.

Los vecinos de Maliayo, que así se llamaba antiguamente el territorio que después, merced á su frondosidad, tomó el nombre de Villaviciosa, se dirigieron al rey Alfonso X en una instancia, cuya copia en pergamino he visto yo más de una vez en la casa solariega de mis amigos y compañeros de armas y fatigas los señores Castro y Hevia, y en la cual pedían al Rey que les permitiera fundar una villa y amurallarla, "para no estar expuestos á las correrías y depredaciones de los ricos hombres *y otros bandoleros.*"

Su carta-puebla data del siglo XIII, y en ella le otorgaba el soberano sus realengos y el fuero de Benavente.

Carlos V, viniendo de Flandes, desembarcó por primera vez en España en el cercano puertecito de Tazones y se aposentó en Villaviciosa, en la casa del canónigo Hevia, ascendiente de los Castro y Hevia referidos.

El aposento, la cama y la mesa de nogal que allí usó el Emperador, se hallan en Madrid en el Museo de Artillería.

Cuando la invasión francesa del año 8 una brigada napoleónica, al mando del general Monet, se estacionó en el convento de San Francisco, que domina la villa, y allí, como en todas partes, cometieron los franceses grandes barbaridades. Al pie de mi casa vivía una pobre mujer, que cuando yo era niño me ponía los pelos de punta con el relato de la muerte horrible que los franceses habían dado á su padre.

Venía éste de la Villa un poco ó un mucho cargado de sidra; tropezó con una columna francesa; el espíritu de la sidra, que de por sí es valiente y patriótico, impulsóle á gritar ¡viva España! y antes de que lo pensara ya estaba colgado de una portilla, exhalando el último suspiro. ¡Y el pobre se llamaba Melón!

Hicimos una excursión muy alegre al Puntal, y otra no menos interesante á Valdedios, antiguo convento de frailes bernardos y colegio de segunda enseñanza, desde que hace algo más de 40 años vinimos del Seminario de Oviedo unos cuantos estudiantes de latín para fundarlo.

Los Abades de Valdedios eran mitrados y ejercían jurisdicción civil y criminal en la comarca.

Y al pie del gran Monasterio, cuya iglesia bizantina data del siglo XIII, está lo que allí llaman el *Conventín,* precioso edificio del siglo IX, muy visitado por los amantes del arte.

Tiene Villaviciosa desde hace algunos años una fábrica de azúcar de remolacha y otra de sidra (la del *Gaitero),* que han contribuído mucho á mejorar la situación agrícola del Concejo. Cuando yo vine para Cuba, el año 80, la mayor parte de las aldeanas iban los miércoles al mercado de la Villa descalzas y llevando en la cesta sus bastos zapatos para no gastarlos, poniéndoselos solamente después de lavarse los pies en cualquier arroyo, al entrar en el pueblo. Hoy

llevan todas ó casi todas zapatos relativamente finos, y la mayor parte van montadas en un burro ó en un pequeño caballo que en alforjas ó serones conduce las mercancías que antes portaban ellas en la cabeza, dentro de una gran cesta.

La fábrica del *Gaitero* de Valle, Ballina y Compañía, hace una sidra riquísima, muy apreciada en esta Isla y en toda la América española. El *Gaitero,* vapor de la Empresa, se encarga de conducir las cajas de la sabrosa sidra achampañada y natural, desde la Espuncia, pequeño embarcadero que está como á un cuarto de legua de la Villa, al puerto de Gijón.

Merced á esta fábrica, la manzana que antes, en un año de buena cosecha, apenas valía nada, alcanza ahora muy buenos precios.

Y lo mismo ó cosa parecida ocurre con el pescado de los puertos cercanos de Tazones y Lastres. En tiempos aun no muy lejanos, á los pobres pescadores lo mismo les daba pescar mucho que poco, porque si pescaban mucho, su mercancía abarataba, y si pescaban poco, encarecía. Y así, como no podían ahorrar nada, cuando llegaba el invierno y los temporales hacían imposible la salida á la mar, aquellos hombres de hierro, acostumbrados á arrostrar todo género de peligros y á sufrir toda clase de privaciones, tenían que permitir, con la pena que es de suponer, que sus mujeres saliesen á recorrer las aldeas y los pueblos cercanos pidiendo limosna pa-

ra poder dar un pedazo de pan de maíz, duro é indigesto, á sus hijos hambrientos. Hoy, gracias á las fábricas de escabeche y de conserva y á las vías de comunicación más rápida, que permiten llevar el pescado fresco al interior de España, aquellos lobos de mar, si no malgastan lo que ganan en la taberna, pueden hacer algunas economías que les permitan pasar las tormentas del invierno sin sentir los torcedores del hambre ni los rubores de la vergüenza.

Pensaba con este artículo poner fin á mis recuerdos de Asturias; pero, ¿cómo incluir aquí, sin cansar á mis lectores, por mucho que sintetice, mis viajes á Covadonga, Salinas y Soto del Barco, Colunga y Caravia, Rivadesella y Llanes?

Veremos si puedo concluir en otro lo que á mi provincia se refiere, terminando entre tanto éste con el recuerdo agradabilísimo de la merienda campestre con que me obsequiaron mis condiscípulos y amigos de Villaviciosa en la pumarada de la Vallera.

Querían darme una prueba de cariño, que les agradecí en el alma, convidándome á una comida con carácter de banquete y yo les supliqué que ya que se empeñaban en agasajarme, más por bondades suyas que por méritos míos, se redujese la fiesta á algo sencillo y franco que nos recordase á todos, tiempos pasados, siempre mejores.

Y así fué, hasta cierto punto; porque si á

Infiesto.

los manjares y á las bebidas hubiéramos de atenernos y no á la hora, al lugar y á la alegría de los comensales, lo de merienda pudiera tomarse más como indicación modesta que como nombre apropiado á la realidad.

Lo cierto es que, sentados bajo aquellos manzanos, alrededor del mantel extendido sobre el verde césped, pasamos un rato muy alegre y, por lo que á mí respecta, el mejor de cuantos guardo memoria; porque muchas veces, en mi vida política ó literaria, he sido obsequiado más que merecía; pero nunca el agasajo, como en aquella ocasión, me llegó al alma por partir de compañeros de la infancia que nada podían esperar de mí y porque tantos y tan dulces recuerdos me evocaba.

¡Felices ellos que podrán realizar el santo propósito de descansar eternamente al lado de sus mayores en aquel frondoso valle donde tranquila transcurrió su existencia, de acuerdo con lo que se afirma en este otro cantar de la tierra:

"Villaviciosa ha de ser
Sepultura de mi cuerpo.
En ella prometo estar
Hasta que logre mi intento!"

V

De Villaviciosa hicimos una excursión á Covadonga.

La carretera de Villaviciosa á Infiesto es una obra de ingeniería de primer orden. Des-

pués de atravesar por entre pumaradas, huertas y jardines y bajo un dosel de verdura formado por las ramas entrelazadas de álamos frondosos, el valle que se llama *Amandi* con perfecto derecho, porque pocos lugares habrá en la tierra más dignos de ser amados, lánzase á escalar las montañas que conducen á Cabranes y que no parecen tan elevadas como lo son en realidad, porque se hallan materialmente cubiertas de castaños y de robles que impiden á la vista llegar de golpe hasta lo alto, en curvas atrevidas y en tajos tremendos como el de la roca de Abrenuncio, donde hay una cruz de madera clavada á un castaño, para que los transeuntes recen por el alma del que allí fué víctima de un barreno, cuando hace 45 ó 46 años se hizo la carretera; cruz que me causó emoción profunda, porque el obrero muerto de tan trágica manera, era un hijo de aquel *Melón* ahorcado por los franceses en una portilla de mi aldea.

En Cabranes, pueblo que ocupa una posición pintoresca en la cima de un monte, abrigado por otros más altos que rodean y le dan el aspecto de valle elevadísimo, hállase hace años, de cura párroco, D. Pedro Luis Montoto, sacerdote ilustrado y virtuoso, que en el Seminario de Oviedo fué mi catedrático de teología dogmática. Hubiera dado cualquier cosa por poder abrazar á aquel anciano venerable; pero el pueblo de Cabranes se halla separado de la carretera por un barranco profundo y llevábamos tanta prisa que

no nos fué posible detenernos. Si estos renglones llegan á su plácido retiro, ruégole que se digne admitirlos como prueba del respeto y del cariño del peor de sus discípulos.

Después de Cabranes empieza la carretera, que se halla en buen estado y bien atendida, como todas las de Asturias, á bajar la cuesta á cuyo fin se halla Infiesto, conociendo el viajero que se acerca algún poblado importante, porque á los *castañeos* van sucediendo las pumaradas y al árgoma y al helecho las llosas de maíz y los huertos de verdura.

Hállase Infiesto en un valle estrecho, rodeado de altos montes, que se ensancha algún tanto hacia las Arriondas; y á orillas del Piloña, río de rápida corriente, donde se pescan sabrosas lampreas, riquísimas truchas y algún que otro salmón que, nacido en el río y criado en la mar, entra por la ría de Rivadesella, logra salvar las redes y máquinas con que allí le esperan los pescadores, sube contra la corriente sin detenerse ante las represas de los molinos ni ante las cascadas naturales y va á morir al pozo formado por algún remanso cerca de Infiesto ó todavía más arriba, hacia Peñamayor. Por cierto que aún no me he explicado yo cómo, sin tener alas, pueden los salmones subir por donde caen las aguas en línea casi vertical, de alturas de 10, de 12 y de más metros. Pero lo cierto es que así sucede, porque más de una vez he comido sal-

Barrio de los Caños (Infiesto).

món pescado cerca del Infiesto por un escribano de aquel Juzgado, gran pescador de caña, cuyo nombre no recuerdo, pero á quien de seguro habrán conocido algunos de los viejos piloñeses que lean estos renglones.

Por Infiesto pasa el ferrocarril económico que va de Oviedo á las Arriondas, y que pronto unirá á Asturias y Santander, porque por el otro lado ya llega á Cabezón de la Sal y los trabajos están muy adelantados en ambas provincias.

Fuimos á pasar la noche, á fin de salir al otro día de madrugada para Covadonga, á la casa que cerca de la villa y en la frondosa y pintoresca aldea donde nació, tiene el conocido industrial de la Habana, D. Antonio Díaz Blanco.

Y aquello no es una casa de campo, es un palacio lleno de comodidades y de confort, que por lo ventilado, tranquilo y vistoso pudiera servir para un gran colegio moderno ó para un sanatorio modelo, si no sirviese ya para algo mejor, albergando en su seno al señor Díaz Blanco cuando "huye del mundanal ruido" y á su distinguida y amabilísima familia.

¡Qué perspectivas las que de aquella casa se divisan! Tiene balcones á los cuatro vientos y de cada uno se contempla un paisaje diferente: por el Norte el frondoso valle de Piloña con la villa de Infiesto á entrambas orillas del río; por el Sur montañas abruptas que van subiendo y subiendo hasta perders en las nubes; por el Es-

te aldeas risueñas y praderas fertilísimas; y por el Oeste pumaradas y robledales, pinares y *castañeos.*

Al día siguiente, muy de mañana, en un cómodo landó, salimos para Covadonga, D. Antonio Díaz Blanco, el Sr. Argüelles, hijo político suyo, D. Antonio Quesada, que había venido del balneario de Fuensanta para acompañarnos, mi hijo y yo.

Era á fines de Julio, y á pesar de llevar los abrigos puestos y una gruesa manta de viaje sobre las rodillas, yo no pude entrar en calor hasta las Arriondas, que nos apeamos y caminamos un rato al sol. Pero más que al frío excesivo debióse aquello á la falta de costumbre y á la anemia tropical, porque después resistí temperaturas mucho más bajas sin sentir la impresión desagradable de aquella mañana. Esto demuestra que á todos los que pasamos algunos años en este país cálido nos conviene ir una temporada á climas menos ardientes, para vigorizar la sangre.

En las Arriondas, donde hace unos 30 años, cuando por primera vez fuí á Covadonga, no había más que tres ó cuatro casas, hay hoy un pueblo muy bonito que crece sin cesar, debido también á los *indianos.*

Unense allí el Piloña y el Sella, perdiendo el nombre el primero al aumentar el caudal del segundo. Y entre las Arriondas y Cangas de Onís hállanse los restos del antiguo Convento de

Las Arriondas.

Villanueva, cuya iglesia data del siglo XII; y el lugar donde un oso mató á don Favila, hijo de don Pelayo.

Cangas de Onís, primera Corte de los Reyes de Asturias, tiene á su entrada, yendo de las Arriondas, un puente antiquísimo que da á la villa cierto aspecto romántico.

Encargamos el almuerzo para la vuelta en aquel antiguo Madrid y seguimos para la estrecha garganta donde en día memorable se jugaron los destinos de la Península ibérica, triunfando de los ejércitos de la Media Luna, hasta entonces invencibles, un puñado de rudos montañeses, dirigidos por un Príncipe valiente que con una mano esgrimía la espada y con la otra tremolaba la Cruz.

¿Qué corazón español no latirá de manera desusada al penetrar por aquel valle estrechísimo que cada vez se va haciendo más angosto, hasta parecer que no ha de tener salida, y en cuyos recodos y en cuyos peñascos y en cuyas montañas altísimas, lo mismo que en el río que lo baña y que en la Cueva donde termina, ha puesto la tradición hechos reales ó sucesos imaginarios, historias ó consejas que durante siglos de gloria han alentado á nuestro pueblo, llevándole de triunfo en triunfo hasta los minaretes de la Alhambra y hasta las cimas de los Andes?

Puente Antiguo (Cangas de Onís).

Será la historia de España "leyenda dorada," como quieren los sabios *europeizantes* que ayudaron á perder las colonias; pero lo cierto es que si el Infante Don Pelayo hubiera sido tan poco soñador y tan positivista como esos genios modernos que creen que nuestras desgracias nacionales se deben á habernos hecho muchas ilusiones, cuando quizás sean consecuencia lógica del egoismo con que los directores de la Nación iban buscando su medro personal y no honras y triunfos que mañana á su vez pudieran ser calificados de mitos, es bien seguro que no hubiera ido á la cueva de Covadonga para desafiar, ayudado de la Virgen, á los que después de haber vencido en el Guadalete, habían invadido á toda España y hacían temblar á Europa entera.

Quizá no falten lectores que consideren ridículo y *cursi* este desahogo; pero ¿qué importa si mi razón me dice que el espíritu de Covadonga, que no está reñido con ningún progreso material, ni con ninguna prudencia, es el único que puede unirnos y darnos fuerzas para trabajar hoy y pelear mañana, á fin de reconquistar el puesto que por nuestra sangre y por nuestra historia nos corresponde en el mundo?

La basílica de Covadonga, aún no hace mucho concluída, á pesar de sus proporciones respetables, me pareció pequeña para representar lo que representa y para ocupar el lugar que ocupa.

La fe de nuestros mayores y la epopeya de la reconquista no caben en aquel edificio.

Y al lado de aquellas montañas altísimas, puestas allí por la mano de Dios para dar idea de su omnipotencia y de su grandeza, hasta las pirámides de Egipto parecerían enanas.

Mucho más grande, mucho más hermosa, mucho más poética es la cueva donde se halla la Virgen y por donde han pasado de rodillas centenares de generaciones, donde está el sepulcro del rey Don Pelayo y de la reina Gaudiosa y de donde brota aquel raudal de agua cristalina, que al caer forma un estanque transparente y en seguida un río, si no muy caudaloso, tan lleno de nuestras glorias, que cada guijarro de su lecho es una reliquia.

Encima de la montaña santa está el lago Nol, y más arriba, cerca de las crestas nevadas, pastan los rebecos ó cabras silvestres... pero nosotros no pudimos subir tan alto; llevábamos el tiempo muy tasado. Volvimos á Cangas y por la tarde seguimos á las Arriondas. Allí me despedí de mis amigos, y tomando el tren económico que nos llevó hasta una estación que se halla más allá de Infiesto, y en la estación un coche con dos caballos llenos de sonoros cascabeles, volvimos por aquellas montañas de Cabranes y por aquellos tajos de Abrenuncio, y por aquellos jardines de Amandi, á la villa celebrada en tantos cantares de la tierra asturiana.

La Gruta de Covadonga.

VI

Las excursiones de recreo son en Asturias cómodas y baratas. Cómodas por el buen estado de las carreteras; y baratas porque por cinco pesos ó por veinticinco pesetas, que es como en España se cuenta, se puede disponer, durante todo el día, de una carretela, tirada por dos fuertes caballos, donde van bastante bien dos personas y con alguna apretura, tres ó cuatro.

Y en las otras regiones de España sucede lo mismo, con corta diferencia. Además, sacando un billete circular ó por kilómetros, por poco más de cien pesos se puede recorrer toda España por ferrocarril y en primera clase. Sépanlo aquellos de mis compatriotas que, dspués de pasar aquí varios años, vuelven á la tierra y retornan á América sin haber visto nada de tanto bueno como hay en su patria.

Al día siguiente de nuestra excursión á Covadonga salimos de Villaviciosa en nuestra *jardinera*—digo *nuestra* porque, por el precio ya dicho, nuestra fué durante el tiempo que pasamos en Asturias—con dirección á Avilés, Salinas y Soto del Barco.

El camino de Gijón á Avilés no puede ser más pintoresco. A poco de salir de la gran villa industrial empieza la carretera á costear un valle tan hermoso como rico en todo género de frutos asturianos, en el cual se suceden aldeas y ca-

En la Quintana (Avilés).

sas solitarias de labranza, casi con regularidad perfecta, abrigándose del Norte unas y otras en la falda de una colina cubierta de arbolado en la cima y en la base de fértiles praderas donde pastan las grandes, fuertes y vistosas vacas de la tierra, al lado de las menos esbeltas, pero por regla general, más lecheras, importadas ú oriundas de Suiza; rodean las casas, pobres y ricas, árboles frutales de todo género, que con el verde variado de sus hojas contribuyen á hacer más agradable el paisaje; y levántanse al lado de cada una de ellas, humildes ó *fachendosos,* según la posición del dueño, los originales graneros del país llamados hórreos ó paneras, edificios que hacen el cuadro todavía más pintoresco y que lo mismo sirven para que en sus corredores se soleen y se acaben de madurar las rojas *panoyas* de maíz, que para guardar todo género de frutos y hasta para que á la luz de la luna ó á obscuras por completo, puedan mozos y mozas cortejar ó *echar la presona* en pláticas inacabables de amor ardiente, no cerrando ellas las puertas de aquellas aéreas moradas, ni separándose ellos del *pegollo* que les sirviera de arrimo, hasta que los gallos con sus cantos y los pajarillos con sus gorgeos empiezan á saludar el alba.

En Avilés no pudimos detenernos y excusado es decir cuánto lo habré sentido, siendo aquella una de las más importantes villas asturianas; pero basta dar una vuelta por allí, siquiera sea

Parque del Muelle (Avilés).

rapidísima como la que dimos nosotros, para comprender que la antigua Argenteola de Ptolomeo, á quien Alfonso VI concedió su célebre fuero, confirmado por Alfonso VII en 1155 y por Sancho IV en 1290, es por la limpieza de sus calles, la riqueza de muchos de sus edificios y la hermosura de sus paseos, una población culta y progresiva en grado sumo.

Situada cerca del mar y al pie de la ría de su nombre, en terreno, por lo general, llano, al que riegan y fecundan varios ríos y riachuelos; con numerosas carreteras que la ponen en comunicación con el resto de la provincia; con un ferrocarril que la une con Oviedo y con el interior de España; con su ría navegable y concurrida que le abre el ancho camino de los mares, por donde han venido, embarcándose en su puerto, muchos de los asturianos que se hallan en Cuba; con sus riquísimas minas de Arnao, unidas por un tren de vía estrecha con el fondeadero de San Juan; y con su gran playa de Salinas rodeada de bosques de pinos marítimos, que la hacen en extremo saludable y á cuya orilla se ha formado en pocos años un hermoso pueblo de temporada, compuesto casi exclusivamente de hotelitos ó *chalets* elegantísimos, es Avilés una villa que nada tiene que envidiar á las más hermosas y alegres de España y aun del xtranjero.

De Avilés á Salinas hay un tranvía de vapor muy cómodo y barato. Pasamos dos días muy agradables en el precioso *chalet* que en aque-

Plaza Mayor (Avilés).

lla hermosísima playa tienen la viuda y los hijos de Don Felipe Rivero, tío mío muy querido y abogado que fué de gran reputación en el foro de Oviedo y aun en el de Madrid, por las brillantes defensas que de pleitos ruidosos hizo ante el Tribunal Supremo; y una mañana fresca y hermosa salimos en dos coches, los familiares referidos, mi hijo y yo, para aquel rinconcito del mundo que se llama Soto del Barco y que bien pudiera llamarse Paraíso Terrenal y aun *Paraíso Divino,* por las bellezas incomparables que encierra.

Llámase Soto del Barco un pueblecito muy pintoresco que se halla á manera de terraza sobre la desembocadura del río más grande de Asturias; y, por extensión, lleva ese mismo nombre todo lo que desde allí se domina: el Nalón, que junto ya con la mar que en las mareas viene á abrazarlo, forma un ancho y plateado lago, por donde discurren lanchas de pescadores y pequeños barcos de vela; las dos colinas cubiertas de bosques frondosos, que forman el cauce del río; Muros de Pravia, que frente á Soto se asoma para extasiarse en la contemplación eterna del encantado valle; San Esteban, que fascinado por belleza tanta no paró hasta sentar sus reales á la vera del agua; Las Arenas, que parecen una bandada de gaviotas descansando en la playa de una de sus muchas excursiones por el río ó por las orillas de la azotada costa; Peña la Deva, que se alza majestuosa é imponente, allá en el mar, co-

Desembocadura del Nalón (Soto del Barco).

mo gigante que del abismo surgiera y por entre las olas brotara para ser eterno guardián de aquel lugar de delicias; y, por último, el Castillo, pueblecito que se abriga á la sombra de la fortaleza medioeval que se halla entre Soto y Las Arenas, para que no le falte nada, ni siquiera el carácter romántico, á aquel cuadro maravilloso é indescriptible como ninguno.

No sin razón eligió Plasencia, uno de nuestros más notables pintores del pasado siglo, el pueblo de Muros de Pravia para pasar largas temporadas de verano en los últimos años de su vida.

Allí, en aquella frondosa loma, desde donde, además del paisaje que acabamos de admirar, se ven, mirando hacia arriba las ondulaciones que van haciendo el río y el sinnúmero de verdes islitas que lo pueblan, y á lo lejos, entre brumas, Pravia, la perla del Nalón, y todavía más allá, como fondo lejanísimo del cuadro, el platear de la nieve que corona los picos más altos de la cordillera cantábrica; allí, digo, venía Plasencia á inspirarse, instalándose en el artístico chalet-estudio de don Tomás Rodríguez San Pedro, de *Tomasin,* como cariñosamente llaman en Muros á aquel pintor notable de la tierra; y de allí salieron varios lienzos que honran el arte español contemporáneo.

Plasencia, sintiéndose confortado por el ambiente de aquella naturaleza espléndida, dis-

tribuía su tiempo entre el taller y las excursiones por la montaña ó por el río y estas últimas las realizaba en un *yatch,* que, por lo pequeño, parecía un juguete, aparejado de balandro, y al cual había puesto por nombre *Angelus* en recuerdo del famoso cuadro de Millet.

La vela del *Angelus* se halla colocada, como artístico adorno y homenaje cariñoso al Maestro, en el taller de *Tomasín,* al lado de un cuadro de éste que representa á un anciano labrador de semblante bondadoso y apacible, que en un descanso de la cotidiana faena, en el campo, se sienta satisfecho sobre una cesta vuelta del revés y se prepara para *echar un cigarro.* Y según me ha contado después, aquí en la Habana, mi querido amigo don Rosendo Fernández, el anciano de aquel notable y celebrado cuadro de *Tomasín* fué el padre del filántropo, hijo de Luarca, don Ramón Asenjo, comerciante retirado de la Argentina, que quiso tener el retrato de su progenitor en el típico traje asturiano, incluso la tradicional montera, considerándose muy honrado con presentar al autor de sus días vestido de aldeano y entregado á las rudas faenas del campo.

Decíame hace días nuestro comprovinciano, el notable abogado y celebrado narrador de costumbres asturianas, señor Bances, que andando Salmerón con Azcárate, Pedregal y otros republicanos eminentes en viaje de propaganda

por Asturias, al llegar á Soto del Barco se quedó tan encantado que le encargó le comprase una casita en aquel pueblo, para ir, siempre que sus ocupaciones se lo permitiesen, á pasar una temporada contemplando aquel soberbio cuadro de la tierra asturiana.

No me extraña, porque como Salmerón es panteísta, se habrá dicho: si todo es Dios, esto es indudablemente la esencia de la Divinidad, porque de ello bien puede decirse, como diz que Colón dijo de Cuba, que es lo más hermoso que ojos humanos vieron.

VII

Después de las dolorosas despedidas de la familia y de los amigos, y de las no menos tristes de las cosas, que no por ser mudas deja de llegarnos su elocuencia al alma, salimos para Colunga, Rivadesella, Llanes y Santander, cantando, para distraer nuestras penas, este cantar de la tierra:

Villaviciosa y Colunga,
Cangas y Rivadesella:
Estas son las cuatro villas
Que mi majito pasea.

Desde la Rasa de Luces casi de continuo atravesada por las sardineras de Lastres con las *descas* ó tablas de pescado en la cabeza y los pies descalzos, vese hacia la izquierda, allá en el fondo, el alegre y frondoso valle de Selorio; valle

que me hizo recordar algo muy curioso, ocurrido en mis buenos tiempos, y que voy á contar aquí, siquiera no sea más que para ver si, con algún chascarrillo de mi tierra, logro hacer más llevaderas estas *latas.*

Fué el caso que un sábado, como de costumbre, habían ido cuatro mozos de Selorio á cortejar á las parroquias vecinas, y cerca ya del amanecer, al llegar al campo de la iglesia, de vuelta para su aldea, ocurriósele á uno de ellos, llamado Perfectón, sin duda porque era demasiado *grande* para que se le dijera Perfecto á secas, la siguiente barbaridad:

—*Chachos* ¿vamos á darle un susto á Pepina, la de Pachinón?

—*¡Coime!* Vamos, contestaron á coro los otros tres.

—Pero, cómo? añadió uno de ellos.

—Pues, muy sencillo, dijo Perfectón: cojemos las andas que están en el pórtico de la iglesia, dejámoslas á la puerta de la casa de esa simplona y por la mañana, cuando vaya á salir, ella, que es tan madrugadora, se muere de susto.

Al principio á todos pareció excelente la fúnebre idea; pero á poco no faltó uno, menos alocado, que empezase á ver peligros serios donde los demás sólo encontraban pretexto para reir largo rato.

Sostenía el prudente que el susto podía ser demasiado grande y tener consecuencias graves para Pepina ó para alguno de su familia; que

el Alcalde Pedáneo podría llevarlos á la cárcel; que el Cura quizá llegara á excomulgarlos y que podrían ocurrirles otra porción de percances, sin contar con que Pachinón, el padre de la moza, si llegaba á descubrir los autores de la burla, era muy capaz de romper un hueso á cada uno de ellos, si los cogía por separado, y aún reventarlos á todos, aunque juntos se le presentasen.

Contestábanle los otros tres cada vez más entusiasmados con la ocurrencia de Perfectón, y tanto alzaron todos la voz en la disputa, que pudo enterarse de lo que hablaban, sin que los cuatro *magüetos* se percataran de ello, el padre de la moza más garrida y al mismo tiempo más desdeñosa de la quintana; el propio Pachinón en persona, que había salido á menesteres que no son del caso y se hallaba en una calleja próxima.

Oirlos y echar á correr, agachándose y resguardándose con la sebe que separaba el prado de la calleja y haciendo el menor ruido posible para no ser sentido, hasta llegar al atrio ó pórtico de la iglesia y meterse en las andas, todo fué uno para el indignado padre de Pepina.

Son las andas unos féretros de madera que tienen cuatro varas para cargarlos y cuatro pies de algo más de una cuarta de largo para cuando es preciso dejarlos en tierra, que se usan en Asturias y en otras muchas partes de España para conducir al cementerio los cuerpos de aquellos

feligreses cuyos familiares no pueden pagar caja.

Y volviendo á los héroes de nuestro cuento, parece que, como de ordinario sucede en el mundo, fué entre ellos derrotada la prudencia; porque á poco de haberse metido Pachinón en las andas, aparecieron los cuatro en el pórtico, pálidos, pero decididos.

El que más y el que menos sentía que le temblaban las piernas al pensar en la profanación que iban á cometer; y al cargar las andas todos creyeron notar que pesaban demasiado; pero, puestos ya en el terrible lance, ninguno se atrevió á decir nada por temor de que los otros tres se riesen de él y le llamasen cobarde.

Es preciso haber nacido en Asturias y además en una aldea lejana de toda población importante, donde desde el regazo materno hasta el final de la vida se escuchan sin cesar historias espeluznantes de aparecidos y fantasmas y donde, á la vez, para ver á las señoras de sus pensamientos tienen, de ordinario, que recorrer los mozos largas distancias, entre las sombras de la noche, y por senderos á menudo frecuentados por osos y lobos, para comprender hasta dónde lleva aquella gente el temor á los muertos y el desprecio á los vivos, sin excluir á las fieras de cualquiera clase que sean.

Ya en el campo, la luz de la luna y el frescor de la noche tranquilizáronlos algo, aunque las andas no cesaban de pesar; y al llegar á una *pa-*

sera ó pequeña escala que al terminar el prado había para que pudiesen pasar las personas sin que les fuese fácil entrar ni escaparse á las bestias:—¡Alto!, exclamó de pronto Perfectón, éste es el sitio donde se canta el responso.

—Hombre, es verdad, dijeron los otros al mismo tiempo que posaban la carga.

—Bueno, pues vengan los latines, añadió él.

—Cántalos tú que sabes, le replicaron.

Y sin hacerse más de rogar, Perfectón, que siendo rapaz había ayudado más de una vez á misas y á entierros, empezó con voz de sochantre á cantar lo que sabía, y así continuó animado por los aplausos y las risotadas de los otros hasta que al llegar á aquello de: *Lázaro resuscitasti,* levantóse de súbito la tapa de las andas y de su fondo surgió rápido y agitando los brazos un fantasma tan horrible que les heló la sangre en las venas.

Tal fué el terror que se apoderó de los cuatro mozos, que ni conocieron á Pachinón ni cesaron de correr hasta que, muy lejos y en diferentes sitios, fueron cayendo rendidos y espantados creyendo que el difunto los había seguido y á su lado se tendía.

Al otro día estaba Perfectón en cama con los Oleos y los otros tres, si no se hallaron en trance de muerte, tampoco escaparon sin varias sangrías y unas cuantas docenas de sanguijuelas, que eran los remedios que entonces se aplicaban á los sustos mayúsculos.

La moraleja del cuento, si no es aquella de *Ir por lana*..... que la saque cualquiera, que yo tengo prisa para llegar á Colunga, donde me esperan amigos muy queridos para acompañarnos hasta Rivadesella.

El camino hasta Colunga es tan frondoso y ameno como los mejores de cuantos hemos recorrido en aquella feliz excursión. Desde que se sube á la Rasa empieza á verse el puerto de Sueve, montaña donde pastan grandes rebaños de ganado lanar y vacuno y donde se crían unos caballos de raza pequeña y fuerte que prestan grandes servicios en aquel país quebrado.

Los amigos que, como ya he indicado, nos esperaban en Colunga, eran don Antonio Quesada y don Ramón Cifuentes, que habían venido de Rivadesella en sus coches particulares, y don Ramón Prieto, que se les había unido en Carabia la Alta.

En tan buena compañía y sintiendo no poder detenerme en la hermosa villa de Colunga, que guarda para mí muchos y muy agradables recuerdos, por haber pasado algunas temporadas en casa de mi madrina de bautismo que allí tenía su residencia, salimos para el pintoresco lugar donde nació y vive en la actualidad uno de los últimos Presidentes del Casino Español de la Habana y donde nos esperaban las delicadas atenciones de su distinguida señora y de su respetable familia.

Colunga.

Desde la casa que en Carabia ocupa la familia de mi amigo Prieto vese el mar cantábrico y, muchas veces, con unos anteojos, hasta se distingue el vapor correo que va ó viene de Cuba. ¡Cuántas nostalgias se sentirán en aquella casa, situada en la falda de un alto monte, al ver el trasatlántico que pasa veloz evocando recuerdos de personas y cosas lejanas! Sobre todo en los días tristes y fríos del invierno! ¡Es tan difícil olvidar este clima dulce ó por lo menos soportable y este trato afable y cariñoso, después de haber pasado aquí los mejores años de la vida, que á mí no me extraña que muchos comprovincianos míos vayan con ánimo de quedarse y vuelvan pronto á pesar de lo alegre y encantadora que en determinados meses del año es la tierra asturiana!

Antes de llegar á Rivadesella pasa la carretera por lo alto de una garganta angostísima y de profundidad enorme, á uno de cuyos lados está el mar y á otro un pequeño valle, paisaje imponente y hermoso en grado sumo.

Rivadesella hállase en la desembocadura del Sella, uno de los ríos de Asturias más caudalosos y ricos en truchas y salmones, y á la orilla del mar que con el flujo sube por el río formando ancha y alegre ría. Es una de las villas más lindas y limpias de la costa cantábrica. Levántanse las casas á orillas de la ría, formando un arco muy abierto, y dejando entre ellas y el sólido paredón del puerto un paseo bastante ancho que,

Rivadesella.

extendiéndose á lo largo hasta el final del malecón, le da aspecto de población importante, sobre todo en las horas en que por él se pasean las bellas y elegantes hijas de Rivadesella. Unense una y otra orilla de la ría por medio de un ancho y hermoso puente y frente á la misma villa, al otro lado del río, descubrióse, hace como 35 años, una cueva muy parecida á las de Bellamar de Matanzas, y á la cual se entraba aunque con alguna apretura por el mismo río en un bote y más cómodamente por una galería que la naturaleza había practicado en la falda de la loma. Había allí muchas y muy preciosas estalactitas y estalagmitas y una especie de palacio encantado con un lago transparente en el fondo, que recibía la luz por una claraboya que tenía en lo alto; boquete que había sido hecho por los ingleses que andaban á caza de minas y que cuando menos lo esperaban fueron los descubridores de aquellas maravillas.

He hablado siempre en tiempo pasado, porque yo me refiero á lo que ví á poco de aparecer la cueva. Ahora no tuve tiempo de ir á visitarla, y según los amigos que me acompañaban ha sido tan poco cuidada, que apenas queda nada que admirar. Si es así es una lástima, porque, ya he dicho que podía colocarse sin desdoro al lado de las de Bellamar.

Llevónos don Antonio Quesada á su preciosa morada de Piles; atendiónos allí su buenísima

Iglesia parroquial de Llanes.

familia como nosotros no nos merecíamos; paseamos dos días por aquellas huertas llenas de árboles frutales, cuyas ramas se doblaban y algunas se partían por no poder resistir el peso de la fruta; nos fatigamos subiendo á las lomas vecinas tras del incansable ex-alcalde de la Habana; admiramos la cómoda, limpia, espaciosa, casa-escuela que aquel *indiano* había ayudado en gran manera á edificar; fuimos un día á almorzar al hermoso chalet que don Ramón Cifuentes acaba de fabricar en el Carmen; colmáronnos también de atenciones su joven, bella y elegante esposa y su señora madre política; visitamos la escuela soberbia que frente á su casa levantó Cifuentes; acompañáronnos hasta Llanes aquellos amigos; pasamos una tarde viendo las antiguas murallas, la ría veneciana y algunos soberbios edificios de la original villa llanisca; y, al fin, salimos para la Montaña diciendo adiós, quizás para siempre, á la tierra de Asturias.

Ayuntamiento de Llanes.

Santander.

I

De Llanes á Santander atraviesa el camino paisajes muy variados, dejando á la izquierda vegas, rías y marinas pintorescas, y á la derecha una montaña que llega sin interrupción hasta cerca de la capital y que está cubierta de arbolado y de pastos, en su mayor parte, presentando algunas blancas ó rojizas calvas, que le dan aspecto abrupto é imponente.

Quedan también á la derecha los renombrados *Picos de Europa,* masa enorme de elevadísimos peñascos que hasta el presente apenas han sido explorados y cuyas crestas más altas son *Peña Vieja,* que se eleva 2,665 metros sobre el nivel del mar; *Cernedo,* que se halla á 2,463, y *Peña Santa,* que alcanza á 2,586.

San Vicente de la Barquera es uno de los puertos más pintorescos del Cantábrico. Hállase situado en las faldas de una colina, en cuya cima se ven las ruinas de un antiguo castillo, y á su hermosa playa acude en el verano gran número de bañistas del interior de España. Sobre la ría extiéndese un puente de muchos arcos, hermosísimo.

Canal de Mancorbo (Picos de Europa).

II

El viaje de Asturias á Santander resulta muy agradable; pero á mí me gustó más el que realizamos yendo de Madrid por el puerto de Reinosa, porque este es más accidentado y los contrastes de la naturaleza, y, por consiguiente, las impresiones que deja en el ánimo, son más grandes.

Hállase Reinosa á 847 metros sobre el nivel del mar, rodeada de montañas donde casi siempre brilla la nieve, y al lado del Ebro, que nace allí cerca y pasa humilde bajo un puente pequeño, sin soñar siquiera que descendiendo montañas y atravesando llanuras, unas veces apacible y otras furioso, ha de crecer tanto que, al pasar por Aragón, todos le han de mirar con respeto y, después, al desembocar en el mar, con lástima grande, porque en el piélago profundo se acaban las soberbias de los ríos más caudalosos y siempre son dignos de compasión los grandes infortunios.

Entre Reinosa y Bárcena hay 22 túneles, algunos de más de 1,000 metros; y es un espectáculo que causa impresión muy honda el que se ofrece al viajero á la salida de aquellos túneles, cuyas bocas se ven escalonadas en la montaña y unidas entre sí por los lazos que forman los rails, dando vueltas y revueltas hasta llegar al fondo, por donde alegre y bullicioso se desliza el Besaya.

En Pesquera, estación que se halla á 604 metros de altura sobre el nivel del mar, cree uno encontrarse sobre una muralla altísima por cuyos cimientos pasa un río caudaloso fertilizando un hermoso valle.

La vía describe después tantas curvas, atravesando túneles y trincheras, que á pesar de no haber en línea recta más que 2,500 metros desde la última estación hasta Bárcena, recorre el tren 16 kilómetros.

Desde la estación de Torrelavega hay una preciosa vista: y desde el Astillero el panorama que presentan la patria de *Sotileza* y su espléndida bahía no puede ser más soberbio.

III

Fué Santander el antiguo *Portus Blendium* de los romanos. Y de Santander partió en 1248 la flota con que Fernando III puso sitio á Sevilla; empresa gloriosa que para eterna remembranza mandó el Rey Santo se grabase en las armas de la ciudad, al lado de las cabezas de los mártires Emeterio y Celedonio, sus patrones.

Los paseos de los muelles, *Calderón* y *Maliaño,* con los soberbios edificios que al lado se levantan y con sus preciosos jardines, forman una de las perspectivas urbanas más bellas de España.

En el de Calderón vimos la batalla de flores y antes de empezar la batalla algo que vale más

que las flores, á pesar de que las flores valen tanto: vimos á Pereda, el cantor inmortal de la tierruca. Presentónoslo Pichardo y tuvimos el honor de departir un rato con él. Es....—¿quién no le conoce por sus obras?—agudo y sencillo á la vez; capitán de los tercios de Flandes por la figura y montañés modernísimo por la afabilidad de su trato; noble por su sangre y demócrata por su humildad; tradicionalista por sus ideas y querido de todos por su corazón de oro. Pereda es el espíritu de la montaña. ¿Quién no se acuerda de él allá, *peñas arriba,* cuando desde lo alto de Reinosa se ven por vez primera aquellos valles y aquellos caseríos y aquellos robledales por él descritos con tanto acierto, con tanto color y con tanto fuego como para pintar á su amada pusiera el rey-poeta en el Cantar de los Cantares?

La batalla de flores duró toda la tarde; y aquel cordón inacabable de carruajes adornados de mil distintas maneras, pero todos formando tronos de rosas donde se ostentaba la belleza y la elegancia de las montañesas; y el tiroteo de serpentinas y de pequeños ramilletes, sostenido sin cesar entre glorietas y coches; y aquella juventud enardecida por el combate, por el calor de una tarde de verano y por las emanaciones salinas que de la bahía inmediata venían.... formaba un conjunto tan animado, un espectáculo tan lleno de vida, un ambiente tan saturado de aromas, de poesía y de amor, que bien merecía

haber sido cantado por el trovador de la tierruca que con su presencia honraba la fiesta.

IV

El Sardinero tiene fama universal para que yo vaya á describirlo ahora. Baste decir que cuando estuvimos allí estaba animadísimo. Muchos forasteros y sobre todo muchas madrileñas bellas y elegantes. Los hoteles llenos. La playa hirviendo de niños que juegan con la arena y de jóvenes que se hacen el amor, mientras sus papás se entretienen en comer percebes que, por cierto, son sabrosísimos; tan sabrosos que sólo por comerlos se puede ir á pasar un verano á la costa del Cantábrico; pueden ustedes creerlo.

Y por cualquiera de los dos tranvías que conducen al Sardinero, el viaje es rápido, barato y pintoresco. Por el de los Pombos se va faldeando una colina, cuya cima está toda materialmente cubierta de *chalets* ó *villas* hermosísimas; y por el de Gandarilla se goza del espectáculo de la bahía, de la hermosa playa de la Magdalena, del montón de peñascos donde se eleva el Semaphoro, y del *Puente forado,* arco gigantesco formado por las rocas calcáreas de la costa.

Una tarde fuimos á ver á Pérez Galdós en su retiro de *San Quintín,* hermosa *villa* que se halla á orilla de la bahía, entre Santander y el Sardinero, en un peñascal que el trabajo humano ha

El Sardinero (Santander).

convertido en jardín delicioso, desde donde puede el gran novelista contemplar á todas horas un panorama espléndido.

En el paredón de la huerta de *San Quintín* hay un asta-bandera que en otro tiempo servía para contestar al saludo que á la entrada ó á la salida del puerto dirigían al celebrado autor de los *Episodios Nacionales* los vapores correos de la Compañía Trasatlántica.

Desde que se puso en escena *Electra,* cesaron los saludos.

¡Qué intransigencia! dirán muchos.

Y, sin embargo, nada más natural: los católicos ó los clericales, si ustedes quieren, al sentirse combatidos, cesaron en sus muestras de cariño. Puede exigirse que los adversarios se respeten; pero no que se abracen.

Después de todo, si Galdós perdió los saludos de la Tlasatlántica, en cambio ganó con *Electra* lo que necesitaba para reparar su quebrantada fortuna. Y váyase lo uno por lo otro.

Conmigo estuvo atentísimo y no hay que decir que se lo agradecí en el alma.

A Menendez Pelayo no le ví. Quisieron presentarme á él; pero al saber que estaba trabajando mucho en una de esas obras monumentales que produce su genio y que tanto honran á España, no quise ir á importunarle. Si tuve el honor grandísimo de hablar con Pereda, fué porque lo tropezamos en la batalla de flores; y la vi-

sita á Pérez Galdós debióse á la seguridad que me dió un compañero de *El Cantábrico* de que no estaba entregado á ningún trabajo serio y de que tendría gusto en hablar con nosotros de cosas de Cuba.

Siempre me pareció algo así como una irreverencia eso de ir á visitar á los grandes hombres sin más motivo que el que nos lleva á ver á un animal raro.

V

En Santander fuimos obsequiados por Pichardo y su inteligente y distinguida esposa, María Amblard, con un espléndido almuerzo en uno de los mejores restaurances de la ciudad.

Allá, lejos de esta tierra querida, todos los que formamos parte de la sociedad cubana nos miramos con afecto y nos consideramos hermanos.

Aquí, más de una vez procedemos como si nos odiásemos cordialmnte ó no hubiera lazo alguno que nos uniera.

De donde se deduce que si cuando dos ó más riñen, por cualquier futesa, se les mandase al otro lado de los mares, pronto cesaría la discordia.

¡Lástima que el remedio resulte algo difícil; porque infalible sí lo es!

Y si eso sucede en España, en el extranjero aún es mayor la alegría que produce una cara

conocida. ¡A cuántos he estrechado y cuántos me han estrechado cariñosamente la mano en Francia, sin previa presentación, á pesar de no haber cambiado hasta entonces ni una palabra, ni un saludo!

Claro está que nada de esto reza con Pichardo, porque el inspirado poeta que con tanto acierto dirije *El Fígaro,* es demasiado culto para dejarse dominar por pequeñas pasiones de campanario; pero de todas suertes aquel sabrosísimo almuerzo con que nos obsequió á mi hijo y á mí y al cual traté yo de corresponder como debía antes de volver á Cuba, es prueba de que hasta los que aquí nos tratamos como amigos sentimos crecer nuestro afecto al encontrarnos en tierras lejanas.

San Sebastián.

I

Pasamos por Bilbao, la gran villa industrial, y no pudimos detenernos allí más que el tiempo necesario para almorzar en un restaurant tan bueno como los mejores de Madrid y París. Iba adelantando la estación y necesitaba yo estar una temporada en Aguas Buenas, por lo que dejé para la vuelta la visita á Bilbao; y á la vuelta tuve que ir directamente á Madrid para un asunto urgente. Otra vez será; porque yo espero que Dios me concederá la gracia de poder dar otra vuelta por España para ver á Bilbao y á Barcelona, Valencia, Murcia y otras muchas ciudades y regiones que estaban en mi programa y en él se quedaron por falta de tiempo.

Es San Sebastián una de las poblaciones más lindas de Europa.

Estación aristocrática de baños; residencia veraniega de la Corte; fresca, limpia, coqueta, levántase en un lugar encantador á orillas del Urumea y alrededor de una bahía cuyos bordes de arena finísima forman una playa deliciosa, cerrada al Oeste por el monte Igueldo y al Este por el Urgullmendi donde se destaca amenazador el castillo de la Mota, mientras que el islote

Paseo del Arenal (Bilbao).

de Santa Clara no deja al mar más que dos canales estrechos, quedando así la bahía convertida en un lago tranquilo, donde, como en límpido espejo, se miran el Gran Casino, los soberbios hoteles de la Concha y el Palacio Real de Miramar.

Ni el servicio de aquellos grandes hoteles, ni la elegancia y el lujo de aquella playa, ni los juegos y espectáculos de aquel Casino, ni la animación de los paseos de aquella Alameda y de aquella Concha tienen nada que envidiar á Biarritz ni á ninguna de las más celebradas estaciones veraniegas del extranjero.

"Limpia, ventilada, bien atendida—dice un escritor francés—la ciudad de San Sebastián, con sus calles bien trazadas, bordeadas de altas casas que ostentan pinturas de tonos claros y suaves, adornadas y realzadas con miradores ó balcones salientes, tiene un aspecto de coquetería amable y de alegría tranquila que seduce de golpe al espectador."

II

Los hijos de San Sebastián fueron en todo tiempo marinos arrojados y expertos.

Juan de Echaide descubrió los bancos de Terra-Nova.

Convertida en cenizas, en diversas ocasiones, la Muy Noble y Leal Ciudad renació siempre como el Fénix, merced al patriotismo de sus hijos, cada vez más hermosa.

La Concha (San Sebastián)

Allí nació el gran almirante don Antonio de Oquendo; y de allí era también natural la célebre Monja Alférez que en el siglo XVII, ocultando su sexo, entró en el ejército y se hizo notar por su valor, conservando inmaculada la honra á pesar de haber vivido muchos años en un medio ambiente de los más licenciosos.

En San Sebastián se habla vascuence, castellano, francés y un patuá, mezcla de estos tres idiomas.

"El origen de este pueblo que habla un idioma tan absolutamente distinto de todos los idiomas conocidos, dice un filólogo, ha dado lugar á muchas suposiciones. Se puede admitir como muy verosímil la hipótesis de aquellos que ven en el vasco el último representante de una familia lingüística que habría tenido por dominio, en otro tiempo, toda la Península. Y también se puede añadir que los vascos que no tienen palabra para designar el hierro y que dan á objetos tales como azadón, cuchillo, hacha, etc., nombres cuya radical significa roca, son probablemente los últimos *testigos,* en los Pirineos, de los hombres de la edad de piedra."

Asistimos á la inauguración de la nueva plaza de toros y de la temporada.

Era á principios de Agosto y el día estaba espléndido.

La nueva plaza, de estilo árabe como la de Madrid, es muy espaciosa y muy cómoda.

Pasajes (San Sebastián).

Se lidiaban ocho toros de las mejores ganaderías, por las cuadrillas de Mazzantini, Fuentes y otros dos cuyos nombres no recuerdo.

La plaza estaba llena de bote en bote. Asistió el Rey con la Real familia; y los palcos, en su mayoría se hallaban ocupados por la aristocracia española y por muchas familias francesas que habían venido de Biarritz y de los establecimientos balnearios de los Bajos Pirineos para contemplar el sangriento espectáculo. Se conoce que no soy yo solo el que goza con las corridas, á pesar de comprender que, por bárbaras, debieran ser suprimidas.

Aquella no tuvo nada de particular. Los mejores toreros y las mejores ganaderías se hallaban allí en competencia; y, sin embargo, al lado de las soberbias corridas que presenciamos en la Habana, con las cuadrillas de Mazzantini, primero, y de Guerrita, después, la dada en San Sebastián para inaugurar la nueva plaza y la nueva temporada, apenas merecía el nombre de novillada.

¿Serán los toros, serán los toreros ó serán unos y otros los que están en decadencia?

Después de los toros tomamos el tranvía eléctrico y subimos al monte Ulia.

La ascensión, que es casi á pico, bordea tales abismos que causa espanto; pero una vez arriba la vista es preciosísima.

Y, sin embargo, á nuestro lado, en lo alto de

la montaña primero y en el eléctrico después, había una pareja de jóvenes enamorados que ni se preocupaban del panorama encantador que presentaba por un lado el mar cantábrico y por otro la campiña vascongada, ni de los peligros que pudiera ofrecer la bajada por aquella rápida pendiente. Para ellos y sobre todo para él, no había más piélago azul ni más campiñas risueñas, ni más abismos profundos que los ojos donde mutuamente se abismaban, sin cuidarse para nada de que los estuviesen mirando.

¡Dichosa edad en que el corazón y el alma cantan con el poeta:

Por una mirada un mundo,
Por una sonrisa un cielo!....

III

Fuenterrabía. ¡Bella excursión!

Es una pequeña villa española situada á orilla del Bidasoa, frente á Hendaya, pequeña villa francesa.

Y fuimos á Fuenterrabía no para ver grandes edificios modernos ni para discurrir por espaciosos boulevares ni para deleitarnos con los hermosos espectáculos que al público se ofrecen en teatros ó circos; pues nada de eso había en aquel pueblecito modesto de la frontera española; sino para hacernos la ilusión, viendo algunas ruinas de murallas y castillos, de que estábamos en una plaza fuerte de la Edad Media.

Fuenterrabia.

Y no debe de ser este vicio muy común en nuestros compatriotas; pues al entrar pacíficamente en la histórica plaza donde no pudo entrar en son de guerra y después de 20 asaltos, en 68 días, el gran Condé, seguían nuestro coche unos cuantos rapaces que, creyéndonos extranjeros, nos pedían en francés unos céntimos, llegando uno, en sus esfuerzos para ablandarnos, á gritar: *¡Vive la France!;* á lo que yo contesté no sé qué en español puro y neto, con asombro grande del que había dado el viva y de los demás que corrían tras el coche.

Tal parecía que todos á una habían exclamado: españoles y venir á ver las ruinas del palacio de Carlos V.... ¡Parece mentira!

Y, sin embargo, hay allí tanto que ver y tanto que convida á soñar!

Cuenta la historia que cuando Condé puso sitio á Fuenterrabía en 1638, la situación de la plaza llegó á ser tan apurada que, faltando todo, hasta las municiones, la prolongación de la resistencia había llegado á ser imposible; y que entonces el Alcalde D. Diego Butrón, reunió á los vecinos, y predicando con el ejemplo, ofreció 1,500 libras de plata para fundir balas en defecto de plomo, lo cual fué imitado por todos los habitantes, que ofrecieron á su vez cuanta plata y alhajas tenían. Después, las mujeres arrojaron, desde lo alto de los muros, aceite hirviendo sobre los asaltantes, y los niños recogieron los arcabuces de los muertos y rompieron un fuego terri-

ble sobre la columna francesa, hasta que al fin, en la víspera de la Natividad de la Virgen, el Almirante de Castilla y el Marqués de los Vélez, Virrey de Navarra, cayeron de improviso sobre los sitiadores y los pusieron en dispersión vergonzosa.

Esta página de nuestra *leyenda dorada,* no está escrita por ningún español: la he traducido del francés. Bueno será que conste así para que no se sonrían con lástima los que no creen en más heroicidades que en las que realizan los yankees.

En Fuenterrabía hay que ver sus calles estrechas, empinadas y retorcidas; el paseo de la muralla; la iglesia de Santa María, construída en el siglo XIII y desde cuya torre se abarca un panorama soberbio; y las ruinas del palacio llamado de Carlos V, á pesar de haber sido edificado en el siglo X por el rey de Navarra Sancho el Fuerte.

También hay en Fuenterrabía plaza de toros y Frontón; este último de los mejores de las Vascongadas.

Toros y pelotas.... ¡Quién sabe si ambas diversiones serán, como el vasco, de la edad de piedra!

Lourdes.

I

Terminada antes de lo que yo hubiera querido nuestra excursión por España, atravesamos la frontera, y pasando por San Juan de Luz, Biarritz, Bayona y Pau, llegamos el 10 de Agosto á Aguas Buenas, balneario de los Bajos Pirineos, concurridísimo en otro tiempo, que no estaban de moda Cauterets y Luchón, y ahora sólo visitado por unas dos mil personas, entre ellas muchos españoles é hispanoamericanos que allí acuden en busca de curación ó alivio para afecciones crónicas de las vías respiratorias.

Hállase aquel pueblecito á setecientos y pico de metros sobre el nivel del mar y su temperatura no suele subir en Agosto á más de 18 grados centígrados, ni bajar á menos de diez. Con aire tan poco pesado y ambiente tan agradable; dando paseos por los alrededores y haciendo excursiones en coche, á caballo ó en burro, á la *Montaña Verde*, al *Pico de Medio día* ó á la frontera española; alimentándose con las carnes jugosas y sabrosísimas de aquellos rebaños que al lado de los ventisqueros pastan yerbas aromáticas, y con las truchas riquísimas de aquellos ríos, cuyas aguas casi heladas caen con estrépito de

peña en peña, obligando á los peces á ejercicio constante; hospedándose en hoteles no muy caros y espléndidamente servidos, desde los cuales se oye la música que todas las tardes toca en un hermoso parque de árboles corpulentos y frondosos, y la más agradable aún, ó por lo menos la más poética de un arroyo no muy caudaloso, pero sí muy cristalino, que brotando en la parte más alta del parque, se abre en dos ramales y baja murmurando por uno y otro lado de éste, hasta que al llegar al término de aquel plano inclinado, se vuelven á unir las dos cintas de plata y se hunde la corriente y termina el encanto, no es extraño que los que van á Aguas Buenas, aun prescindiendo del efecto que pueda hacerles el *Manantial del Arcabuzazo,* llamado así porque en tiempos de Enrique IV se creía que tenía virtud especial para curar las heridas de armas de fuego; no es extraño, repito, que aun prescindiendo del efecto de aquellas aguas, se vayan de allí todos, ó casi todos, muy mejorados.

Yo me encontraba como nunca, al menos desde que dejé de ser joven, cuando, después de veinticinco días de vida completamente higiénica, bajé de aquella montaña para dirigirme á Lourdes.

II

....*Passez l'hiver á Pau,* se lee por todas partes en los Bajos Pirineos.

Y, efectivamente, aquella ciudad tan limpia, aquellos valles tan agradables, deben de ser muy sanos en todo tiempo.

De Pau á Lourdes se va en poco más de una hora y el viaje es delicioso.

Camina el tren por entre montañas cubiertas de arbolado y por las márgenes de un río caudaloso, estrechándose cada vez más el horizonte hasta llegar al celebérrimo santuario.

Vamos á entrar en él; pero antes bueno será que conste que yo no fuí allí como sectario á buscar argumentos contra lo sobrenatural, ni como creyente para ser un testigo más de los milagros, que al decir de las gentes, allí se realizan. Yo fuí á Lourdes, como al Pilar de Zaragoza y como á Covadonga, á postrarme ante la Virgen por el mundo entero venerada; y para esto no necesitaba creer en prodigios que la Iglesia infalible no ha colocado aún en la categoría de artículos de fe; bastábame profesar la doctrina del culto de las imágenes, tenía suficiente con ser católico. Y en lo que á los milagros se refiere, lo que yo llevaba allí era la creencia de que Dios puede realizarlos y los ha realizado en más de una ocasión para confirmar su doctrina; y—¿por qué he de ocultarlo?—como español rancio llevaba también una especie de prevención respecto á Lourdes. Parécenos á los españoles que la Virgen es la madre de todos los hombres, pero que nuestra lo es por modo especialísimo. El Pi-

lar, la tierra de María Santísima, el Ave María tan antiguo en nuestra patria como saludo....

No apunto esto más que para que se comprenda bien en qué estado se hallaba mi espíritu al penetrar en aquel Santuario francés, el más famoso de los tiempos modernos.

Era un viernes cualquiera; no había anunciada ninguna gran romería, y sin embargo no cesaban de llegar trenes y trenes cargados de peregrinos.

Y fué ésta mi primera sorpresa. Yo creía que encontraríamos allí algunas docenas, y cuando más, algunos centenares de romeros. Y lo que vimos era asombroso.

Las calles de la ciudad—ayer, como quien dice, era una pequeña aldea refugiada bajo las murallas de un viejo castillo—; las calles de la ciudad rebosaban de gente que iban ó venían de la Ermita.

Desde lo alto de la gran basílica, compuesta de tres cuerpos distintos, que se levanta blanca y esbelta en un recodo del río, al lado del Santuario, veíase allá, en el valle, una procesión interminable que cantando el santo rosario se dirigía á la Ermita; y á la izquierda un grupo numeroso de señoras, caballeros y gente del pueblo que subía de rodillas empinada cuesta para hacer el ejercicio del Calvario. Y al mismo tiempo una multitud inmensa escuchaba en el interior del templo ferviente plática en la que se procla-

maban las excelencias de la Virgen; y en la otra iglesia que más abajo se encuentra pasaba algo semejante, mientras que en la gran cripta un sacerdote predicaba en inglés á una multitud venida de la Gran Bretaña.

El espectáculo de la Gruta, presentado por Zola unas veces como grandioso y otras como repugnante, según hablaba el escéptico asombrado ó el sectario impenitente, á mí me pareció conmovedor y sublime.

Millares de peregrinos rezando y cantando en diferentes lenguas; de rodillas los sanos y medio incorporados los enfermos en sus cochecitos-camas ó en jergones colocados en el suelo; pasando unos en fila interminable por ante la Gruta; conducidos otros á las piscinas á hombros de sacerdotes ó de jóvenes elegantes que ostentaban orgullosos sobre sus levitas los blancos tirantes que les servían para la piadosa operación; un grupo que ante los baldados, los ciegos y los moribundos rezaba en alta voz, casi á gritos, como queriendo forzar la misericordia divina; otro de enfermos gravísimos que en sus coches-camas habían sido colocados muy cerca de la Virgen y entre los cuales se destacaba un jovencito jorobado y consumido por la tisis, que, de rodillas en su lecho, con las manos en cruz y los ojos saltándole de las órbitas, pedía el ansiado milagro; y la multitud que formaba sin cesar una muralla infranqueable frente á los manantiales del agua de la gruta; y allá en un paseo frondoso,

Lourdes.

bajo un árbol copudo, una mujer joven y hermosa, tendida en una cama ambulante, sola, esperando, sin duda, á algún familiar que estaría haciendo esfuerzos por conseguir un poco del agua santa; y algo más lejos, en el mismo campo, las oficinas telegráficas al aire libre, rodeadas constantemente de personas ansiosas de ponerse en comunicación con los suyos; y todavía más allá, en donde termina la explanada que se formó variando el cauce del río, gran número de muchachos gritando *El Eco de la Gruta*, y otros periódicos diarios, dedicados exclusivamente á dar cuenta de las peregrinaciones del día y de los milagros anotados por un tribunal de médicos que examina cada caso escrupulosamente ante todo el que quiera presenciar la comprobación.... sin olvidar que estas portentosas escenas ocurren, no en un pueblo salvaje, sino en una nación que se precia de marchar á la cabeza de las más civilizadas y cuyos elementos directores de todo pecan menos de demasiado crédulos, paréceme que son motivos más que sobrados para que los más escépticos se asombren, sin que valga decir que también en la India y en la Meca hay espectáculos semejantes, porque eso en buena lógica, lo único que vendría á probar sería la propensión de la humanidad á lo sobrenatural, y lo poco ó nada que la fe tiene que ver con la ciencia ni con la ignorancia, pues lo mismo hay personas y pueblos creyentes en los centros más civilizados de la tierra que en los más ignoran-

tes y de igual modo puede haber incrédulos en las academias científicas que entre las tribus salvajes.

III

De Lourdes fuimos á París y entre el Louvre, el Luxemburgo, Versalles, el Trianón, grande y pequeño, y el bosque de Bolonia pasamos unos días muy agradables y sobre todo muy instructivos.

Un día estábamos en el Panteón y un corredor de permisos nos propuso un billete, no recuerdo por cuantos francos, para bajar á la cripta. Aceptamos la oferta y entonces nos dijo el prójimo aquel: vengan que el permiso es para ocho personas y están ahí unas señoras inglesas que bajarán con ustedes.

Fuimos y acercándose él á un grupo de señoras, que por cierto parecían muy distinguidas, les dijo: cuando ustedes quieran.

—Bueno, pero ¿qué hay que ver allá abajo?, le preguntó la de más edad.

—Pues el sepulcro de Voltaire y el de Rousseau y el de Víctor Hugo y el de Carnot y....

—Pero ¿no está el de Santa Genoveva?

—¡Señora! ¡Cómo va á estar ese!

—¡Ah! pues entonces nosotras no bajamos.

Y efectivamente arriba se quedaron cuando llegó el turno á nuestra tanda.

De París volvimos á Madrid, deteniéndonos dos días en Bayona y Biarritz y el 20 de Septiembre embarcamos en Santander á bordo del *Alfonso XII,* triste yo porque marchaba de España, quizá para siempre, y alegre á la vez porque volvía á mi segunda patria, donde me esperaban: el DIARIO DE LA MARINA, al cual vengo consagrando hace años todos los alientos de mi vida, los compañeros que me ayudan en la ruda tarea, los lectores y los amigos que con su benevolencia ó con sus consejos me favorecen, y, sobre todo, los pedazos del corazón que constituyen la familia que he creado en esta tierra querida.

En el mar.

I

Dos temporales corrió el *Alfonso XII* en el viaje que de retorno á Cuba hicimos á su bordo: el primero á poco de salir de la Coruña y el segundo tres días antes de llegar á la Habana.

Una tempestad del Sudoeste y otra del Sudeste, y ambas, tempestades de verdad, porque cuando un vapor como el *Alfonso XII* se ve precisado á suspender su marcha, cambiar de rumbo y ponerse á la capa, como sucedió en los dos casos referidos, algo más que peligros ideados por imaginaciones exaltadas de viajeros tímidos debe de haber.

El barco se portó bien: una ola monstruo le arrancó y se llevó, en la tempestad de Finisterre, la escala de estribor, y entonces se estremeció furioso; pero antes y después su balance fué muy soportable.

La tripulación, desde el Capitán hasta el último marinero, cumplió con su deber, como acostumbra á hacerlo siempre el personal de la Trasatlántica: de manera admirable.

El pasaje empezó mareándose y concluyó riéndose. Durante el temporal de Finisterre se oían gritos de angustia; durante el temporal de

los trópicos eran saludadas las grandes olas y los chapuzones que éstas propinaban al que se descuidaba, con carcajadas y aplausos. ¡A todo se acostumbra el hombre!

Para que la fiesta fuera completa, durante el primer temporal, allá á las tres de la mañana del lunes 21, estuvimos á punto de chocar con un vapor que venía á pasarnos por la proa. El viento y el mar hacían un ruido tremendo y, por consiguiente, el silbato de ambos vapores, caso de que lo hubieran tocado, habría sido perfectamente inútil, porque no hubiera sido oído, y las luces no podían verse á diez brazas de distancia por la espesa cerrazón que reinaba. Sólo unos veinte metros, al decir de los inteligentes, nos separaron de aquel monstruo negro que en lo más recio de la tempestad se apareció por babor.

Cuando al día siguiente me lo contaron, pensé en la gran verdad que encierra aquello de

Cómo se viene la muerte
tan callando.

FIN

INDICE DE MATERIAS

	Página.
Prólogo	5
De cómo y por qué se publica este libro	11
Antes de empezar	15
De la Coruña á Santiago	19
De Santiago á Madrid	27
Madrid y Toledo	39
Córdoba	59
Granada	73
Sevilla	99
El Monasterio de Piedra	117
Zaragoza	131
León	143
Asturias	155
Santander	227
San Sebastián	239
Lourdes	253
En el mar	265

[illegible] sumbidas las grandes olas y [illegible] que se [illegible] y [illegible]. ¡A todo [illegible]

[illegible] de [illegible] durante [illegible] a las tres de la mañana [illegible] de chocar con [illegible] por la proa. El [illegible] y, por [illegible] de años mayores, caso [illegible] sólo perfecta- [illegible] sólo oído, y las [illegible] de distancia [illegible]. Sólo unos [illegible] de los inteligentes, nos [illegible] que en lo [illegible] se apareció por labor. [illegible] me lo contaron, pen- [illegible] aquello de

[illegible] la muerte
[illegible]

INDICE DE LOS FOTOGRABADOS

Página.

Nicolás Rivero 3
Catedral de Santiago (El Obradoiro) 25
Paisaje del Miño (Tuy) 30
Marín (Pontevedra) 31
Castillo de Sotomayor (Pontevedra) 33
La Universidad de Valladolid 35
San Pablo (Valladolid) 37
Castillo de la Mota (Medina del Campo) 38
Patio del Colegio de San Gregorio (Valladolid) 42
Calle de Alcalá (Madrid) 44
La Rendición de Breda (Museo del Prado) 46
El Banco de España (Madrid) 48
Exterior de la Catedral (Toledo) 50
Patio de San Juan de los Reyes (Toledo) 52
Puerta del Sol (Toledo) 54
El Escorial (Madrid) 56
Vista de San Isidro (Madrid) 58
La Mezquita (Córdoba) 62
La Capilla del Mirab (Córdoba) 64
Capilla de la Masura (Córdoba) 66
Coro de la Catedral (Córdoba) 68
Las Grupas (Córdoba) 70
Vista general de la Alhambra y Sierra Nevada 76
Sala del Reposo del Baño (Alhambra) 78
Patio de los Leones (Alhambra) 82
Mirador de Lindaraja (Alhambra) 82
Ajimez en el Salón de Embajadores (Alhambra) 84
Templete en el Patio de los Leones (Alhambra) 86
Ajimez de la Mezquita (Alhambra) 88
Fachada Este del Palacio de Carlos V (Alhambra) 89
Barrio de los Gitanos (Albaicin) 91
La Torre de la Vela (Granada) 93
Retablo de la Capilla de F. de Borgoña (Granada) 95
Sepulcro de los Reyes Católicos (Granada) 97
La Torre del Oro (Sevilla) 103
La Catedral y la Giralda (Sevilla) 105

Página.

Fachada del Alcázar (Sevilla) 107
Patio de las Muñecas (Alcázar de Sevilla) 109
Entrada á la Alcoba de la Sultana (Alcázar de Sevilla) . . 111
Salón de Embajadores (Alcázar de Sevilla) 113
El San Antonio de Murillo (Sevilla) 115
Alhama de Aragón 120
Torre del Homenaje (Monasterio de Piedra) 123
Cascada del Iris (Monasterio de Piedra) 125
Cascada de la Cola de Caballo (Monasterio de Piedra) 127
Puente de Piedra (Zaragoza) 135
Trascoro de la Seo (Zaragoza) 139
Vista panorámica de la ciudad de León 147
Abside de la Catedral (León) 149
Casa de los Guzmanes (León) 151
Panteón de los Reyes en San Isidro (León) 154
La Catedral (Oviedo) 166
Campo de San Francisco (Oviedo) 169
La Silla del Rey (Oviedo) 171
Puente de Colloto (Oviedo) 173
Plazuela del Marqués de San Esteban (Gijón) 175
Muelle de Gijón (Oriente) 177
Campo de Valdés (Gijón) 179
Villaviciosa 185
Infiesto 191
Barrio de los Caños (Infiesto) 195
Las Arriondas 198
Puente Antiguo (Cangas de Onis) 200
La Gruta de Covadonga 203
En la Quintana (Avilés) 205
Parque del Muelle (Avilés) 207
Plaza Mayor (Avilés) 209
Desembocadura del Nalón (Soto del Barco) 211
Colunga 220
Rivadesella 222
Iglesia parroquial de Llanes 224
Ayuntamiento de Llanes 226
Canal de Mancorbo (Picos de Europa) 230
El Sardinero (Santander) 235
Paseo del Arenal (Bilbao) 242
La Concha (San Sebastián) 244
Pasajes (San Sebastián) 246
Fuenterrabía 249
Aguas Buenas (Bajos Pirineos) 257
Lourdes 261

FE DE ERRATAS

Página [illegible] línea [illegible]—[illegible] dice: [illegible] tener decir: [illegible].

Página [illegible] línea [illegible]—[illegible] dice: las [illegible] en que á mi lado pensaban. tiene decir: las [illegible] que á mi lado pensaban.

3 2044 018 067 108